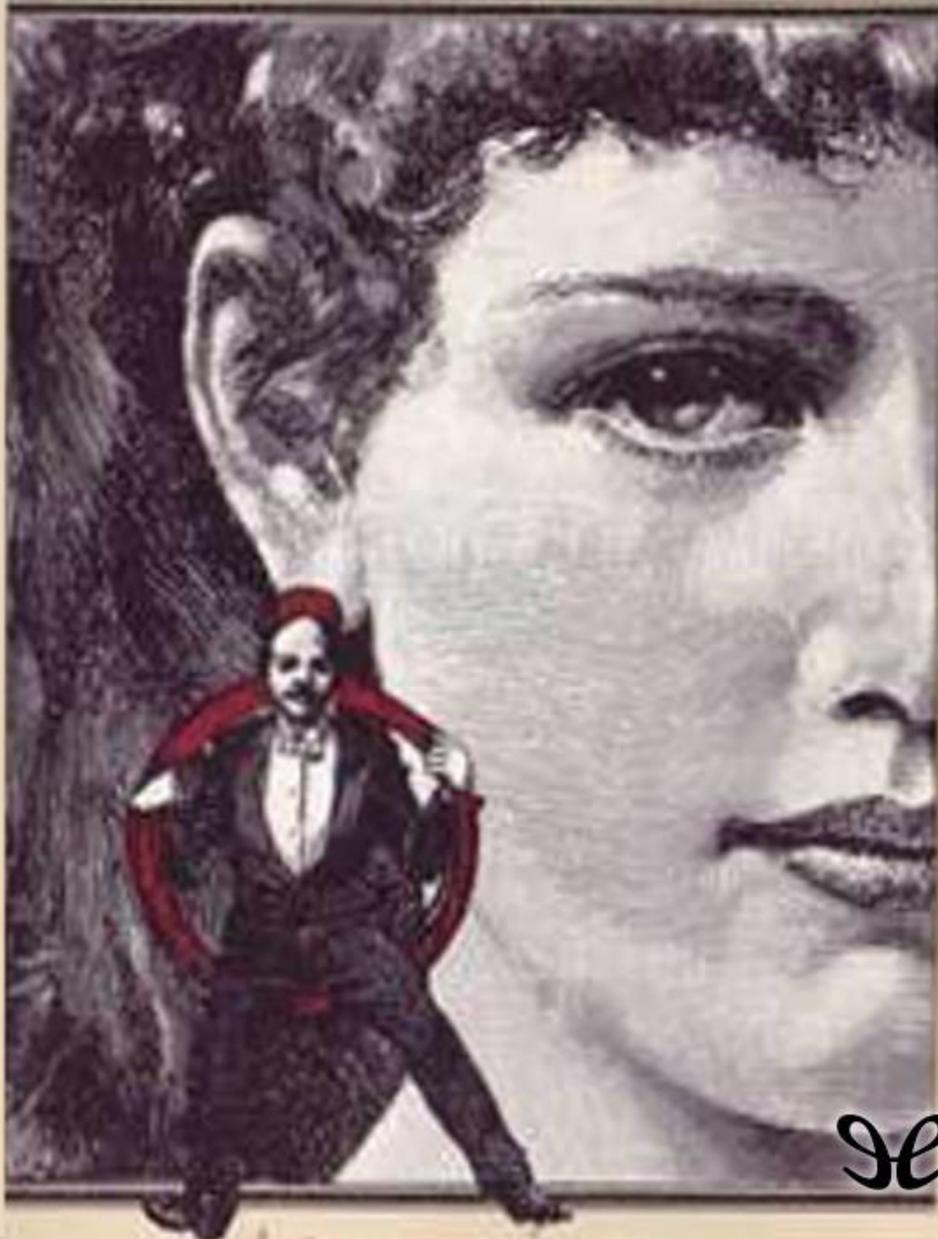


Juan García Ponce

FIGURACIONES



Las figuras que aparecen y desaparecen en estas narraciones de Juan García Ponce no representan un sistema simbólico ni se adscriben a ninguna tentativa naturalista: son proyecciones vehementes de un deseo, encarnan el misterio del lenguaje, se dispersan en el olvido de sus historias para confundirse luego con el silencio de nuestros días. Su libertad «se inventa cada día», sus leyes fluyen con toda la extrañeza del pensamiento y de la carne; si los leemos, los rozamos. Retratos, ritos, enigmas, envíos: anticipaciones, los cuentos de García Ponce *suceden* ante los ojos lectores con toda la crispación de un peligroso teatro. Y sin embargo, están enclavados en una inquietud corpórea que nos los acerca con el riesgo quemante de la lectura absoluta. *Figuraciones* entonces no es un libro complacido ni pacificador; aquello que contiene, eso que lo contiene, es la soberbia maestría de una escritura ceremonial, de un arte sin concesiones.

Juan García Ponce

## **Figuraciones**

**ePub r1.0**

**IbnKhalidun 11.01.15**

Título original: *Figuraciones*

Juan García Ponce, 1982

Editor digital: IbnKhalidun

ePub base r1.2

*A y para Sara de Flórez, todos los relatos  
de este libro y en especial el último*

... libertad que se inventa y me inventa cada día.

OCTAVIO PAZ, *Libertad bajo palabra*

# Anticipación

A MARIQUIQUI

A-1 y A-2 se conocían desde la infancia. Nunca habían llegado a ser amigos. Algunas diferencias imperceptibles para los demás, pero, aun sin que lo advirtieran, insalvables para ellos, mantuvieron desde el principio una tenue separación entre los dos que, por su misma delicadeza, resultaban invencibles. Pero este tipo de obstáculos, que ni siquiera pueden llegar a considerarse como tales, son los que en verdad deciden la forma de las relaciones. Cuando nada parece impedir un acercamiento que cabría suponer natural, nunca se produce. Precisar los motivos resultaría una tarea vana pues éstos no existen en el campo de las definiciones posibles. Sin embargo, el largo conocimiento entre A-1 y A-2 había propiciado que en muchas ocasiones el azar los acercara hasta un punto en el que parecería cierto afirmar que sus vidas avanzaban paralelas. Y en efecto, así ocurría. Pero no porque permanecieran siempre cercanas una a la otra, sino porque no existía ninguna posibilidad de que llegaran a tocarse, más que en el improbable infinito del que hablan las matemáticas. Así, A-1 y A-2 que se habían visto a distancia, de la mano o cuando menos cerca de sus padres, cuando si hubieran sentido el impulso de hablarse no hubieran podido cambiar entre sí más que unas cuantas palabras por lo limitado de su vocabulario, volvieron a verse cuando los dejaron solos por primera vez en el ámbito desconocido de la escuela. Hablar entonces era todavía más difícil. Cada uno se refugió en el incommunicable secreto de sus propias emociones. Una maestra vieja, que no se parecía a nadie que conocieran, los sentó en el mismo banco. Compartieron los juegos y ocupaciones con los que se pretendía mantenerlos entretenidos; no sus impresiones ante ellos. Ocurrió lo mismo en la escuela primaria, donde no estuvieron sentados uno junto al otro, pero sí muchas veces uno cerca del otro. Y en realidad estas primeras coincidencias crearon una cierta relación entre ellos, una muy especial por indeterminada forma de comunicación, sólo que no se

expresaba por los medios habituales. Su carácter esencial era la costumbre: durante esos años A-1 y A-2 estaban tan habituados a encontrarse en una inevitable cercanía que quizás la única manera en que hubieran podido advertirlo era que cesara de pronto. No ocurrió así. Cuando las circunstancias los separaron habían transcurrido muchos años y los dos tenían amigos más cercanos en los que se depositaba la importancia de la cercanía o la distancia. Pero la separación señaló el principio de una inversión que no era posible relacionar concretamente con el hecho mismo de la separación, pero que, de alguna manera, la hacía tal vez evidente si alguien hubiera podido observarla desde afuera con un interés y una perspicacia que nadie tenía por qué poseer. Desde muy niño, cuando su única compañía eran sus padres y alguno de sus familiares más cercanos, A-1 tuvo una figura que de algún modo lo denunciaba. En su rostro, en algunos de sus gestos y actitudes se insinuaba una distante nostalgia a la que ningún motivo concreto podía justificar sino de la que sólo podría decirse que acompañaba su figura como una determinada forma de follaje a los árboles. A-2, en cambio, además de a sus padres tenía varios hermanos. Como es de esperarse se parecían entre sí y el aspecto más evidente que podría definirlos era la fortaleza. Nostalgia y fortaleza son características reconocibles. A través de su largo conocimiento, desde las circunstancias que favorecían la cercanía de A-1 y A-2, quizás eran los signos que los separaban. A-1 pasó por la escuela primaria como un excelente estudiante, querido y hasta en algunas ocasiones consentido por sus maestros, un tanto solitario pero con una secreta admiración por algunos de sus compañeros que no lograba convertir en voluntad de acercamiento sino que se mantenía distante, tal vez porque esa admiración estaba provocada la mayor parte de las veces por el particular reconocimiento de una cierta forma de belleza física. Al contrario, A-2 nunca fue un buen estudiante. Los

maestros no lo distinguían con su afecto, pero fue siempre extremadamente popular entre sus compañeros y su capacidad en las competencias deportivas resultaba excepcional. Al verlo podía pensarse muchas veces que la fortaleza de A-2 era como la de una fiera a la que se contempla en el zoológico. Lo acompañaba de una manera natural y a veces lo sobrepasaba como si fuera algo que le llegaba desde afuera, del mismo modo que la incierta nostalgia encerrada en A-1.

Pasaron así, juntos y separados, sus años de infancia en la misma ciudad de provincia, recibiendo la misma educación religiosa que daba más importancia a la moral y a la historia sagrada que a las materias laicas, en una escuela alojada en una antigua casona con múltiples habitaciones de techos altos y puertas ventanas con marcos de madera habilitadas como salones de clase, rodeada por un amplio portal con una hermosa balaustrada, dueña de unos vastos sótanos que estaba prohibido visitar y que levantaban la casa del piso de manera que a su entrada principal se llegaba por una lujosa escalera, con un gran número de enormes árboles frutales a su alrededor, cuyas ramas podían verse desde la mayor parte de los salones de clase y cuyas copas vencían la altura de la casona. Además de en esa escuela, donde A-1 imaginaba arriesgadas aventuras durante las clases y A-2 esperaba con impaciencia el sonido de la campana anunciando su fin, ambos coincidían en otros muchos habituales lugares de reunión en la ciudad, desde las iglesias hasta los clubes deportivos, desde los cines hasta las casas de algunos compañeros comunes. Pero sus diferencias permanecían irreductibles. Un gran número de alumnos supo, por ejemplo, que A-2, a pesar de su justificada fama de valiente y decidido no había logrado pasar por una prueba casi legendaria: subirse a uno de los árboles frutales cuyas ramas altas podían llegar a inclinarse

sobre la azotea de la escuela si algún peso las obligaba a hacerlo, pero que, por eso mismo, apenas parecían capaces de resistir este peso, y llegar desde ellas a esa azotea, a la que se podía tan fácilmente acceder desde tantos otros árboles. En cambio, A-1 realizó a solas esa hazaña una tarde en la que ya todos habían dejado la escuela y nadie lo supo jamás. Él nunca lo olvidó. ¿Pero cómo comunicarlo? Su miedo había sido tan grande que jamás hubiese sido capaz de repetirla y nadie hubiera aceptado como verdadero un mero relato verbal.

Luego, la exigua familia de A-1 y él junto con ella, dejó esa, para A-1, inolvidable ciudad de provincia y se trasladó a la capital. Los árboles frutales ahí eran otros y su tamaño ridículo junto a los que A-1 recordaba. Pasaba lo mismo con el número, la forma y la dimensión de las habitaciones en las casas, con los muebles, con las calles, con la escuela de los mismos religiosos pero sin ningún árbol, no habilitada como escuela sino construida para ser escuela y con unos polvorientos campos de deporte. Pero si A-1 no olvidó su ciudad natal sí perdió en cambio casi toda memoria de A-2. Recordaba de vez en cuando a algunos conocidos, con menos frecuencia todavía a ciertos maestros y sólo a través de los comentarios de sus padres a unos cuantos familiares. No era otra vida; era otra forma de vida; sin embargo, ese cambio en la forma cambiaba la vida. La incierta nostalgia que siempre acompañó a A-1 tenía ahora un objeto concreto; pero, contradictoriamente, cuando se presentaba, A-1 la rechazaba avergonzado. El follaje al que debía su carácter secreto había cambiado de naturaleza, aun cuando la figura de A-1 seguía denunciándolo de algún modo y su conducta en la nueva escuela con respecto a las posibles amistades fue muy semejante. En cambio, sin ningún motivo razonable, dejó de ser un buen alumno. La escuela, simplemente, había dejado de interesarle de la misma manera inexplicable en que antes le

atraía. Entonces empezó a tener amigos entre los muchachos que conocía en las calles del barrio donde se encontraba su nueva casa. No eran propiamente amigos, pero sí cómplices en las muchas transgresiones de las reglas de conducta que todos cometían. A-1 empezó a ver de lejos a una muchacha y luego le habló y pasó muchas mañanas y muchas tardes tirado sobre el pasto frente a la escuela de ella. Pero nunca logró que su amor llegara a tener alguna importancia para la que era para él el objeto absoluto del amor. De ese modo pasó de mala manera por la escuela secundaria y la preparatoria. No era bueno ni malo; era algo mucho más grave y para sus padres mucho más irritante e inexplicable: era radicalmente indiferente. Si la vida podía ser un espectáculo, para él ese espectáculo resultaba poco interesante fuera de la lejana posibilidad, que nunca llegó a conocer, de que su amor se hiciera accesible para el objeto de su amor. Y si la vida encerraba en su futuro una oculta promesa, no cabía duda de que a A-1 no le interesaba develarla.

En tanto, en A-2 se había producido una transformación parecida, sólo que a la inversa. Su fortaleza se aplicó a los estudios con igual dedicación que antes a los deportes y sin abandonar éstos llegó a ser un destacado alumno. A-1 se había salido de las páginas de la *Memoria* que cada año imprimía la escuela. A-2 aparecía siempre en un gran número de ellas. Tuvo una novia al entrar a la preparatoria. Era hermana de uno de sus amigos. Alguna vez repasaron viejos ejemplares de esas *Memorias*. En los más antiguos, los que correspondían a la escuela primaria, aparecía A-1. La novia de A-2 lo recordaba y preguntó por él. A-2 no supo responderle nada. Simplemente A-1 se había ido de la ciudad con su familia y al alejarse también su imagen había perdido toda realidad. Los sucesos de la infancia que se recuerdan están relacionados con uno mismo de una

manera en que A-1 nunca lo estuvo con A-2 durante esa época. Pero luego también A-2 dejó la ciudad, no con su familia sino porque había llegado el tiempo de entrar a la Universidad y tanto él como sus padres estaban de acuerdo en la conveniencia de que realizara sus estudios en la capital. A-2 había viajado muchas veces a ella anteriormente; pero sintió el cambio al encontrarse en una casa de huéspedes para estudiantes de una manera que quizás podría relacionarse con la que sintiera años atrás A-1. Fue lógico que se reconocieran al encontrarse en la Universidad. Entonces estuvieron más cerca que nunca de convertirse en amigos. Se veían casi todos los días en las clases, sorprendidos de haber escogido la misma carrera, y muchos sucesos del pasado regresaron para los dos sin que se entrometiera la diferencia con la cual habían vivido en aquel entonces. Pero esa diferencia no había desaparecido. La inversión que se produjera por separado seguía manteniéndose. A-2 era un alumno mucho más dedicado que A-1 pero durante un pleito, cuando A-1 estaba ya en el suelo con la cara cubierta de sangre, fue la fortaleza de A-2 la que intervino para ayudarlo. Una pequeña cicatriz sobre la ceja izquierda de A-1 permaneció siempre para evocar ese acontecimiento, pero él lo olvidó durante mucho tiempo porque, al contrario que A-2, perdió muy pronto todo interés en la carrera elegida y antes de que llegara el segundo año abandonó la Universidad. Esta nueva separación impidió otra vez que fueran algo más que conocidos. A-2 regresaba frecuentemente a su ciudad natal. A-1 nunca lo hacía. A-2 tuvo ahí otra novia. A-1 cambiaba de amistades, no tenía ninguna novia y encontró un sedentario empleo en una librería. Luego, con uno de esos siempre nuevos amigos, se fue de viaje, sin que sus padres, que lo ayudaron con algo de dinero para realizar ese viaje, supieran nunca dónde había encontrado el resto. El dueño de la librería sí llegó a saberlo. La cantidad de libros que faltaban cuando A-1 dejó el empleo superaba

toda posibilidad de haberlos sustraído sin que el dueño lo advirtiera. Pero aunque su amigo regresó al cabo de unos meses, A-1 estuvo más de un año fuera del país y para sorpresa del dueño de la librería, volvió a solicitar su antiguo empleo a su regreso. No pareció comprender por qué se lo negaron. Simplemente buscó otro trabajo, de nuevo en una librería. Casi no hablaba de su viaje, ni siquiera con sus padres, a pesar de que había estado varios meses en el norte de España en el pueblo natal de su padre, del que éste saliera siendo niño todavía y al que nunca había vuelto, del mismo modo que A-1 tampoco había regresado jamás a su ciudad natal. Sin embargo, en su soledad, A-1 parecía haberse convertido a una nueva religión cuyo dios nadie conocía. Durante meses le escribió interminables cartas a ese nuevo dios. Luego dejó de hacerlo. Había conocido a una muchacha americana. Vivieron casi un año juntos y finalmente ella abandonó a A-1 y regresó a su país sin que él sintiera ninguna necesidad de escribirle.

En tanto, A-2 había terminado su carrera. Regresó a establecerse a su ciudad natal y un año después se casó. Había tenido varios hermanos; tuvo también varios hijos. Conoció el éxito en su profesión, era un hombre próspero, un marido feliz y un padre cariñoso y responsable. A-1, que no tenía ninguna profesión ni ningún dinero, se casó también, sin embargo. Pero no fue un marido feliz ni un padre cariñoso y responsable. Se divorció a los tres años, cuando su única hija tenía sólo uno y entonces, sin ningún motivo concreto, al cabo de tanto tiempo, visitó su ciudad natal. No hay ninguna explicación para este hecho y lo mismo podría decirse de lo que pasó después. La gente nace, la gente crece, la gente se muere. Pasan los años. La vida de algunas personas avanza en línea recta; la de otras parece carecer de dirección. A-2 habitaba en el primero de estos compartimentos; A-1 en el segundo. Volvió a casarse, viajó con su nueva mujer a Europa sin

visitar España, tuvo dos hijos más, volvió a divorciarse, murió su padre, su madre regresó a la ciudad donde habían nacido ella y su hijo. A-1, que había logrado convertirse en el dueño de una pequeña librería, la visitaba de vez en cuando y al hacerlo, muy conscientemente, visitaba también su infancia. Algunas veces se presentaba a ver a su madre con alguno de sus hijos, pero, como con su madre, tampoco podía hablar con ellos de esa infancia. Como es natural, durante esas visitas encontraba antiguos compañeros, entre ellos a A-2. Lo reconocían, se saludaban, en algunas ocasiones hasta se abrazaban, conversaban juntos y A-1 sentía que no habían hablado de nada. Tal vez él sólo había hablado en una ocasión; había hablado y escrito cartas; pero también había perdido las respuestas a esas cartas y esa pérdida de algún modo le parecía semejante a la de su vida. No era infeliz. El problema era que tampoco era feliz. Su hija mayor se había casado y dos de los hijos de A-2 lo habían hecho también cuando, por una de esas hermosas y raras casualidades mediante las que la vida hace que coincidan dos puntos que no tienen ninguna relación, estando ambos a unos meses de distancia de convertirse en abuelos, los dos antiguos conocidos se encontraron en la Plaza Mayor de su ciudad natal, se saludaron con una inusitada alegría, como si de pronto el hecho de que se hubieran reconocido significara algo, atravesaron juntos la plaza bajo los tupidos laureles de la India y mientras las campanas de la catedral anunciaban el principio del fin de la tarde, decidieron ir a tomar un café juntos a la antigua pastelería y sorbetería a la que los dos iban desde niños y que los hijos de A-1 no conocían, del mismo modo que la madre de éste nunca conoció el pueblo de su padre ni el padre regresó a él jamás. Entonces, A-1 le contó a A-2 la hazaña que realizara siendo niño al pasarse desde el árbol a la azotea de la escuela. Por supuesto, A-2 ni le creyó ni se interesó en lo más mínimo en ese recuerdo absurdo. Quizás porque ambas cosas le

irritaron, A-1 pidió todavía otro café sin preguntarle a A-2 si tenía tiempo para seguir conversando y dijo inesperadamente:

—Estoy seguro de que antes de morir cada quien vuelve a ver la imagen que ha sido más importante en su vida y creo que yo sé cuál será esa imagen para mí.

Ningún gesto, ninguna mirada por parte de A-2 mostró el más ligero asomo de curiosidad, pero A-1 siguió hablando:

—¿Sabías que cuando yo dejé la Universidad me fui a Europa y estuve más de un año ahí? Fue la experiencia más importante de mi vida, mejor dicho: ésa ha sido la única experiencia en mi vida. Supongo que diría la verdad si afirmara que he vivido sólo para eso y por eso soy diferente a casi todo el mundo. Mi vida tiene un sentido que no puede desaparecer aun cuando quien se lo dio se haya perdido para mí y sólo permanezca presente como la fuerza capaz de otorgar ese sentido. En esa época tanto tú como yo teníamos diecinueve años. Yo no esperaba ni deseaba nada y lo encontré todo; pero como no se puede vivir con la totalidad porque no se la reconoce, la perdí. Sólo que esa pérdida es imposible. Algo de ella permanece, un fragmento minúsculo que encierra la misma totalidad y yo voy a volver a verlo antes de morir y a reconocerlo. Hice ese viaje con un conocido. Podías haber sido tú, pero no fuiste tú. Tú seguías los estudios que yo había abandonado. Y también de ese conocido me separé muy pronto y seguí el viaje solo. Tal vez entonces no sabía en qué consistía, pero lo que me acompañaba y guiaba todo el tiempo era una ligerísima sensación de absoluta irresponsabilidad. Esa sensación era ligerísima porque la irresponsabilidad es tan grande que ni siquiera podría soportarse sin perderse el reconocimiento de su verdadera naturaleza. Más exactamente: su verdadera naturaleza es una pura ausencia, la

negación de cualquier peso, la libertad sin límites. Entonces todas las impresiones, todo lo que nuestros sentidos y nuestra inteligencia recogen y guardan en nosotros es vastísimo y no tiene ninguna importancia. Vi ciudades y monumentos y plazas, calles muy estrechas y avenidas, catedrales y cuadros, muchos cuadros. Vi ríos y montañas, cipreses, colinas pardas y campos de trigo. Vi monasterios y olivos, higueras, bosques con árboles enormes distintos a los nuestros y tan inmutables y eternos como los nuestros y no vi nada porque yo era todo eso, además de los libros que leía a veces en idiomas que apenas lograba entender. Era las borracheras a las que me entregaba y un misterioso recogimiento continuo que tenía que ver con la certeza de que no era nadie ni jamás volvería a ser nadie, sino tan sólo el receptáculo en el que sin ninguna continuidad ni ninguna posible memoria voluntaria se alojaban todas las sensaciones que recibía. Vi el mar y era siempre el mar, un mar igual al nuestro y un mar distinto aunque yo lo sintiera igual algunas veces y otras desconocido y sorprendente. Viajé por una estrecha carretera increíblemente sinuosa en el techo de un autobús destartado, por entre montañas con enormes rocas y cada vez más verdes y en uno de cuyos extremos también a veces aparecía el mar. Fue un viaje muy largo. Nos detuvimos en muchos pueblos. La carretera estaba en muy mal estado, inconcebiblemente mal trazada y el estado del autobús tampoco era nada extraordinario. Cuando nos deteníamos en algún pueblo bebía vino y mis compañeros en el techo del autobús me recomendaban que tuviera cuidado en las curvas. Tomé ese autobús muy temprano por la mañana y pasé casi todo el día en su techo. Vi, sentí, cómo el día iba avanzando sobre mí, cómo se hacían diferentes los lugares, cómo cambiaba el paisaje, cómo reaparecía de pronto el mar. Iba al pueblo de mi padre. No sé por qué. Él no me había pedido que lo visitara y yo casi nunca se lo había oído mencionar. Sólo había nacido allí, igual que

nosotros en esta ciudad; había estudiado algunos años con los curas, igual que nosotros en esta ciudad, y luego se había ido. Pero yo recordaba haberle oído decir que era un pueblo distinto a todos, aunque apenas terminaba el verano llovía continuamente y hacía mucho frío. Eso no significaba nada. Todos consideramos distinto el lugar en el que fuimos niños. Pero cuando yo decidí visitar el pueblo de mi padre era verano. Yo no era nadie y no habitaba el verano sino que el verano me habitaba. Ninguna cosa parecía tener dueño. Después me ha parecido tener una sensación semejante con los libros de mi librería. No son míos, no tienen dueño, pero no sólo porque nadie es el propietario de un libro, del objeto que es todo libro, sino porque tampoco son de sus autores, sino que los autores les pertenecen. Apenas llegué al pueblo de mi padre, de noche ya, sentí que le pertenecía de ese modo. En algún momento debió haber empezado a caer una llovizna muy fina porque cuando me bajé del techo del autobús mi ropa y mi pelo estaban húmedos. El pueblo estaba casi a oscuras. No había ninguna posada, ningún lugar donde se pudiera dormir. Sólo dos cafés en los que algunos viejos y algunos jóvenes jugaban al dominó y sin excepción siguieron jugando sin volverse a mirarme cuando entré. Pensé, sentí, que no tenía objeto haber ido allí y yo era un perfecto idiota. Pero era perfecto ser un perfecto idiota. Alguien sin edad que camina a lo largo de las casas de un pueblo cualquiera sin saber a dónde va y mientras avanza deja su dedo índice tocar las paredes de las casas. Al mismo tiempo que me reconocí como un perfecto idiota, pensé como una posible solución para mi problema que mi padre tenía un primo que todavía debería vivir en el pueblo. Recordé su nombre y su apellido, lo recordé todo, aunque probablemente no lo había oído mencionar más de dos o tres veces. Traté de imaginármelo y no se parecía a nadie que yo pudiera ver en los cafés; no se parecía a nadie que yo pudiera imaginar y por

tanto no era capaz de imaginarlo. Sin embargo, pregunté por él. Me preguntaron a su vez para qué quería saber su dirección. Les dije que porque era mi tío y me la dieron. Vivía en una casa muy grande con sus cinco hermanas, su mujer y sus siete hijos, cerca del centro del pueblo, quiero decir cerca de la iglesia, cerca del juzgado. Pero todo eso no tiene importancia. Siempre se dan rodeos antes de llegar al lugar que se desea. Siempre se leen libros inútiles antes de encontrar el que uno necesita. Me recibieron maravillosamente. No me recibieron maravillosamente: me hicieron desaparecer. Yo era uno de ellos. Dormía en la misma cama que uno de mis primos. Escuchaba hablar a su padre como si fuera el mío y supe de su infancia todo lo que él nunca me había contado. Hablar de eso está bien, pero tampoco importa. Fui parte del pueblo. Está a diez kilómetros del mar, unido a él por lo que en ese rumbo llaman una ría y además lo cercan por ambos extremos dos ríos de tamaño diferente, uno de los cuales pasa justo detrás de la plaza principal. El pueblo está como en un agujero, rodeado de agua y de montañas, inmóvil en medio del tiempo y sin embargo, es rico y próspero. Mi tío no era rico. Lo había sido pero ya no lo era. A nadie parecía importarle eso. Nosotros nada más vivíamos en el pueblo. Vivir en el pueblo en verano era navegar en una barca de vela por la ría, llegar hasta el mar, pescar y bañarse en los ríos, emborracharse con un vino oscuro en la oscura cava de la casa del padre de uno de los amigos de mis primos, comer calamares, mejillones y toda clase de pescados fritos en una tasca que estaba en el segundo piso de una casa de madera, ver desde una montaña el panorama con los techos de pizarra negra del pueblo, los árboles de la plaza, las huertas, los ríos que lo rodeaban, la ría que se abría y al fondo, como una sola línea azul, el mar y junto a él la borrosa silueta de los otros dos pueblos que están en ambos extremos al final de la ría. Mi tío descubrió que yo trabajaba en una librería. Él tenía una

biblioteca. Me hablaba de sus lecturas, me miraba con asombro, igual que sus hermanas y su mujer, metía la mano huesuda entre mi pelo y me decía «sobrino». Era mi única identidad porque de allí en fuera no era más que el hermano de sus hijos, el que había llegado un día al pueblo y le pertenecía. Ya iba a los cafés. No mucho porque no teníamos tiempo y yo, como mis primos, no sabía jugar al dominó. Pero la gente me conocía y me reconocía como una parte de El Campo, como llamaban a la enorme casa de mi tío, que tenía una torre con el tejado de pizarra negra en punta y desde la que se oía pasar el río del otro lado del cual empezaba la plaza principal del pueblo. Entonces la conocí a ella. Fue en las fiestas que todos los veranos se organizaban durante cinco días en uno de los pueblos junto al mar, con celebraciones religiosas y bailes profanos. Mis tías iban a la iglesia. Mi tío se quedaba en la casa. Yo fui desde el primer día con dos de mis primos a los bailes. Salíamos después de comer, atravesábamos uno de los ríos por el puente antiguo y caminábamos por la carretera, a la orilla de la ría, los diez kilómetros que nos separaban del pueblo vecino. Ella sólo pasaba los veranos en el pueblo. Vivía en Madrid; pero había nacido en una casa más allá del río, igual a la de mis primos. Era del pueblo, no como yo, sino desde el principio. Pero la conocí porque yo también era ya del pueblo. Tantos lugares, tantas impresiones y sólo una las encierra y les da significado a todas. Odio la sucesión, odio el tiempo, odio que uno sienta tener muchas vidas y no ser dueño ni siquiera de la única que lo justifica. Te he estado contando cosas que me pasaron durante un tiempo en el que no existía el tiempo y yo estaba siempre en el centro del día, un único día, un solo día, siempre diferente y siempre el mismo porque sus diferencias me hacían sentir que nada cambiaba mientras yo fuera sólo el receptáculo en el que esas diferencias se hacían posibles; pero para contártelas he utilizado la memoria de lo que he ido recordando al cabo de mi vida

entera como si las hubiera sabido todas desde siempre. No es cierto. Muchas veces esos recuerdos no me pertenecían. Durante años los he olvidado por completo. Luego, en ciertos momentos, algunos fragmentos de ellos han regresado y he vuelto a olvidarlos porque lo que parecía ser mi vida me apartaba de mi vida. No sé cómo se han ido imponiendo y armando y construyendo, pero me aborrecería si quisiera convertirlos, si tratara de convertirlos, en una unidad, porque esa unidad sólo existe debido a que su verdadero significado, aquél en el que todos los sucesos sin estar presentes viven por completo, se encierra en un solo instante, en una imagen única, que quizás es incomunicable, pero no debe ser incomunicable, que quizás no puede expresarse sólo como tal, pero encierra en su absoluto poder, en su ilimitada dimensión, en su naturaleza desde siempre fuera del tiempo aunque ocurrió dentro del tiempo todo lo que se debe expresar y lo único que debe comunicarse. Ella también iba a los bailes y a las fiestas que se celebran en esas pistas enormes y abiertas a la noche que sólo existen en los pueblos que no las utilizan más que una o dos veces al año durante una semana seguida y luego las cierran. No puedo precisar, desde que sé todo lo que ella significa, todo lo que su figura encierra, nunca he podido precisar cuándo la vi por primera vez, cómo iba vestida, con quién estaba. Uno de mis primos, muchos de los muchachos del pueblo y de varios de los pueblos vecinos estaban enamorados de ella. Lo que siempre puede ser alguna muchacha a los diecisiete años: la imagen del amor. Sé que bailé con ella, no sé cómo me atreví a bailar con ella, sé que en algún momento, esa primera noche, tomé uno de los claveles rojos que estaban sobre las mesas, se lo di y ella lo aceptó, aunque tampoco sé cómo me atreví a ello. Sonreía inclinando la cabeza ligeramente hacia un lado, no como a veces sonrían las vírgenes en las estatuas medievales, sino como esas vírgenes sonrían imitándola a ella. Se burlaba de mi acento y de

algunas de las palabras que usaba porque no significaban nada para ella y le sorprendían. Pero ya te estoy contando un relato. Ésta es una sucesión de acontecimientos a los que el recuerdo les quita su banalidad. Cuando existen en el presente su maravilla y su única auténtica verdad es que no tienen importancia. Es imposible recordarlos. No existen, no tienen ninguna consistencia, ninguna materia, su única realidad es la imposibilidad de recordarlos sin destruir lo que en verdad son: un instante, banal, absoluto, un puro instante, sin otro peso que su categoría de instante: como la vida. Porque no sabía lo que pasaba, porque no sabía lo que estaba haciendo, pero estaba preso de un deslumbramiento en el que todo se oculta y todo se calla, me quedé en el pueblo mucho más de lo que esperaba. Una noche que debería ser para mí la última noche, cuando ya habían pasado las fiestas, me acerqué a ella que estaba con otras muchachas caminando por la calle principal y le dije que no quería irme. Me contestó que tampoco ella quería que me fuera y debería quedarme. Debe haber dicho eso. Es imposible que yo conserve el recuerdo de palabras tan definitivas. Durante meses no había sido nadie. La plenitud absoluta de no ser nadie se encierra probablemente en ese momento porque entonces debo haberlo sido todo. Puedo ser preciso y decirte, sin ningún peligro de equivocarme que algún tiempo después, que una eternidad después, pero siempre durante esa misma noche que podría haber sido la última y fue una noche indiferente y ajena al tiempo, a solas a su lado, caminando a su lado, con la promesa que debíamos habernos hecho en algún momento de vernos la mañana siguiente, la acompañé hasta pasar el río por el puente antiguo, hasta estar cerca de su casa y allí, en algún punto más allá del puente, ella se detuvo, inclinó ligeramente hacia abajo la cabeza y yo hice lo que su gesto me pedía: la besé en la frente. De regreso ya casi no había nadie caminando por la calle principal o yo no era capaz de ver a nadie. No

puedo decirte lo que sentía, no porque no lo recuerde, aunque no haya pensado en eso durante años no debo haberlo olvidado nunca, si no puedo decirte lo que sentía es porque no sentía nada, no me sentía a mí mismo, no veía nada, no oía nada, no me daba cuenta de que estaba caminando: la plenitud vacía. Por eso, para que ese absoluto tuviera alguna realidad, al llegar a casa de mi tío, que estaba en su biblioteca, se lo conté todo. Me escuchó con una concentrada seriedad y luego me dijo que debería irme a dormir y no olvidar nada. Obedecí. El primo que dormía conmigo ya estaba en la cama. Era el que también estaba enamorado de ella. Se lo conté todo. Cuando finalmente me callé, me pidió en voz muy baja que no dijera más y me acostara ya. Fui yo el que apagó la luz. Creo que los dos escuchamos cómo el otro no dormía, pero al día siguiente era mi primo de siempre, el que había conocido menos de tres semanas atrás y era mucho más que mi primo. El que no fue el mismo fui yo. Dejé mi disponibilidad, dejé de estar por entero en los lugares entregado a ellos. Sólo era ella, sólo existía en ella, sólo vivía para sentirla vivir. Me he casado dos veces, he tenido tres hijos, ha pasado mucho tiempo. En muchas ocasiones he vivido durante años como si hubiera olvidado todo eso. Pasé con ella unos meses de los que no sabría contarte nada porque he olvidado la mayor parte de los acontecimientos concretos, pero no su esplendor y además ahora sé lo que ese esplendor pudo provocar. Estuvimos juntos en el pueblo unas semanas. Luego ella se fue a Madrid y yo la seguí. Estuvimos juntos allí más de dos meses y se me terminó el tiempo de la visa y se me terminó el dinero y tuve que regresar, seguro de que volvería muy pronto. Nunca lo hice. Nunca he vuelto a verla. Y no logro recuperar la imagen de nuestra despedida en la estación de ferrocarril. Sólo sé de mi devastadora necesidad de verla al principio, de mi incredulidad ante el hecho de que no fuera posible, de la absoluta presencia de su ausencia que no hacía de mí más que una

pura nostalgia. Le escribí durante meses. Muchas cartas, innumerables cartas, muy largas cartas. Ella me escribía también. Luego de pronto, no sé por qué, todavía no sé por qué, me imagino que porque esa sucesión que odio, que porque ese tiempo que odio, que porque esta vida en la que estamos inmersos lo devora todo y todo lo mata, pareció que no tenía sentido vivir para escribir cartas y dejé de hacerlo. Tuve una amante. Quizás eso podría explicarlo. Por lo menos es una hermosa e idiota explicación. Podría decir: me enamoré de otra. Uno no tiene un solo amor y existe la realidad de la presencia y el deseo. ¡Qué estupidez! Todo eso es mentira porque es cierto sólo en tanto es la condición de los imbéciles. La verdad es que muchos son los llamados y pocos... Dejé de escribirle. Perdí sus cartas. Ni siquiera tengo sus cartas, sólo esos fragmentos de recuerdos que han ido apareciendo a lo largo de los años. La plaza principal del pueblo en la que nos sentábamos horas enteras en una de las bancas. Había eucaliptos y álamos con el reverso de las hojas plateado y no sé qué otros árboles. Tampoco sé si es cierto que a veces oíamos las campanas de la iglesia. Desde un extremo de la plaza, de espaldas a la calle principal del pueblo y a la hilera de casas que estaban de un solo lado a esa altura, nos apoyábamos en la balaustrada y veíamos correr el río del otro lado del cual estaba mi casa, la casa de mi tío. La besaba en el pelo, en la frente, en las mejillas y en la boca. Salíamos del pueblo y caminábamos por la carretera que se alejaba de él en dos direcciones a ambos lados de la ría. Unas cuantas veces nos perdimos entre los pinos y las bayas de alguna montaña. En Madrid me recuerdo esperando una mañana, la primera mañana, apoyado en el tronco de un castaño raquítico, a que saliera de su edificio, del edificio en que vivía, cerca de El Retiro, en la calle de Alcalá. Ése era yo. ¿Qué tiene que ver con el que soy ahora? Nos veíamos todas las mañanas, todas las tardes hasta la hora en que ella tenía que regresar a su casa por la noche. También caminábamos

bajo los árboles de El Retiro y nos sentábamos en las bancas. Para entonces ya era otoño. La naturaleza cambia y la luz es distinta y los árboles encierran todos los colores en sus hojas y empiezan a perderlas y es hermoso también verlas en el suelo; pero esto sólo se hace visible ahora porque lo recuerdo vivido desde el amor y entonces el amor, que lo cubre todo, no me permitía ver nada de eso más que como una de las formas de su representación. También fuimos algunas veces al Museo del Prado. Tuve su cuerpo muy cerca del mío frente a un Tiziano. Hasta íbamos al cine, como si no importara perder el tiempo, como si ningún tiempo fuera perdido. Pero si puedo decirte todo esto que es fragmentario y borroso y no logra mostrar lo que era ella y lo que era yo porque vivía a través de ella, eso hace de todas maneras que si mi vida importa o significa algo estoy seguro de que sólo es porque es inútil, sin sentido, llena de engaños y espejismos y no significa nada más allá de mi precisa capacidad para que esté presente en mí esa única imagen de ella y que le debo a ella. Cuando no habían pasado más de diez días de aquella que debía ser mi última noche en el pueblo y sobre la que he olvidado todos sus detalles pero no la verdad total de lo que existió, ella tuvo que irse con su familia a un hotel de aguas termales que estaba cerca del pueblo y pasó unos días fuera. Yo volví a ir a los ríos con mis primos y a nadar en esos ríos y en la ría, volví a la tasca y a la cava del padre de uno de sus amigos donde bebíamos el vino oscuro directamente de las barricas y sobre todo hablé con mi tío. No sé qué hablé, sé que él me escuchaba con lo que también es el amor y me decía que ella no tenía buena salud pero eso sólo podía importarle a los que buscaban seguridades y yo no era uno de ellos. Luego se produjo el prodigio, el que no puedo precisar en qué momento al cabo de los años se me ha revelado como el prodigio. Yo no sabía exactamente cuándo iba a regresar ella. Me había dicho que estaría fuera entre cinco y quince días. El autobús en el que debería

llegar pasaba por el pueblo alrededor de las doce y se detenía un momento frente a la plaza principal, a un lado de uno de los cafés, que tenía una pequeña terraza al aire libre. Desde el cuarto día a partir de las once y media yo empecé a esperar sentado en una de las bancas de la plaza o en ese café y veía llegar el autobús y se detenía y ella no bajaba de él y yo no sabía lo que sentía, pero era como si todo se hubiera quedado vacío y sólo existiera la necesidad de verla, de que ya no estuviera lejos, tan lejos y tan presente como lo estaba durante aquella que debería ser mi última noche en el pueblo y la veía caminar por la calle con sus amigas y el desamparo, el miedo ante un futuro en el que ya hubiera desaparecido para mí y no volviese a verla más eran tan grandes que me decidí a ir hacia ella y hablarle. Me iba a buscar a mis primos para matar el resto del día como si todavía fuera igual que ellos. Así deben haber pasado unos cinco días. No logro estar seguro de si todo lo que te he dicho puede servir para justificar o hacer verosímil la importancia de lo que sucedió entonces y si trato de contártelo siento que lo disuelven las palabras, que lo convierten en un mero acontecimiento, en algo demasiado concreto. Y no lo es. No es nada. Es todo. Carece de sentido y abarca todos los sentidos. Es la imagen total que yo tengo de la perfección de la vida, de su suprema belleza, cuando sólo es la vida y al mismo tiempo es algo más que la vida porque la abarca, la encierra y la representa manteniéndose dentro de ella y estando fuera simultáneamente, como una imagen que sólo es posible porque existe el mundo y al mismo tiempo no pertenece al mundo, no le pertenece a nadie más que a sí misma porque en tanto imagen ella ignora esa pertenencia. ¿Se entiende? No puede entenderse. Sólo es y niega todo sentido, pero encierra todos los sentidos porque, aun sin saberlo, uno ha aprendido a reconocerlos a través de ella. Me da miedo decírtelo. Es algo de lo que no se debe hablar y no puedo dejar de decírtelo para volver a saber que es verdad

tal como lo sentí algún día que no recuerdo y en el que de pronto comprendí todo lo que había tenido y por qué importaba mi vida. Han pasado más de treinta años desde ese momento, treinta años que con los diecinueve anteriores, los que tenía cuando la conocí y empecé a vivir lo que he tratado de contarte, forman toda mi vida. Sin embargo, creo que puedo, que debo poder a pesar de todos mis temores, reconstruirla con una minuciosa precisión, la que tendrá cuando vuelva a verla antes de morir. Todo lo anterior, lo que me has estado oyendo decir, no es más que el marco indispensable para encerrar esa imagen y sólo la misma imagen hace posible y necesario el marco. Yo estaba en el café. El autobús llegó. Me levanté y me acerqué un poco a él y entonces ella salió del autobús. El momento en que estuvo de pie en la calle forma esa imagen absoluta que recuperé y que en su simplicidad y su suprema ausencia de importancia, su negación de toda trascendencia pero también de toda temporalidad inmanente encierra todas las posibilidades y todos los sentidos. Llevaba amarrada alrededor del cuello una cascada de seda azul que mi padre me había regalado antes de que saliera de viaje y yo le había regalado a ella. Estaba vestida con una blusa camisera de algodón azul, con mangas largas, y con una falda de la misma tela y del mismo color. Llevaba unos zapatos bajos, de ante, azules también. Ese azul. ¿Cómo explicártelo? Es simple y único. Ninguna comparación con cualquier objeto natural ni con cualquier obra de arte serviría. Era el azul con el que ella estaba vestida. Eso debe bastar. En la total presencia de esa imagen ella y el azul son la misma cosa. Son el símbolo de algo que no simboliza nada, que sólo se hace presente a sí mismo. Estaba de pie, era esbelta y joven y frágil y misteriosa e inmediata. Era la inocencia, intocada, siempre intocable y siempre presente para concedernos a través de su pura existencia la posibilidad de conocer. Su pureza la envolvía, creaba un halo a su alrededor y ese halo era invisible y sólo

estaba dentro de ella. Su materialidad se afirmaba desvaneciéndose. El mundo no la rodeaba. Era bellissimo y esplendoroso y eterno porque no existía sino que se perdía en ella. Todo esto que te he dicho no encierra más que un instante, no tiene sucesión. Mientras lo veía, tal como vuelvo a verlo ahora, tal como lo veré antes de morir, no había antes ni iba a haber después. No podía pensarlo, pero sabía que porque todo estaba encerrado en su figura joven vestida de azul todo iba a quedarse quieto, inmóvil para siempre. Y esa quietud, esa inmovilidad, son la perfección. Puedo hablarte más todavía. Puedo decirte del óvalo de su cara, de su pelo ni corto ni largo, de su frente abombada, de su boca llena, del indescriptible color de su piel que sin embargo es un color, de su pierna izquierda ligeramente adelantada desde el instante en que se quedó de pie cerca del autobús. No era posible y por eso era posible que en algo tan sencillo, tan común, tan cotidiano se encerraran tantas cosas y yo no lo advirtiera porque su sola presencia borraba todas esas cosas, las hacía también sencillas y comunes, las convertía en lo que en verdad son: todo y nada, algo inagotable, sin término, cuya forma de existencia es una pura inexistencia y que sin embargo no puede dudarse de que existen porque su presencia las hace manifiestas. Me vio y sonrió apenas, como lo hacía siempre, inclinando ligeramente la cabeza hacia un lado. Después debo haberme acercado a ella, debo haberle hablado, debo haber entrado al tiempo y fugazmente, como siempre ocurre dentro de él, fui feliz. Pero en tanto, sin que lo supiera, se había quedado fija la imagen que recuperaría después y de la que te acabo de hablar.

A-2 apagó un último cigarro en el cenicero que alguno de los meseros debía haber vaciado varias veces. Quizás estaba un tanto turbado y sorprendido; quizás no había escuchado con atención todo el relato; quizás durante algunos momentos se había aburrido y también

era posible que se hubiera sentido molesto e impaciente por lo que podía haberle parecido un abuso por parte de A-1 del hecho de que fueran antiguos conocidos. En cualquier forma, casi no lo miró, evitó mirarlo después de apagar el cigarro, como si no supiera y ese desconocimiento le inspirara un cierto temor, cual era la cara que iba a encontrar al enfrentarla directamente. En tanto, había oscurecido y muchas personas salían a esa hora del cine cercano al café. A-2 sintió que, de todos modos, tenía que romper el silencio casi palpable que se había colocado entre él y A-1. Trató de restarle importancia a su inquietud, de hablar como si no hubiera sentido nada especial, como si en ningún caso algo en el relato de A-1 lo hubiera perturbado, como si sólo estuviera cansado y también, aunque pretendiera aparentar que trataba de disimularlo, aburrido.

—No sé por qué me has contado esa historia tan larga —comentó.

—Yo tampoco lo sé —contestó A-1—. Supongo que para hacer aparecer esa imagen que recuperé una vez y ponerla fuera antes de que entre al lugar en el que encontrará para siempre la plenitud que le corresponde.

## Envío

MUCHAS veces despierto pensando en ti. Es absurdo. No ocurría cuando estábamos juntos y ahora apareces como una imagen que me rodea y en la que me pierdo hasta que poco a poco se disuelve y el día empieza en verdad libre ya de tu recuerdo. Mientras la imagen está presente no siento alegría ni tristeza, nostalgia ni arrepentimiento. Nada más estás. Quizás esa es tu fuerza durante esos breves momentos. Supongo, imagino, porque es probable, que a ti te ocurre lo mismo. Nadie se desprende por completo de su pasado. Pero yo no quiero evocarte, sino tan sólo asentar que muchas veces despierto pensando en ti. Traducido con exactitud esto equivaldría a afirmar que muchas veces, al despertar, por la mañana, te conviertes en mi pensamiento y si me sorprende es porque entonces me doy cuenta de que nunca supuse que ibas a ocupar un lugar en él. «Quiero estar contigo porque sí. No espero nada», decías y además lo cumpliste siempre. Pero si tal vez fue cierto para ti, a mí no me ha ocurrido lo mismo. Es imposible vivir sólo en el presente. El pasado no permanece como lo que fue, lo vence el olvido; pero su triunfo consiste en una transformación dentro de la que sus huellas son mucho más poderosas. Si trato de precisar de qué manera despierto pensando en ti al recordar ese momento tengo que corregirme y asentar que primero no aparece una imagen sino una pura sensación, que además no es la sensación de nada, sino algo que reconozco como tu presencia en mí. Sólo entonces alguna imagen se une de pronto al reconocimiento. Te veo —¿pero desde dónde te veo, cómo es posible que te vea si no estás, si lo que veo en verdad al abrir los ojos para ver, son algunos muebles y las paredes de mi cuarto, las ventanas cuyas cortinas he dejado abiertas y el árbol más allá y tú ni siquiera conoces este cuarto, nunca has estado en él más que cuando te veo y tú no sabes que te veo?—; sin embargo, te veo. ¿Para qué interrogarme sobre algo tan banal? Todos somos capaces de imaginar y entre otras muchas cosas lo que alimenta

nuestra imaginación puede ser el pasado. Pero, a pesar de la banalidad, ¡qué extraño es poder verte con sólo imaginarte y, sin que mi voluntad intervenga, a la que imagino sea a ti! Estás con un traje de baño amarillo de dos piezas junto a la alberca de un club privado, un club muy exclusivo porque tú eras —debes serlo todavía pero eso ya no le importa ni siquiera a mi recuerdo desde el que el pasado siempre es presente— muy rica. Me habías llevado ahí el tercer día que salimos juntos. Y ahora me doy cuenta de que lo que veo al imaginarte, antes de que el recuerdo se transforme en la sucesión de un tiempo que ya no existe y la imagen se pierda, no es el momento en el que tuve la visión tuya con un traje de baño amarillo junto a una alberca en un club privado, sino una fotografía que he perdido o que nunca tuve porque tú te quedaste con ella que nos tomó la mujer de la pareja que iba con nosotros y que nos servían un poco de alcahuetes, porque al verte, sentada junto a esa alberca, yo estoy sentado también a tu lado y uno no puede verse como si hubiera tenido ocasión de verse desde afuera ni siquiera en el recuerdo. Eso sólo puede ocurrir en una fotografía.

No sé cuál es mi propósito. Ignoro por qué me he confesado que muchas veces despierto pensando en ti. Quizás quiero utilizarte como pretexto para contar una historia, ¿pero qué interés puede tener esa historia, hubo una historia entre tú y yo? Tiene que haberla habido porque toda sucesión de acontecimientos va creando una trama y tú y yo vivimos, tal vez sin darle importancia pero viviéndolos porque nos atraía estar juntos, una serie de sucesos.

No se trata entonces de recuperar nada. Ya te lo dije: no quiero evocarte. Sólo se trata de que algunas veces estás presente y no puedo dejar de reconocer que hay una historia que es nuestra historia, aunque

ya no esté en ningún lado, del mismo modo que yo no sé dónde estás ahora y lo más probable es que a ti no te preocupe en lo más mínimo, más que si acaso en algunas remotas y fugaces ocasiones, dónde estoy yo. Juntos ya no existimos. Eso debe ser lo único que me seduce, que me atrae y me conduce una y otra vez al deshilvanado tejido de mis recuerdos: vernos como si ya no existiéramos. Algún día, en efecto, ya no existiremos y sin embargo, para nadie, para el recuerdo de nadie, los aspectos que nada más tú y yo podemos saber y a los que tendríamos que considerar como los que forman nuestra historia, habrán sido, y en esa dirección son irrevocables, aunque para lograrlo han pagado el precio, o pagarán el precio una vez que ni tú ni yo podamos recordarlos, de no tener ninguna realidad. Y entonces, ¿en dónde se encontraría su carácter irrevocable, en qué futuro o en qué lugar, en qué espacio que sería el sitio donde el pasado que se ha salido del tiempo se convierte en presente, a pesar de que, esencialmente, ya no es sino que tan sólo fue y porque fue está en ese espacio que alojaría a todo lo que alguna vez ocurrió y que es imposible de imaginar pues su dimensión tendría que ser la del infinito que, como no tiene principio ni fin, no está en ningún lado?

Alguna vez me contaste que tu primer marido —pues tú habías tenido un primer marido, habías enviudado de un segundo y te disponías a tener un tercero cuando nos conocimos— te había advertido que si empezabas a tener una relación conmigo terminaría usándote como modelo en algún relato. También me dijiste que le habías contestado que no te importaba porque fundamentalmente estabas muy satisfecha con tu presente y te negabas a pensar en el futuro. Tenías razón. No sirve de nada pensar en el futuro. Nadie tiene futuro. El futuro no existe o más bien deja de ser futuro en el preciso instante en el que ya existe. Tal vez yo estoy cumpliendo con una

predicción; pero tiene un carácter distinto al de aquel con el que la hicieron. No es la misma. El presente hace falso el futuro que pretendimos imaginar. Y después de todo, ¿qué consecuencia puede tener ser el modelo para un relato? Ninguna. Siempre se puede negar la veracidad del que te ha utilizado como modelo, porque la verdad de los relatos no es la de la vida y en ellos todo se compone, se desfigura, se acomoda para lograr una verosimilitud que sólo le es necesaria al relato, de tal modo que el retrato nunca se parece al modelo. Pero además, cuando tú me dijiste todo eso, lo que yo pensé fue que eras adorable en tu ingenuidad, porque lo que me estabas diciendo es que te gustaría que te usara como modelo para un relato y yo no lo haría nunca porque no veía qué interés podrían tener para un relato tu persona, el papel que yo estaba actuando entonces y lo que los dos vivíamos juntos: una relación sexual privada muy intensa y que no necesitaba que yo la imaginara contemplada por ningún *voyeur* que la viera desde afuera. Ahora, al recordar tus palabras, vuelvo a verte en el momento de decirlas. Era por la tarde. Tus dos hijos habían salido y estábamos en la terraza de la parte posterior de tu departamento, la que no da a la calle sino al jardín del edificio y desde la que pueden verse los enormes árboles del bosque que es nuestro legítimo orgullo y nuestro parque nacional desde tiempos inmemoriales, anteriores a ti, a mí y a la Conquista. Yo estaba bebiendo, como siempre, y tú traías un vestido de seda tras el que se dibujaba tu figura, tenías la pierna cruzada y de vez en cuando levantabas la punta del pie. Supe que era bello poder tener mujeres como tú y debería considerarme afortunado, pero que también, después de todo, nuestra relación descansaba en un malentendido porque a ti te excitaba considerarme un malvado y yo no era más que un ingenuo. La ventaja de ese malentendido era que, como ocurrió en ese momento, no dudé en proponerte que fuéramos a tu cuarto. Ni siquiera había intentado besarte antes o hacerte cualquier

caricia que propiciara tu aceptación y te negaste alegando que tus hijos podían regresar en cualquier momento. Yo dije entonces, un poco molesto, que por la noche tenía que hacer y no podría verte y tú me propusiste, arrepentida, que al terminar, fuese la hora que fuera, regresara a tu casa e iríamos a tu cuarto. Lo que no aclaraste, pero yo lo sabía, era que tú también tenías que hacer en la noche porque tu novio iba a ir a verte.

Te encuentro y me encuentro en los ocultamientos y engaños que forman nuestra verdad. Podría contarme cómo fui por primera vez a tu cuarto la noche que nos conocimos. Creo incluso que voy a hacerlo. Tal vez ese suceso merece permanecer dentro del tipo de presente que ya no le pertenece a nadie. Había llegado por la tarde a mi casa después de dar una conferencia en una ciudad de provincia. La conferencia había sido un fracaso, desde luego. Verdaderos racimos de madres abandonaban horrorizadas el salón llevando del brazo a sus hijas y detrás a los novios de sus hijas conforme yo avanzaba en la lectura del que consideré el más limpio e inocente de los capítulos de la novela que estaba escribiendo. Hice un horrible viaje de regreso en un avión tan lleno e incómodo como un camión de segunda. Estaba triste, gozando con la masoquista comprobación de que el signo del fracaso se hacía cada vez más evidente en mi vida y de mal humor por el aspecto de las calles de una ciudad que me encanta y que es espantosa e inhabitable, en el camino del aeropuerto a mi casa. Al entrar a mi departamento me encontré una nota de mi mujer, que me había echado de nuestra casa unos meses atrás, y me anunciaba, en términos más bien despreciativos, que tendría que presentarme en el juzgado a la mañana siguiente para el juicio de divorcio y otra nota en la que los amigos que más adelante nos sirvieron de alcahuetes me invitaban a una cena en su casa. Decidí ir con el aspecto que me correspondía y

más que nada para poder comer y emborracharme gratis. No me había rasurado por la mañana y seguí sin rasurarme. Me puse un suéter con los codos rotos y un pantalón de pana inconcebiblemente sucio. Nunca se sabe de antemano por qué conviene adoptar cierta actitud; pero, en cambio, siempre se sabe que ya todo está escrito. Mucho de lo que acabo de contar me recuerda, por el malentendido que permitió crear, algunos aspectos de *Hambre* de Knut Hamsun. ¡Pero qué diferencia...! Sin embargo así fue y esos son los verdaderos antecedentes: sé que tú me tomaste por algo que no era: bohemio, descuidado y atractivo por eso. Pero yo no me equivoqué sobre ti. Recuerdo el momento en que nos presentaron y me recuerdo viéndote después, vestida de negro, con tu collar de perlas, con el enorme brillante de tu anillo, con tu sonrisa sin edad, con tu frente abombada y el pelo corto, con tus movimientos en los que se afirmaba, se afirma todavía, estoy seguro aunque haya pasado tanto tiempo sin verte, una secreta coquetería, una necesidad de gustar. A mí, por lo menos, me gustaste de inmediato. Eso siempre pasa. A uno le gusta la gente de inmediato o no le gusta nunca. Pero tampoco eso significaba algo. Tú eras una señora rica a la que mis amigos —poco recomendables como todos mis amigos— adulaban discretamente y yo un fracasado, con un oficio sin beneficio, sucio, vestido andrajosamente y, además, más joven que tú. Sin embargo, como es natural, como siempre cabe esperarlo, todas esas desventajas se convirtieron de inmediato en ventajas porque tú lo malinterpretaste todo. Mi aspecto tenía que ser un disfraz y yo hablaba como una persona muy inteligente. Lo cierto era que mi verdadero aspecto no consistía más que en tener que disfrazarme siempre y todavía no logro averiguar para qué me sirve esa inteligencia que acepto, a no ser que sea para seducir a personas como tú y luego no saber cómo enfrentar la seducción.

Había pocos invitados además de nosotros, la cena fue más bien aburrida y yo bebí mucho antes de ella y durante ella. Nuestros amigos acababan de hacer un viaje a Oriente y al levantarnos de la mesa oscurecieron la sala y empezaron a pasar una interminable serie de diapositivas. No soporto esas crónicas de viaje que consisten en retratar desde un ángulo siempre equivocado los monumentos que tiene que admirar todo infeliz turista. El dueño de la casa se sentía obligado además a dar una explicación sobre cada diapositiva. Era ya un especialista en Oriente y entre los invitados se encontraba hasta un profesor americano de literatura japonesa. Pero entre los invitados también estabas tú y a esas alturas yo ya te había observado con una absoluta admiración durante la cena, había observado que tú advertías mi admiración y estaba soberanamente borracho. En la sala oscurecida a medias quedé sentado cerca de ti. Vi cómo la dueña de la casa miraba con horror que había extendido el brazo y desde detrás de tu sillón te tocaba con la punta de los dedos el cuello. Supongo que para sorpresa de la dueña de la casa, tú, en cambio, no te horrorizaste. El tedioso viaje a Oriente empezó a hacerse interesante porque dejó de existir y era un perfecto pretexto para poder actuar en la semioscuridad. Te acaricié cada vez más francamente el cuello. Perdí mis dedos entre tu pelo. Agarré muy suavemente una de tus orejas. La dueña de la casa ya no miraba las diapositivas, me miraba sin saber cómo intervenir, cómo evitar esa ofensa, esa falta de respeto a una de sus invitadas más distinguidas por parte de alguien cuya conducta resultaba inaceptable y que, sin embargo, tú, por lo visto, no encontrabas la manera de rechazar y tenías que fingir que no advertías. Yo sabía, lo supe desde el primer momento, desde que arriesgué el primer contacto entre mis dedos y tu cuello, que tú no tenías ningún deseo de rechazar mi atrevimiento y al placer de tu aceptación se sumaba el gusto ante la turbación de la dueña de la casa, que era mi amiga, que me estimaba y

que debería estar totalmente arrepentida de haberme invitado. Mientras, tú y yo estábamos en otra zona. Nadie tiene acceso a ella más que los protagonistas que la hacen posible y acaban de descubrir un lenguaje particular. Yo confirmaba que, como todas las señoras que lo son en verdad, tú no eras una señora decente; tú contribuías a mi confirmación y te gustaba hacerlo. El principio de algo del que se desconoce por completo en qué va a consistir y que transforma a dos personas en lo que no eran apenas un momento atrás.

Para alivio de la dueña de la casa, tal como me lo contó después, la serie de diapositivas se terminó al fin. Volvieron a prenderse las luces. El profesor de literatura empezó a hablar, en inglés, de Japón. Yo dejé mi lugar y me senté en el brazo de tu sillón. Ahora el dueño de la casa cambió una mirada con la dueña de la casa cuando te tomé la mano para ver tu anillo y me quedé con ella entre las mías sin que intentaras retirarla. Resultó que tú habías quedado en llevar a su hotel al profesor de literatura. Los demás invitados fueron yéndose y al final sólo estábamos tú, yo, el profesor y los dueños de la casa que, como supimos después, aunque sólo nos lo dijeron por separado y en diferentes términos y con otro tono («La seduciste, desgraciado» y «Puedes confiar en él, parece loco pero no lo es») ya se habían dado cuenta «de que algo estaba pasando entre nosotros» y suponían que de alguna manera ese «algo» iba a convenirles. En vez de salir con el profesor, con todo cinismo y sin ningún respeto por los dueños de la casa a los que sabías a tus órdenes, hiciste que el dueño de la casa y yo lo lleváramos en tu coche, mientras tú te quedabas esperándonos en la casa. Luego me contaste que la dueña de la casa actuó como si no hubiera notado nada de nada. En cambio fui yo el que manejó tu coche —el dueño de la casa había olvidado sus lentes— y estuve a punto de chocar no sé cuántas veces, ante el terror del profesor y las repetidas

súplicas de mi amigo de que manejara con más cuidado. Pero regresamos sanos y salvos y ahí estabas tú, con tu vestido negro y tu collar de perlas. Era obvio que yo iba a acompañarte y, a solas con nosotros, los dueños de la casa ya empezaban a ser nuestros alcahuetes. Después de todo, conocían a tu actual novio, que no había ido a la reunión por una mera y afortunada casualidad, y debían actuar como si supieran que tu conducta siempre sería irreprochable, tal como lo había sido durante tu primer matrimonio desgraciado, en medio del irreparable dolor de la muerte de tu segundo marido, que además te había hecho heredera de una cuantiosa fortuna, y como lo comprobaban la seriedad de tu actual prometido y de tu relación con él. Todo eso eras tú; pero yo todavía no lo sabía. Para mí no eras más que alguien a la que acababa de conocer, que era un poco mayor que yo, no respondía en lo absoluto a la seriedad que le atribuían los dueños de la casa y había aceptado encantada mis groseras insinuaciones, gracias a las cuales ahora iba a acompañarte a tu casa.

Tú y yo solos en la calle, sin intermediarios, sin testigos, dos totales desconocidos uno para el otro, unidos por una vaga sensación de espera. Te tomé del brazo y te solté en seguida. No había que precipitar lo que ya se había precipitado bastante y supuse falsamente por supuesto, que tal vez te turbaba. Dijiste que estaba muy borracho y te empeñaste en manejar. Te miré hacerlo, sin intentar tocarte ni hablarte casi. Fuiste tú la que me dijiste: «Me turba que me mires así». Era una obvia, evidente, obscena insinuación; pero yo la ignoré y seguí sin intentar acercarme. Mientras te miraba estaba pensando en qué pensarías de mí si al llegar a tu casa me despidiera simplemente y, después, te hiciera saber a través de mis amigos, que era homosexual. ¡Cómo te hubieras reprochado haber perdido el tiempo de una manera tan tonta y además haberte puesto en entredicho y qué explicación le

habrías dado a mis amigos para justificar la facilidad con que habías cedido a mis gratuitas insinuaciones! Pero la verdad es que me gustabas mucho. Hay otro tipo de tentaciones más fuertes y de la posibilidad, siempre atractiva, de tener una conducta abyecta, pasé a pensar en cuáles deberían ser mis precisos pasos para evitar cualquier rechazo y hasta cualquier postergación de lo que podía esperar pero no estar seguro de si lo ibas a aceptar tan pronto.

Llegamos a tu edificio, me diste las llaves del garage y me bajé para abrir. Metiste el coche, cerré, me acerqué al automóvil, volví a tomarte del brazo al ayudarte a bajar y apenas estuviste de pie frente a mí te di un rápido beso en la mejilla. ¿Te acuerdas de lo que dijiste? «Acabamos de conocernos, ¿cómo te atreves?». Supe que iba a tener éxito. Tu remedo de indignación era la más abierta invitación a seguirme atreviendo que he tenido en mi vida. ¿Te acuerdas de lo que contesté? Yo no muy exactamente. Una vaguedad sobre las nuevas costumbres que en cualquier forma iba a ser efectiva porque tú querías tanto como yo que subiera a tu casa, mi respuesta carecía de importancia y es imposible recordarla. En cambio, vuelvo a verte «ahora» desde «aquella» maravillosa seguridad de que iba a acostarme contigo. Te veías adorable sin abandonar nunca tu actitud de señora decente sorprendida por un tipo de conducta al que no estaba acostumbrada. Sentado en el sofá de tu sala seguí tus ondulantes movimientos mientras te dirigías a servir la supuesta última copa que íbamos a tomar y regresabas a mi lado. Unos cuantos, obligados, gestos de rechazo y luego estábamos besándonos y te toqué por primera vez los pechos y empecé a intentar desvestirte. «Mejor vamos a mi cuarto», dijiste, a medio desvestir ya. Después entramos a la oscuridad total; pero no la de los sentidos sino la de los pasillos por los que me llevaste sin prender la luz para no despertar a tus hijos y la de tu cuarto con las

cortinas cerradas. Tuviste que conducirme, literalmente, tomado de la mano, como se lleva a un ciego, hasta la cama, me dejaste ahí y saliste del cuarto «para ir al baño», o sea, para «prepararte».

Es difícil desvestirse en medio de una oscuridad tan definitiva sin saber a dónde tira uno su ropa y quedarse desnudo en una cama sin ver nada y con una cierta sensación de ridículo. Pero luego tu cuerpo desnudo también estaba junto al mío. No lo veía, pero lo palpé y fui conociéndolo y resultó agradable estar totalmente a oscuras, aunque no me explicaba para qué habías tomado tantas precauciones cuando eres tan ruidosa verbalmente al hacer el amor. Pensé que si tus hijos tenían el sueño ligero iban a entrar al cuarto de un momento a otro para salvar a su madre del asesino que la hacía quejarse de tal manera. Luego supe que tenían el sueño profundísimo, pero te gustaba hacer el amor a oscuras, fingiendo para ti misma que no estabas muy segura de con quién estabas y en verdad, en esa ocasión al menos, no podías saber muy bien con quién estabas, pero a aquél con el que estabas le gustaba hacer el amor con la luz prendida para sumar el goce de la vista al de los demás sentidos. Lo averiguaste luego y aceptaste mis propias «idiosincrasias», aunque nunca en tu casa, sino sólo en mi departamento. Tu sentido de la propiedad y la justicia era estricto: cada quien debería ser dueño de su propio terreno.

Es hermoso contarte a ti lo que ya sabes, lo que sólo tú y yo sabemos, lo que no necesitas leer ni probablemente vas a leer nunca; pero no estoy muy seguro de por qué he sentido la necesidad de hacerlo. No estoy trazando tu retrato, aunque sé que me gustaría que te vieras en ese retrato y al verte supieras cómo te veía yo. Sin embargo, no eres mi modelo; eres el recuerdo que tengo de un retrato que me sirve para llegar hasta ti como modelo. Ignoro por qué quiero

hacerlo, del mismo modo que no sé por qué, al cabo de tanto tiempo, muchas veces despierto pensando en ti. ¿Me interesa averiguar si nuestra historia es una historia y puede contarse para hacer que le pertenezca a todo el que quiera llegar hasta ella? No tendría ningún sentido en relación con nosotros dos que ya sabemos que nuestra historia es si acaso la historia de una relación que no llegó a ser una historia. ¿Pero lo tendría para lo que fue nuestra relación? ¿Hay que convertirla en una historia, una ordenada sucesión de acontecimientos en vez de quedarse sólo con tu imagen con el traje de baño amarillo y conmigo sentado a tu lado en la fotografía o en vez de tener el recuerdo de tu figura, con un traje sastre y tu inevitable collar de perlas, la primera vez que salí a abrirte después de que, pasados dos días de aquella primera noche, fuiste a verme a mi departamento, cuya dirección te habían dado nuestros amigos? Pensé de inmediato que ya me había metido en otro lío. Te hice pasar, pero por fortuna tenía un principio de gripe y lo usé como pretexto para no darte ni siquiera un beso en la mejilla. Sentada en el sillón que está frente a mi cama, que estaba frente a mi cama en aquel entonces en aquel departamento, jugabas nerviosamente con tu collar de perlas haciéndolo girar alrededor de tu cuello, mientras yo, en la orilla de la cama, inclinándome a cada momento con unos exagerados ataques de tos, te oía decir que no querías que lo que había pasado impidiera que llegásemos a ser amigos y yo pensaba en lo absurdo que era oírte justificar cuando habías sido tan adorable y estaba seguro de que lo único que querías era repetir el suceso, pero yo no iba a caer en la trampa. No obstante, caí en la trampa y sé por qué: no tomó la forma de una trampa sino que volvió a demostrar el seguro poder del azar y las coincidencias. Ante ellos nadie debe oponer resistencia o al menos yo no puedo hacerlo. Fue fácil despedirte de mi departamento con todo tipo de seguridades sobre mi acuerdo con el proyecto de que

llegáramos en verdad a ser amigos. Fue inevitable terminar de nuevo en tu cuarto, sin ver tu cuerpo y encontrando tu cuerpo después de una breve ceremonia idéntica en todo a la anterior cuando, caminando por la calle, pasaste junto a mí en tu coche con los amigos en cuya casa nos habíamos conocido y, apenas un día después de tu formal visita a mi departamento, desaparecido mi principio de gripe, nos fuimos los cuatro al cine y después a cenar y después dejamos a nuestros amigos en su casa y yo tuve que acompañarte a la tuya.

Ya había tenido la imprecisa y nada desagradable sensación de estar en camino de que me tomaran por tu *maquereau* en el club al que fuimos la primera vez que nos vimos por la mañana y esa sensación se acentuó o más bien se hizo definitiva cuando me presentaste a tu novio, sin dejar de resultar nada desagradable, obligándome a pensar en la opinión que tenía de mí mismo. Según tu presentación yo era alguien al que habías conocido en casa de quienes ya sabemos, que te resultaba muy simpático y cuyo oficio te seducía, que era muy inteligente a pesar de su aire irresponsable, que era menos joven de lo que parecía y con el que estabas segura de que, a pesar de nuestras diferencias, tu novio también iba a simpatizar. No debo haberle caído mal y por mi parte, desde el principio, gozó de toda mi simpatía y estuve a su lado y contra mí en relación con lo que yo sabía que él tomaba por un momentáneo e inútil de combatir capricho tuyo, lo cual no impedía que debiese tener algunas dudas sobre mi rectitud moral. Pero la tentación de actuar cualquier papel que me convirtiera en otro era irresistible y además siempre podía decirme que si yo era un capricho tuyo, tú también eras un capricho mío, un capricho al que someterme, te lo digo sinceramente, me fascinaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Sé que tu novio llegó a respetar mi falta de respeto por mí mismo y a mi vez yo lo respeté más por ello. Hay que admitir que los dos te reconocíamos igualmente y nos gustabas así. Eras una señora decente y una mujer fácil. A él le tocaba tu parte de señora decente y a mí la de mujer fácil. Un reparto justo y adecuado porque él era un serio hombre de negocios, bastante mayor que tú, tan rico como tú y que no podía dedicarte mucho tiempo y me temo que yo, tal como sigue ocurriendo ahora por si te interesa saberlo, tenía un porvenir abierto en el sentido de que por esa abertura huía todo lo que podría suponerse que era ese porvenir. Por eso podía acompañarte a nadar a tu club privado cualquier mañana sin ningún problema. Era un placer. La luz, el sol, la piscina, en vez de la oscuridad, el sexo, la cama, resultaban sinónimos. Me gustaste mucho también en traje de baño. Aprobé tu descaro al llevarme a ese club donde todos te conocían y dejar que de pronto te besara un hombro o te estrechara contra mí al pararme detrás tuyo para envolverte con una toalla al salir de la piscina. Incluso me sentí orgulloso de que pudieran pensar que yo era tu *maquereau* y tú una desvergonzada que abusaba del poder que le daba su dinero cuando, después de que nos vieron en la piscina, también nos vieron entrar al comedor donde te saludaron varios conocidos, el *chef* y casi todos los meseros y donde, ostensiblemente, igual que en la piscina al pagar las bebidas, firmaste la cuenta.

Fue nuestra primera mañana juntos y la tengo muy presente. Ibas con pantalones y con una camisa de seda floreada que no me gustó. Pero eso no tiene importancia porque en cambio me gustó sentir tu cuerpo bajo ella cuando al terminar de comer salimos a caminar por el campo de golf y fuiste tú la que te apoyaste en mí para que te abrazara, tal vez para poner más aún a prueba la complicidad de nuestros amigos. También era bella la suave ondulación verde con la súbita

verticalidad de algunos grupos de árboles y las islas de algodón de las nubes moviéndose apenas sobre el azul del cielo. Nos acostamos uno al lado del otro en el pasto y nos quedamos mucho tiempo así, solos y juntos, a pesar de la presencia de nuestros amigos.

A mí me gustan el dinero y la buena posición social. Son como el amor y el sexo: tomados debidamente sólo producen satisfacciones y hacen que los que no los tienen finjan despreciarlos. Pero también hay que aceptar que en los dos casos algunas gentes saben cómo conseguirlos y otras no. Cuando se tienen las cuatro cosas es perfecto; cuando no, hay que conformarse. Tú tenías las cuatro y te admiraba por eso. Yo sólo tenía las dos segundas; tu novio las dos primeras. Un arbitrario reparto gracias al cual esa mañana me tocaba a mí estar a tu lado.

Es más agradable todavía, pero menos cómodo, pasar por *maquereau* cuando algunos de tus amigos, que saben que no lo eres, pero se indignan ante el hecho de que aceptes representar ese papel, toman posiciones morales ante ello. A mí me sirvió para advertir lo que eran en verdad algunos amigos, para justificar contigo la necesidad de guardar las apariencias y usar eso como pretexto para conservar una independencia que no deseaba perder; pero tú te pusiste furiosa cuando unos de ellos se negaron a invitarme a una cena junto con tu novio. Te dije que tenían toda la razón. Fue un error. Decidiste portarte más desvergonzada aún y tuve que ocuparme más de ti. ¿Pero por qué trato de justificarme cuando lo que recuerdo con nostalgia y lo que tal vez sea una forma de amor por ti es el ocio en el que me hacías vivir y el placer de mi dependencia? La primera vez que fuimos a mi departamento, después de cenar en un restaurante en el que apenas me alcanzó el dinero para pagar la cuenta y tú lo notaste y me dijiste que

no tenías ninguna objeción en ayudarme y sabías que no era lo suficientemente ridículo para ofenderme por eso, dándome ocasión de contestar que me gustaba pagar para tener la sensación de que había comprado un objeto valioso cuyo precio estaba más allá de mis posibilidades y llenándote de placer porque tú tuviste la sensación de que te estabas vendiendo, te hice desvestir con todas las luces prendidas y además te pedí que te dejaras el ligero puesto mientras hacíamos el amor. No había preparado nada de eso, pero supongo que fijó lo que para ti era nuestra relación. Yo te trataba como a ti te gustaba que te trataran y estabas dispuesta a arriesgar todo por eso. Terrible compromiso. No para ti, es delicioso poder arriesgar algo, sino para mí, porque no me resignaba a renunciar al placer que me daba.

Debo tratar de averiguar en qué consiste ese placer. La respuesta parece fácil. El sexo, desde luego. Pero me niego a aceptarla. Nuestra especie no es solamente animal. Lo que resulta difícil es reconocer cuál es ese agregado que se coloca en el sexo y lo transforma particularizándolo de tal modo que nunca se trata de hacer el amor, sino de hacerlo con alguien en especial y sin embargo, eso no pone el amor en el hacer sino que nada más convierte en algo diferente hacer el amor. Después de que hicimos el amor en mi departamento, con las luces encendidas y contigo dejándote el ligero puesto, todavía en la cama, te dije que te quería. Lo recuerdo perfectamente porque fue la única vez y aunque sé que te llenó de orgullo y te hubiera gustado contestar que tú también, tuviste la suficiente altura para no aprovechar mi debilidad y nunca me dijiste algo así, sino que sólo afirmabas que estabas conmigo mejor que con nadie y harías cualquier cosa por seguir estándolo. Dicho en cualquier lugar neutro, más allá del inmediato recuerdo del placer y el afecto o el agradecimiento o lo que sea por quien nos lo ha dado, eso me llenaba de terror y me hacía

hablar cada vez con más frecuencia del respeto que me merecía tu novio y las indudables ventajas que la relación que tenían tú y él creaban para ti. Lo malo era que una de esas ventajas consistía en que te permitía estar conmigo y yo no podía dejar de aprovecharla.

Sé que era delicioso y es más delicioso aún recordarlo, llegar a tu casa una tarde y ver ponerse el sol juntos desde la terraza. Me seducía mirarte y gozaba mucho con tus mentiras sobre ti misma; pero mi espíritu negativo y algún molesto residuo de mi estricta educación moral me llevaban a considerar que sólo perdía el tiempo contigo y no sabía lo que ganaba a tu lado. Encontraba la respuesta por la noche, en la oscuridad de tu cuarto, cuando llegaba a verte después de que se había ido tu novio, o en mi departamento iluminado, después de haber cenado, por ejemplo, en la casa de nuestros alcahuetes. Y también estaba siempre presente la curiosidad por comprobar las reacciones que provocaba nuestra relación entre tus amistades. A unos, el ejemplo más radical y más claro era el de los dueños de la casa en donde nos conocimos, les convenía ser nuestros cómplices. Al fin y al cabo, tú eras una señora de posición; me imagino que ahora, después de tu matrimonio, todavía más. Otros, como tu novio, te eran fieles, despreciaban la opinión de los demás y no te juzgaban. Pero no hay que olvidar a los que se escandalizaban y rechazaban por completo verte en mi compañía, igual que aquellos aborrecibles pseudo amigos. Y ya sólo resta mencionar tu especial gusto en llevarme a conocer a algunas amigas que deberían tener también una conducta dudosa y con las que yo advertía de inmediato que ya les habías hablado de nuestra relación. Con ellas, inevitablemente, en algún momento y como si no te dieras cuenta, me hacías algún cariño que, aún cuando ellas no hubieran sabido todo de antemano, te hubiera delatado sin ninguna posibilidad de duda. ¿Por qué te admiraba tanto entonces, por

qué me gustabas tanto, qué placer encontraba estando junto a ti como el amante prohibido, como la relación ilícita, como el lujo que podías permitirte? ¿Me sentía orgulloso de gustarte? ¿Debo considerar que tengo o tenía una vanidad idiota? Tú deberías haberle dicho a tus amigas que yo era un amante maravilloso. Y entonces mi gusto o mi satisfacción son vergonzosos y despreciables. Todo autoanálisis termina en que se encuentra un defecto abominable y uno no puede evitar seguir interrogándose para averiguar si todavía lo tiene. Ésa no era mi intención. Yo sólo quería recordar cuán agradable era estar a tu lado y hacerlo como una forma de homenaje a las virtudes a las que, probablemente, pero espero que no, debes haber renunciado ahora.

Fue una de esas amigas con las que te enorgullecías de estar conmigo la que me comentó, con un aire contrito, una tarde que me crucé con ella en la calle, que te habías casado. No me importaba y ya me lo habían dicho los amigos en cuya casa nos conocimos, pero adopté también un aire contrito y le dije que así tenían que ser las cosas. Me sonrió llena de comprensión y simpatía. Y la verdad es que así tenían que ser las cosas. Por eso ahora puedo hablar de ti con la seguridad de que todo fue siempre perfecto, hasta mi asistencia a tu casa la noche en que le diste una fiesta a tu novio porque era su cumpleaños, en la que era inevitable oír algunas de las murmuraciones después de haber bailado contigo y en la que me emborraché muchísimo y me quedé hasta el final con la esperanza de llegar a estar solo contigo e ir a tu cuarto sin que tu novio dejara de mostrarse tan decidido como yo y no se fuera nunca.

Pasaste a buscarme a mi casa al día siguiente. Nos acostamos sin saber que era la última vez, lo cual demuestra la importancia de no conocer ese espacio inexistente en el que habita el futuro y a cambio de

ello contar con el valor que el pasado tiene en el recuerdo, y luego decidiste que ibas a quedarte varios días ahí, en mi casa, pasara lo que pasara. Me negué resueltamente. Por último, fingiste aceptar mis razones. No te acompañé; te recuerdo sólo besándome al despedirte y saliendo de la casa. Dejamos de vernos varios días y luego nuestros amigos comunes se encargaron de decirme de tu parte que habías decidido casarte.

No hubo despedida entre tú y yo. Alguna vez, cuando nos permitíamos imaginar proyectos irrealizables en algún restaurante, después de haber bebido mucho, planeamos hacer un viaje a Europa juntos, con tu dinero, claro. Yo aceptaba entonces sin ningún esfuerzo, simplemente porque me hubiera gustado hacer ese viaje contigo y sabía que nunca se realizaría. Sólo era nuestro el placer de poder imaginar. Otra de las mañanas que pasamos juntos entramos a una librería y me regalaste una hermosísima edición de las cartas completas de Malcolm Lowry. Después nos fuimos a tomar unos sandwiches de tocino y tomate a una cafetería horrenda porque tú «adorabas» esos sandwiches. El libro es maravilloso. Todavía lo tengo. Leo alguna parte de vez en cuando y me conmuevo mucho con la vida de Malcolm Lowry y creo que también, un poco, ante el recuerdo de aquella mañana luminosa y banal en la que me regalaste ese libro y por tanto ante tu recuerdo y la unión entre tú y el libro. También cuando jugábamos con la posibilidad de ir a Europa te hablé muchas veces de mi absoluta fascinación por la Dánae de Tiziano que está en el museo de Viena. Durante tu viaje de novios me mandaste una postal en la que se reproducía ese cuadro. No la firmaste. Detrás sólo decía: «Es muy bello». A partir del recuerdo de ese detalle todo se disuelve y sólo sé que, ahora, al cabo de tanto tiempo, muchas veces despierto pensando en ti.



# Enigma

ANTES de que estuviera fuera de su alcance intentar cualquier tipo de lucha, para Ramón Rendón su sometimiento resultaría una carga difícil de sobrellevar. Nunca supuso que un acto irreflexivo como el que cometió, impulsado por una fuerza cuyo poder su experiencia profesional le debería haber llevado a temer, pudiera imponérsele de tal modo. Amenazaba con cambiar su vida y cuando creyó haber realizado la acción que lo liberaría definitivamente de ese sometimiento, éste sólo se hizo más poderoso. Ya no estaba dirigido a la urgencia de una realización inmediata sino a la continua nostalgia por la imposibilidad de esa realización que, para hacerlo todo más irritante, él mismo había provocado. Su capacidad de pensar o mejor dicho la posibilidad misma del pensamiento o lo que él estaba seguro que era el pensamiento desaparecía para ceder el paso a una furia ciega dirigida contra él mismo e imposible de controlar.

Sólo unos cuantos meses atrás la vida de Ramón Rendón avanzaba por un cauce tan seguro y placentero que apenas permitía advertir su movimiento. Estaba casado felizmente desde hacía siete años. Tenía dos hijos, un niño de cinco años y una niña de tres, a los que adoraba y a los que, junto con su mujer, veía crecer con una satisfecha seguridad. Él y su mujer se habían casado cerrados por completo en su amor y para permanecer algún tiempo sólo dentro de él habían esperado voluntariamente dos años antes de tener su primer hijo. Ramón Rendón siempre afirmó que había que dejarse vivir por la vida y al mismo tiempo, sin que ella lo advirtiera, dominarla y dirigirla de acuerdo con las conveniencias particulares. Su posición en el mundo no presentaba ningún problema desde antes de su matrimonio. Era el joven subdirector, elegido para ese importante cargo por el que había sido su maestro desde la Facultad de Medicina y desde entonces era también el director del Pabellón de Psiquiatría de un destacado

Instituto Neurológico e impulsó y favoreció siempre la dedicada y prometedor vocación de Ramón. Su mujer sólo había visitado unas cuantas veces el Pabellón, aseguraba que no volvería nunca y entre los amigos comunes de la pareja comentaba siempre que no podía explicarse cómo Ramón transitaba con tanta facilidad entre la pesadilla poblada de horrores donde se desarrollaba su vida profesional y el mundo llamado normal en el que vivían la gente como ella y su propio marido. Pero, invariablemente también, Ramón le rodeaba los hombros con el brazo y aseguraba ante ella y sus amigos que para la ciencia no había nada horrible y todo lo que tenía que hacer para olvidar esos supuestos horrores, aunque nunca dejaran de interesarle y de estar siempre vivos en su interior, era dejar su trabajo. Entonces se convertía en el atractivo joven, amoroso marido y cariñoso padre que todos conocían.

Precisamente por eso el conflicto que tuvo que enfrentar resultaba tan inesperado. Dentro de una realidad cotidiana plena y satisfactoria no tenían por qué presentarse ese tipo de problemas, aunque la ciencia que él practicaba asegura que el enemigo que se encuentra en el interior de cada persona siempre acecha. Pero Ramón conocía a ese enemigo. Su vida afectiva era rica y compleja por la misma intensidad de los afectos que no creaban ninguna dificultad sino sólo le subrayaban la voluntad de equilibrio que los guiaba. Su vida profesional se desenvolvía tal como él lo había previsto, tal como siempre se había preparado para lograrlo, por un camino seguro y no dejaba de proporcionarle profundas satisfacciones intelectuales ante sus reconocidos éxitos clínicos. Su vida social era agradable y variada. Tanto Ramón como Laura, su bella mujer, tenían distintos tipos de amigos que frecuentaban sólo de acuerdo con lo que les dictaban sus propios deseos, pasaban la mayor parte de los fines de semana en una

modesta pero extremadamente agradable casa de campo en una ciudad situada a unos cuantos kilómetros de la capital y en la que se hacía evidente la imagen de su bienestar tanto como en el amplio departamento que no tuvieron que abandonar ni siquiera cuando nacieron sus dos hijos. Ramón tenía en ese departamento su propio despacho, una acogedora habitación con un enorme escritorio y tres de las paredes cubiertas con anaqueles repletos de libros. Algunas veces, después de cenar, mientras Laura se dedicaba a sus pequeños cuidados de ama de casa, él se encerraba a estudiar en ese despacho. Luego, todas las noches, antes de dirigirse al cuarto donde Laura lo esperaba ya, Ramón entraba al de sus dos hijos, siempre apaciblemente dormidos, igual que la sirvienta que dormía en el mismo cuarto para mayor seguridad dado que Ramón y su mujer, conducidos por su vida social, regresaban muy tarde a su casa varias veces a la semana, para darles un último beso de buenas noches poniendo especial cuidado en no despertarlos al tiempo que en la semioscuridad del cuarto se dejaba conmovido por su belleza y el carácter apacible de su sueño. En algunas ocasiones, Laura lo acompañaba en esa pequeña ceremonia; pero no siempre porque, aún cuando no se había quedado trabajando en su despacho y la pareja regresaba junta a la casa, Ramón tenía la mala costumbre de demorarse en una serie de actos aparentemente inútiles antes de regresar a su cuarto y Laura fingía encantadoramente perder la paciencia con él. Como una posible demostración de que no hay actos inocentes, éste fue el origen del problema.

La penúltima nana de los niños había dejado el servicio intempestivamente hacía más o menos siete meses. Ni la razón ni los afectos parecen contar ni existir entre determinadas capas sociales. Durante unas semanas la joven pareja tuvo que adaptarse a las dificultades de tener una sola sirvienta. Luego Laura encontró una

sustituta para la antigua nana, de la que Ramón, con su penetración de psiquiatra, le había comentado a su mujer que su hijo mayor no había dejado de extrañar un poco. Ajena a la psiquiatría, a pesar de su cariñoso interés por la carrera de su esposo, Laura no había podido dejar de responder que Ramón exageraba. «Tú no sabes hasta qué extremo nuestras exigencias inconscientes se nos imponen en todas las ocasiones», había contestado él. Y estaba en lo cierto, pero lo que no sabía es que él tampoco lo sabía, tal como lo probó todo lo ocurrido después.

La nueva nana que Laura encontró se llamaba Rosa. Fue la mujer del cuidador de la modesta pero alegre casa de campo donde Ramón, Laura y sus hijos pasaban casi todos los fines de semana y que en estas ocasiones le servía también de cocinera, la que recomendó a Rosa para que Laura la tomara a su servicio. Antes de llevarla ante ella le dijo que Rosa vivía con su padre y sus cinco hermanos haciendo las veces de sirvienta para todos en una pequeña casa de madera, rodeada por la exuberante vegetación típica de la ciudad, al fondo de la cañada que empezaba a bajar justo donde terminaba el jardín de la casa de Ramón y Laura. La mujer del cuidador estaba segura de que Rosa sabría actuar de acuerdo con los deseos de Laura. Aunque su familia vivía muy pobremente —sólo dos de los hermanos y el padre trabajaban y no siempre sino de una manera ocasional— antes de que su madre muriera Rosa había estudiado la primaria y la secundaria completas y era una muchacha discreta y diligente. Laura la hizo venir a la casa para entrevistarse con ella. Su aspecto era común. No muy alta, trenzas casi hasta la cintura, con un pelo grueso y negro y unos pequeños ojos negros también en su morena cara llena con unos simpáticos hoyuelos en las mejillas. El vestido con el que se presentó a ver a Laura estaba limpio pero también zurcido en muchas partes y Rosa iba descalza. De

inmediato, Laura le preguntó discretamente si no acostumbraba usar zapatos. Rosa se excusó avergonzada. Sus sandalias estaban tan maltrechas que había preferido dejarlas en la puerta. Esta respuesta le hizo un buen efecto a Laura. Después de todo, la muchacha se veía más natural y dueña de sí estando descalza. Hablaba con facilidad, su aspecto general era despierto, dijo que sabía leer y escribir correctamente y no sería difícil enseñarle las mínimas exigencias del oficio al que Laura planeaba dedicarla. Le preguntó si le gustaban los niños y desde cuándo podría contar con ella. Rosa respondió espontáneamente que le gustaban mucho, que ella había cuidado a sus dos hermanos menores y que estaba a sus órdenes de inmediato. El hijo de Laura jugaba cerca y ella lo llamó para que conociera a su nueva nana. El niño levantó los ojos para mirarla. Rosa le sonrió un tanto turbada y puso uno de sus pies descalzos sobre el otro. El gesto conmovió a Laura. Le dijo a Rosa que en su nuevo empleo llevaría uniforme y ella se encargaría de proporcionárselo. Rosa movió la cabeza afirmando y dijo: «Sí, gracias, señora». Después, de una manera instintiva, como diría Ramón, acarició un instante la cabeza del hijo mayor de Laura. Él se dejó hacer y su madre interpretó esa aceptación de la caricia como una buena señal. Podía estarle agradecida a la vieja esposa del cuidador de la casa. Rosa sería una buena adquisición. Laura decidió llevársela consigo apenas regresaran a la capital. El domingo por la tarde Rosa se presentó con otro vestido igualmente limpio y no menos zurcido, calzada con unas maltrechas sandalias y con una caja de cartón en la que guardaba todas sus pertenencias. Sentada en el asiento trasero del automóvil no habló nada durante todo el viaje. Su único propósito parecía ser pasar lo más inadvertida posible. Pero cuando la hija de Laura quiso pasarse al asiento de atrás le tendió los brazos para recibirla asegurándole al mismo tiempo a la mamá que la niña estaría bien a su lado.

Por una circunstancia que no era habitual pero se presentaba de vez en cuando, Ramón Rendón no había estado presente cuando se contrató a Rosa. Llevaba cinco días fuera del país en un congreso profesional. Para asistir a él, desde un mes antes, se había dejado la barba. Era un joven guapo y elegante y con barbas seguía siéndolo, pero Laura no había podido evitar burlarse ligeramente de él diciéndole que se avergonzaba de verse joven y quería imitar al doctor Freud. Ramón lo aceptó y agregó bromeando también que su mujer aceptaría que al menos en parte él era un científico. Laura concluyó la conversación añadiendo con el mismo tono humorístico que de todas maneras las barbas de los científicos les picaban a sus mujeres a la hora de hacer el amor. Ante este argumento, Ramón prometió cortársela al regresar del congreso.

Laura fue a recogerlo al aeropuerto. El avión llegaba por la tarde. Ramón regresaba satisfecho. En medio del difícil tráfico, sentado en el automóvil al lado de Laura que se ocupaba del manejo, le contó durante el camino de regreso que su ponencia en el congreso sobre los casos de paranoia autodestructiva que, de acuerdo con su experiencia clínica, lograban apaciguarse con mayor rapidez a base de un intensísimo tratamiento con sustancias químicas había recibido algunas objeciones con respecto a los efectos secundarios, pero también contó con la aprobación de otros muchos colegas con una amplia experiencia en diferentes hospitales. A pesar de su intento de imitación con las barbas, Ramón aventuró que muy pronto Freud quedaría definitivamente atrás. Laura lo escuchó con el aire de admiración de siempre. Era casi una convención entre los dos. Ramón ya sabía que no estaba enterándose de nada de lo que él decía, pero necesitaba su aspecto de atención para escucharse a sí mismo. En su papel de ama de casa, que además era mujer de un joven y distinguido psiquiatra,

Laura le informó a Ramón de su mucho más modesto logro: había encontrado una nueva nana para los niños y por los dos días que llevaba trabajando podía decir que estaba muy contenta con ella. Con la mente puesta en aspectos más serios de la vida, no fue extraño que Ramón tampoco le pusiera mucha atención a ese informe.

Al llegar a su casa, después de recibir los cariñosos besos y abrazos de sus hijos y de que Laura les asegurara que su padre se quitaría la incómoda barba esa misma noche, Ramón Rendón conoció a Rosa. Ella estaba vestida ya con el immaculado uniforme blanco que Laura hacía usar siempre a sus sirvientas y calzada adecuadamente. Se veía un poco más morena y su negra y espesa trenza destacaba sobre la tela blanca del uniforme. Miró con asombro y admiración y también con disimulo la tupida barba castaña de Ramón, pero bajó tímidamente los ojos cuando Laura le informó a su marido que era la nueva nana de los niños de la que ya le había hablado. Del mismo modo que no había puesto ninguna atención al escuchar la noticia, Ramón tampoco reparó de hecho en Rosa cuando Laura le señaló su nueva presencia en la casa. Abrió su pequeña maleta para sacar los regalos que le había comprado a su mujer y a sus hijos. Fue a ver bañar a estos últimos sin reparar en la habilidad con que Rosa lo hacía ya. Los acompañó a cenar y fue a acostarlos luego junto con su mujer. Laura y Ramón eran una pareja feliz. Ella se sentó en la orilla de la tina para verlo rasurar cuando llegó el momento de que él cumpliera su promesa. Ya había actuado como el brillante profesionalista que era en el congreso; ahora actuaba como el amoroso marido que también era en la vida privada. Tomaron una copa, una sola copa, sin brindar por su felicidad pero dándola por sobreentendida, antes de cenar. Se sentaron uno frente a otro en la mesa y hablaron cálidamente de temas banales. El congreso no dejó de volver a mencionarse. Ramón tendría que estar en su trabajo

muy temprano al día siguiente. Como es natural, no se mencionó más a Rosa. Estaba dormida ya en el sofá cama perpendicular a los pequeños lechos de los niños cuando Laura y Ramón entraron juntos en esta ocasión a darles el acostumbrado beso de buenas noches a sus hijos, que, como de costumbre también, siguieron durmiendo ignorantes de esta pequeña ceremonia pero permitiéndoles a sus padres gozar unos instantes con la contemplación de su serena belleza. Rosa tampoco pareció advertir la presencia de sus patrones en el cuarto.

Al día siguiente, mientras le daba de desayunar a los niños, Rosa vio salir apresuradamente de su cuarto a su nuevo patrón, sin barba ya. Primero pensó que era otra persona. Ramón Rendón besó a los niños y se tomó rápidamente una taza de café sin sentarse a la mesa. Mientras, Rosa lo miró con más cuidado. Era la misma persona. Le comentó después a la otra sirvienta que con barba o sin barba se veía muy guapo. Su compañera de trabajo afirmó que a ella le gustaba más su novio. Rosa respondió con asombro. Ella se refería a otra cosa. No había ninguna relación posible entre sus patrones y la gente que podía ser novio de ella o de su compañera. Y en verdad el espacio en el que vivían Ramón Rendón, su mujer y sus hijos, colindando de una manera tan estrecha con el de las sirvientas, era otro. Por eso ellas estaban siempre presentes sin estar presentes jamás. Un sociólogo hubiera concluido, con justicia, como con tanta frecuencia ocurre en los casos en que se examinan problemas de clase, que esa circunstancia reducía a las sirvientas a una inhumana condición de objetos. Pero es posible que pasara por alto que también los objetos se hacen advertir algunas veces e imponen con una singular fuerza su presencia precisamente porque, por lo general, pasan inadvertidos.

El entrecruzamiento de su vida profesional y su vida familiar

condujo en una ocasión a Ramón Rendón a invitar a su casa a un colega extranjero que visitaba el país con su esposa. Sobra decir que era un contacto que le convenía a Ramón profesionalmente. Sobra decir que, en esos casos, Laura sabía actuar a la perfección el papel que le correspondía. La reunión fue un éxito. Laura y la también joven mujer del joven colega de Ramón se entendieron con tanta facilidad como sus maridos lo hacían en el campo profesional e igual que ellos demostraron que tenían intereses comunes lo suficientemente fuertes para hacer natural su relación. Por supuesto, cuando la pareja de invitados llegó, los hijos de Laura y Ramón se habían acostado ya; pero durante la cena se habló de ellos. También el otro médico y su mujer tenían dos hijos, sólo que en su caso la relación era inversa: la niña era mayor que el niño. Se hicieron algunas bromas relacionadas con la ciencia de las profundidades del alma sobre la importancia que se daba en los países latinos al hecho de que en las familias el primogénito fuera de sexo masculino. Ramón estuvo de acuerdo con su colega en que ésas eran sombras atávicas que terminarían por desaparecer devoradas por la luz del conocimiento. Cuando se sabe cómo emplear su fuerza no hay ninguna barrera que la razón no pueda vencer. Graciosamente, alegremente, elegante e irónicamente Laura intervino para afirmar que su amor por su marido era irracional. Obtuvo el apoyo de la otra mujer en la cena y todos se rieron juntos. Ese tipo de bromas siempre es agradable cuando el curso mismo de la vida demuestra que una pequeña concesión a las fuerzas irracionales es perfectamente legítima y hasta recomendable. Pero el rumbo que fue tomando la conversación hizo que los invitados quisieran ver, aunque fuera dormidos, a los hijos de esa pareja con la que tenían tantos puntos comunes que de ahí en adelante deberían considerarse amigos.

Ramón y Laura guiaron a sus invitados hacia el cuarto de los

niños. Inconscientemente, desde que empezaron a avanzar por el pasillo los cuatro caminaban sobre la punta de los pies, como si su acción tuviera algo culpable y tuviera que realizarse furtivamente. Sin embargo, el motivo era obvio. Todo psiquiatra, cualquier madre moderna, saben que el sueño de los niños es sagrado. Nada debe perturbarlo; nada debe interrumpirlo. Ellos deben transitar tranquilamente por las zonas de luz y las zonas de oscuridad como si se tratara del mismo campo y la obligación de toda pareja consciente y responsable es lograr que efectivamente sea así. Era natural que antes de abrir más ampliamente y con un extremo cuidado la puerta del cuarto que siempre permanecía entreabierta o al tiempo que lo hacía Ramón viese a su mujer poner un dedo sobre su boca para hacer un gesto pidiendo el más absoluto silencio. Después entraron al cuarto y se dedicaron a la contemplación, sin prender la luz, auxiliados tan sólo por la que entraba desde el pasillo. Laura se inclinó un instante sobre la cama de la niña para subir el embozo de la manta y en ese momento Rosa se revolvió con inquietud en su sofá cama. Si los invitados, absortos en la contemplación de los niños, no habían reparado en su presencia hasta entonces, no podían menos que hacerlo ahora. Sin embargo, el colega de Ramón esperó a que todos hubieran vuelto a salir de la habitación en la que los niños dormían tan apaciblemente y, por lo visto, Rosa se inquietaba por quién sabe qué secretos motivos durante el sueño, y estar sentados de nuevo en la sala para preguntar por qué los niños dormían con alguien a una edad tan avanzada. Ramón se turbó un poco. Eran sólo diferencias de costumbres, empezó a explicar. Pero Laura lo interrumpió para asegurar mucho más firmemente que en nuestro país, donde todavía por fortuna casi no había dificultades para encontrar servicio, todos los niños tenían nana durante muchos años y consideraba más seguro que alguien estuviera durmiendo en el mismo cuarto que sus hijos siempre y cuando tuviera

una absoluta confianza en ella, sobre todo para los casos en que, junto con Ramón, regresaban tarde por la noche.

Tal vez sus nuevos amigos no quedaron convencidos por completo. Los acuerdos totales entre países de formas de vidas tan diferentes son imposibles. ¡Se podría decir tanto sobre eso, incluso en relación con la psiquiatría directamente! Durante un instante, Ramón pensó que tal vez en un próximo simposium... Pero todos eran lo suficientemente civilizados para no crear una fisura por un motivo tan banal en el agradable carácter de la reunión. La cena terminó tan cordialmente como se había iniciado. Y sin embargo, había dejado una sombra que se proyectaría sobre las claras vidas de Ramón y Laura.

Fue ella la que unos días después le preguntó inesperadamente a su esposo si no sería en verdad inconveniente que la sirvienta durmiese con los niños. Ramón, haciendo gala de su comprobada perspicacia de psiquiatra, le respondió de inmediato que ya había observado que una idea fija la perseguía desde algunos días atrás. Contradictoriamente, sin ningún motivo razonable, Laura se irritó. Ella —dijo— no quería ser observada todo el tiempo como un cuyo en un laboratorio. Sólo había planteado una pregunta concreta sobre la educación de sus hijos porque los quería y quería lo mejor para ellos. Ramón no perdió la calma. Laura estaba en lo cierto. Él no debería permitir de ninguna manera que sus hábitos profesionales se inmiscuyeran en su vida privada, pero también, precisamente, por el conocimiento de su profesión podía asegurarle a Laura que no había ningún riesgo en el hecho de que los niños tuvieran nana, a pesar de lo que pudiera sorprender a los extranjeros. Al contrario, el contraste entre las nanas y la madre le permitía a los niños latinos fijar de una manera mucho más suave y natural los perfiles de la figura materna,

pues, por parte de las nanas, en general, y a él le parecía que ése era el caso en relación con sus hijos, también había una descarga de corriente afectiva en relación con los niños que no podía contribuir más que a darles mayor seguridad. Laura comprobó una vez más la ventaja de tener un marido como Ramón. La idea fija dejó de ser fija primero e idea después.

Pero las fuerzas instintivas son imprevisibles. Sin que Ramón lo advirtiera no había ocurrido lo mismo con él. Las noches en que habiéndose mantenido ocupado con cualquier asunto de manera que Laura ya se había retirado a su cuarto cuando él iba a acostarse y antes de hacerlo pasaba a besar a sus hijos, nunca dejaba de volverse después hacia el sofá cama en el que dormía Rosa. Y en la que más adelante demostraría ser una ominosa intervención del azar, por una mera casualidad, como ocurre en casi todos los desastres de la vida, en el momento en el que Ramón Rendón se volvió, ¿mecánicamente?, ¿inadvertidamente?, ¿inconscientemente? a mirarla, Rosa, sin despertar, conducida por quién sabe qué brusco sobresalto en el sueño, sacó un brazo de las mantas y éstas resbalaron hacia abajo mostrando su brazo y un hombro desnudos. En la semioscuridad, Ramón miró ese brazo, miró ese hombro. Rosa debería dormir desnuda. Debería estar desnuda bajo las mantas. Era anacrónico e inesperado. Afirmaba la irrupción de la lujuria en el ámbito de la inocencia. Ramón Rendón, conducido por ese doble descubrimiento, sintió un salvaje e incontenible deseo. Este impulso duró sólo un instante. Inmediatamente Ramón reconoció su imposible naturaleza y su carácter ridículo y apartando la vista de la dormida figura de Rosa, salió del cuarto. No obstante, después de hacer exitosamente como de costumbre el amor con Laura, cuando ella se había dormido ya con la cabeza apoyada en el hombro de su esposo, Ramón permaneció

despierto y se sorprendió descubriendo que la pregunta sobre si el gesto de Rosa había sido intencional estaba presente incluso mientras hacía el amor con su mujer. La intrusión de pensamientos extraños en una pareja que hace el amor no era nada sorprendente para un psiquiatra; pero la pregunta sobre el carácter del gesto de Rosa era inquietante porque a la luz del examen de los motivos por los que se le había presentado, Ramón tenía que reconocer, tal como sus conocimientos profesionales lo confirmaban, que el deseo había sido real, que se le había impuesto desde afuera como si no fuera dueño de sí mismo y pedía la participación de Rosa. Pero tampoco eso era nada sorprendente. Ramón aceptó con facilidad que el deseo había existido, se felicitó por la firmeza con que él se le había impuesto y confiado en el poder de su voluntad se durmió profundamente con el cálido cuerpo de Laura a su lado. No debería haberlo hecho. En su breve análisis del pequeño suceso no se había detenido a examinar la importancia que para él tenía el carácter voluntario o involuntario de la participación de Rosa. Pero hasta para alguien tan experimentado como Ramón en el conocimiento de la naturaleza irracional del deseo, Rosa era una figura demasiado insignificante. A Ramón Rendón le bastaba con conocerse a sí mismo y así pudo dormirse tranquila y profundamente.

Sin embargo, las trampas que tiende la vida no desaparecen con tanta facilidad. Adentrándose por un camino dentro del que él mismo se desconocía y que no renunciaba a seguir mediante el subterfugio, que debería haber sido obvio para alguien con sus conocimientos, de que carecía de importancia y en todo caso sólo debería conducirlo a conocerse mejor, cada vez que Ramón Rendón entraba sólo a darle el beso de buenas noches a sus hijos se detenía también a mirar dormir a Rosa. Las primeras ocasiones esto ocurrió sólo por un breve instante; después, durante un tiempo cada vez más largo. Ramón esperaba, pero

Rosa no volvió a moverse. No pensaba en su desilusión. El gesto que había sorprendido unas noches atrás no debería haber sido intencional. Por tanto, Rosa era inocente y Ramón culpable. Pero él ya había realizado una conveniente racionalización para justificar su conducta: se estaba investigando a sí mismo. Lo que ocurría era lo contrario. Sin reparar en sus sienes palpitantes, observaba dormir a Rosa, comprobaba el ritmo demasiado acusado de su respiración, la forma un tanto vulgar de sus facciones y habiendo desechado ya la importancia de este breve momento de observación, como si sólo fuera una acción voluntaria que dominaba perfectamente, se dirigía a la habitación donde lo esperaba su esposa.

Luego ocurrió lo que tenía que ocurrir, tal vez porque nuestros deseos secretos provocan los gestos que quieren interpretar de una manera que permita al deseo permanecer oculto, hubiera dictaminado en otras épocas Ramón. Rosa, a la que durante el día Ramón miraba tantas veces como si su pequeña figura vestida con el uniforme blanco no tuviera ninguna relación con la que él veía dormir durante un tiempo cada vez más largo en la semioscuridad del cuarto de sus hijos, volvió a quejarse y revolverse en el sofá cama durante el sueño apartando las mantas. Ramón vio entonces que estaba vestida con un camisón de algodón. Era inquietante. Él estaba seguro de que la vez anterior, cuando Rosa sacó el brazo de las mantas, ese camisón no existía. Rosa debería dormir desnuda algunas veces y otras vestida. Era inquietante por ilógico. Algún propósito turbio debería ocultarse tras esa forma de conducta. Ramón ya no se investigaba a sí mismo, sino a Rosa; pero no reparó o no *quiso* reparar en ello. Sólo juzgó, sin detenerse a pensar en que él quería que lo hiciera, que Rosa no tenía por qué dormir desnuda en el cuarto de los niños. Luego, se hizo otras preguntas encaminadas a mantenerse en el tema de la desnudez

cuando, en realidad, al menos en esa ocasión, Rosa dormía vestida. ¿Cómo iba vestida Rosa al llegar al cuarto? ¿Dónde se cambiaba si se cambiaba? ¿De dónde sacaba el absurdo camisón que llevaba puesto ahora? Ramón no se podía explicar por qué ni él ni Laura se habían preocupado nunca de pensar en eso. Y ahora, oscuramente, sin juzgar, en cambio, el motivo de su imposibilidad, Ramón sabía que jamás podría hacerle esa pregunta a su mujer y sabía también que tenía que comprobar si era cierto que algunas veces Rosa dormía desnuda. La pasión por llegar hasta el fondo de la verdad nunca desaparece en un científico, pero hasta en la más lúcida inteligencia existen las ideas fijas y pueden convertirse en obsesiones cuyo verdadero carácter nunca sale al exterior.

Enamorado de su mujer, orgulloso de sus hijos y seguro de su amor por su familia, satisfecho con su trabajo, en la luminosa vida de Ramón Rendón empezó a aparecer una zona oscura que era fácil considerar banal y sin importancia o engañarse tomándola como tal para poder adentrarse cada vez más en ella, aunque él reconocía que ya nunca entraba inocentemente al cuarto donde dormían sus hijos. Después de besarlos se iniciaba otro tipo de contemplación y una noche, guiada por un impulso ajeno a su voluntad, la mano de Ramón se extendió, tomó la orilla de la manta con la que Rosa se cubría y la hizo resbalar hacia abajo con un extremo cuidado. El hombro desnudo de la durmiente apareció. Entonces era verdad. Ramón comprobó que su desinteresado espíritu de investigación siempre terminaba obteniendo resultados positivos. Algunas veces Rosa dormía desnuda. ¿Cuándo y por qué motivo? ¿Qué significaban esos cambios? De vez en cuando, como ocurría antes, Laura entraba con Ramón a besar a los niños. En estas ocasiones, Ramón achacaba su impaciencia al retraso para responder a esas preguntas que la intromisión de su esposa

implicaba. Pero estaban las otras noches, aquellas en las que él salía de la habitación de sus hijos sin reconocer su culpa y evitando examinar por qué no podía apartarse, como cabría esperarlo, de una necesidad que se hacía cada vez más urgente. Sin duda, Rosa era el motivo de una curiosidad equívoca, pero era tan imposible dejar de ceder a ella como detenerse a examinar cuál era su procedencia y como Ramón siempre lo supo, aunque ahora pretendiera ignorarlo, cuando se les obedece sin tratar de dirigirlos los impulsos son cada vez más fuertes y tienden redes cada vez más engañosas para satisfacerse. Por eso nunca se debe seguirlos antes de llevarlos a la luz de la razón.

Sin embargo, lejos de la razón, como Ramón tampoco lo ignoraba, también se encuentran satisfacciones, aunque el precio que se paga por ellas es siempre imprevisible. Ramón pasaba minutos que resultaban interminables frente al sofá cama de Rosa. Algunas veces su mano bajaba las mantas y aparecía el camisón. Rosa era inocente. Ramón entraba a su cuarto con una suerte de alivio, como si la inocencia de Rosa lo liberara de su propia culpa, y al mismo tiempo era una desilusión. Lo que necesitaba en verdad era la participación, la complicidad de Rosa y la culpa formaba parte ya de una urgente necesidad de satisfacción, más fuerte cuanto más se retrasaba. Pasó así un tiempo sin medida, independiente del curso normal de la vida de Ramón Rendón y su familia. Él seguía al otro y el otro obtuvo su recompensa. Una noche, al bajar la manta la mano que ya no le pertenecía a Ramón aunque también es posible que él ya sólo la sintiera suya en esos momentos, el hombro de Rosa apareció desnudo. Hacía mucho que eso no ocurría. El alivio y la culpa se confundieron hasta desaparecer dejando libre al puro impulso. Ramón siguió bajando la manta hasta que apareció el pecho de Rosa. Lo miró con asombro, paralizado por el deseo. Su mirada representaba en ese

momento a todo su cuerpo. Ramón debería saber lo que significaba ese desmembramiento de la coherencia entre sus distintos órganos vitales. Pero entonces, como si Ramón la hubiera tocado, Rosa se revolvió inquieta, bajó las mantas hasta su cintura y ante el asombro y el instantáneo terror de Ramón, abrió un instante los ojos, lo miró, debió haberlo mirado, volvió a cerrar los ojos y subió las mantas tapándose hasta la cabeza con ellas.

¿Había ocurrido lo que Ramón esperaba o lo que nunca quiso que ocurriera? ¿Y si lo esperaba por qué lo esperaba? ¿Y si no quería que ocurriera por qué permanecía vigilante ante el sofá cama donde Rosa dormía o fingía dormir? ¿Y ahora que había ocurrido algo qué más quería esperar? ¿Iba a entregarse a esa ridícula obsesión a la que ahora, en ese preciso instante, después del gesto de Rosa, se sentía ajeno? ¿Él, Ramón Rendón, cuyos hijos dormían en ese mismo cuarto y al que su mujer seguramente esperaba en su propia cama? Pero la realidad es tan vasta que abarca y encierra y mezcla y confunde todas las preguntas hasta que la única respuesta es la ausencia de respuesta que hace tan vasta la realidad. Rosa había abierto los ojos y había visto a Ramón, tenía que haberlo visto. Su imagen, desnuda hasta la cintura quizás dormida a medias quizás totalmente despierta, siguió a Ramón cuando entró a su cuarto y estaba todavía con él cuando abrazó a Laura. La pasión simple que se convierte en una pasión complicada y es más compleja y mucho más intensa por eso; la ambigua riqueza moral del deseo perverso ocupando el lugar de la naturalidad del deseo. Era posible poner a Rosa en Laura; pero no a Laura en Rosa. Ramón Rendón creyó haber decidido que iba a empezar a examinar su problema como si se tratara de un caso y para seguir tratando ese caso no podía hacer a un lado al paciente que era él mismo. La inevitable racionalización mediante la que se ocultan siempre los verdaderos

problemas. Él lo sabía, debía haberlo sabido, lo sabía, pero como, en efecto, se trataba de una racionalización permaneció en la ignorancia sobre su conocimiento.

Por la noche, un maniático que durante el resto del tiempo era el joven y brillante doctor Ramón Rendón y era también el enamorado marido de su mujer y el amoroso padre de sus hijos, encontraba siempre el pretexto para demorarse en su despacho, en la sala, en el baño o en cualquier otra parte de la casa hasta que su mujer se retiraba a esperarlo en su cuarto y él entraba a besar a sus hijos. Lo hacía como Ramón Rendón todavía y después éste se apartaba para dejar en libertad al maníaco que tan pacientemente había esperado. La mano temblorosa se extendía hacia la manta bajo la que se encontraba el cuerpo de Rosa y ella ya nunca traía camisón. Los ojos cerrados, una piel morena, un hombro redondo, el grueso pelo negro que a veces cubría en parte uno de los llenos pechos y entre el que asomaba el oscuro pezón, un incierto olor a jabón barato, a algún perfume, a algo que tal vez era un desinfectante: el olor de Rosa. Ella dormía; quizás ella sólo fingía dormir. Otra noche, la mano del maníaco, obedeciendo al dictado del maniático, llegó hasta el hombro de Rosa y lo acarició levemente. Ella no se movió ni abrió los ojos. El pesado ritmo de su respiración era el mismo. A espaldas del maníaco dormían los hijos de Ramón Rendón. La mano bajó hasta el pecho confundiendo sus dedos con el pelo de la durmiente y haciendo cada vez más firme el contacto. Venciendo los temores que le hacían castañear los dientes, durante un tiempo sin medida, cerrado a toda dimensión de la realidad que no fuera la que creaba el cuerpo de Rosa, la mano acarició el pecho desnudo, hizo a un lado el pelo, pasó al otro pecho sin que Rosa despertara ni hiciera el más mínimo movimiento. Y de pronto, horrorizado, vuelto bruscamente a sí mismo, Ramón Rendón se apartó

de Rosa y salió del cuarto.

Al día siguiente, por primera vez, Ramón miró bajo la luz del día a Rosa con una perturbadoramente intensa necesidad de que el rostro de ella respondiera de algún modo a la pregunta que él le hacía, sin llegar, por supuesto, a formularla, sobre su consentimiento en los sucesos de la noche anterior. Pero con su uniforme blanco, los hoyuelos en su cara joven, su grueso pelo negro, Rosa era sólo la nana de los niños, la distancia era insalvable y esa misma distancia adentraba al maniaco en el refugio que le ofrecía la figura de Ramón Rendón. Durante dos noches seguidas, Laura y Ramón salieron juntos y entraron juntos a ver a sus hijos antes de retirarse a su cuarto. Culpable, abiertamente culpable, Ramón evitó dirigir la más mínima mirada al lugar donde dormía Rosa y no la puso en Laura pero tampoco estuvo con Laura sino con un extraño cuerpo sin dueño mientras hicieron el amor con el éxito de costumbre. Aun desposeída de sí por su marido, Laura era la misma. ¿Sería posible, en cambio, que Ramón Rendón fuera cada vez menos real o se trataba tan sólo de que la realidad había cambiado? ¿No significaban lo mismo las dos cosas? ¿Nuestras pasiones nos dirigen o nosotros dirigimos a nuestras pasiones? Ramón Rendón ya no era un caso interesante para él mismo, sino un caso más bien desesperado; pero como siempre ocurre con los casos desesperados, él lo sabía cada vez menos. ¡Resultaba tan sencillo decirse que todo era ridículo! Pero el maniático no se decía nada, no pensaba en nada, estaba despojado de toda posibilidad de pensamiento cuando entraba solo al cuarto de sus hijos y ahora, muchas veces, al volverse hacia Rosa ella tenía los ojos cerrados pero las mantas que Ramón creía haber visto cubriendo su cuerpo al entrar al cuarto dejaban ver ya gran parte de ese cuerpo. Ramón se acercaba y lo acariciaba firme y ávidamente con el abierto propósito de que Rosa

no pudiera seguir fingiendo que dormía. Y a ella debería serle difícil fingir, lo que excitaba más aún al maniático. Ramón empezó a poder percibir cómo cambiaba el ritmo de la respiración de ella. Escuchó varias veces sus cortos gemidos y, finalmente, la mano de ella se colocó sobre la de Ramón cuando éste acariciaba sus pechos. Pero Rosa no abrió los ojos y Ramón, entrando súbitamente a él mismo, salió del cuarto decidido: lo que ahora reconocía bruscamente, tal como ocurre en las verdaderas revelaciones, como una forma de locura que no era más que una desatinada fijación en un objeto que le era ajeno y hacia la que se había dejado deslizar tan sólo por su sorprendente incapacidad para reconocerlo, terminaría esa misma noche en la que se encontraba otra vez dueño por completo de su razón y del conocimiento.

Fuera del cuarto ya, por primera vez pensó con horror que Laura podía haberlo descubierto. Por primera vez, sintió la enorme felicidad que traía consigo la certeza de que por fortuna no había sido así. Todo se le mostraba ahora como una interminable pesadilla. Despierto ya, fue Ramón Rendón, que volvía a ser Ramón Rendón, el que se acostó junto a su esposa. Pero después de hacer el amor, encontrando también a Laura en Laura, no fue tan sencillo dormirse. Rosa estaba en el otro cuarto y ahora la dificultad se encontraba en el reconocimiento de que, a partir de su afortunada recuperación, tendría que enfrentarla a la luz del día mirándola desde el otro espacio en el que era la nana de sus hijos sin que Rosa mostrara ningún signo de reconocimiento del maniático que Ramón acababa de expulsar de sí mismo. Pero debería ser posible. Después de todo, era precisamente así como había visto a Rosa en muchas ocasiones, en diferentes momentos y en diversos sitios en espera del signo que Rosa nunca permitió salir al exterior. Rosa no era más que una muchacha tímida y humilde. Aunque tal vez la imagen no fuera exacta, Ramón Rendón creía recordarla la primera vez

que la vio en la casa. Esa rara importancia de las primeras veces en las que nadie repara porque se desconoce el futuro y, como Ramón Rendón lo sabía muy bien, sólo a través de ese desconocimiento es posible la azarosa continuidad de la vida humana que se construye y se continúa vuelta hacia el pasado. Una parte de ese pasado, estaba seguro de ello, acababa de desprenderse de la vida de Ramón Rendón para permitir que fuera su vida. ¿Pero puede ocurrir esto? El futuro no existe y el pasado es irrevocable. De lo que se trataba era de mirarlo desde su verdadero sentido, tal como Ramón Rendón creía poder hacerlo ahora. Rosa era cariñosa con los niños. Era respetuosa con Laura. Era reservada con él. La mano que se había puesto sobre la del maniático tampoco podía ser la de Rosa. ¿Cuál era su relación con la otra sirvienta? En ese terreno era difícil llegar a ninguna certeza. Y sin embargo, Rosa debería ser más Rosa, debería ser más espontánea y natural, menos tímida y reservada, cuando estaba con la otra muchacha con el uniforme blanco también porque entonces las dos se movían en el terreno que les pertenecía a ambas y en cambio, como era natural, desde el campo de la normalidad, Ramón no tenía acceso a ese terreno. Entonces, con temor, tuvo que reconocer que además también había otra Rosa cuyo carácter él conocía sin conocerlo en verdad: la que permitía que el maníaco acariciara su cuerpo y sobre cuya excitada aceptación Ramón Rendón podía estar casi seguro. Y, dramáticamente, al llegar a este punto de su arriesgado viaje por el interior de sí mismo, Ramón Rendón se excitó también. Rosa no era cariñosa con los niños; no era respetuosa con Laura; no era reservada con el propio Ramón Rendón. Para alivio y delicia suya, Ramón Rendón reconoció que Rosa era un lascivo demonio sexual que se le había impuesto, que seguramente con la maldad que le era innata dormía desnuda en el cuarto de los hijos de Ramón, que siempre esperó que él reparara en ella, que supo hallar la manera de despertar un deseo prohibido, que

en la semioscuridad de la habitación donde dormían los niños y en la oscuridad de su fingido sueño sólo esperaba el momento en que sumisamente, perdida toda su propia realidad, Ramón Rendón le proporcionaría el placer que esperaba y confirmaría el poder de la fuerza con que ella, Rosa, la Rosa en la que pensaba ahora, se le imponía. ¿Cómo iba a enfrentar a ese demonio al día siguiente? ¿Existía en verdad ese demonio? Las figuras volvieron a confundirse. Era Ramón el que le daba existencia al demonio. Rosa era la muchacha no muy alta, con la gruesa trenza negra y los pequeños ojos negros, con las demás facciones borrosas para el mismo Ramón, que llevaba al parque a los niños, que les servía la comida y los ayudaba a comer y a la que Ramón veía jugar con ellos muchas veces cuando salían a pasar el fin de semana fuera de la ciudad y ella le pedía permiso a Laura para visitar un momento a su familia. Rosa entre la salvaje vegetación que empezaba a crecer libremente al terminar el jardín de la casa de Ramón y debería cerrarse alrededor de la casa de ella en el fondo de la cañada. Ésa era también aquella cuya piel Ramón había tocado en su hombro redondo y cuyos oscuros pezones había sentido despertar bajo su mano, a la que había escuchado gemir en el mismo cuarto donde dormían sus hijos y que con toda seguridad esperó desde siempre su entrada a ese cuarto. Sudoroso, revolviéndose en la cama al lado de su mujer, a partir de toda esta serie de contradicciones, decidido sin embargo a recuperarse a sí mismo, en medio de su ardiente insomnio, Ramón Rendón volvió a lograr hacer desaparecer esa última imagen del lascivo demonio que debería haber creado su imaginación y permaneció fiel a su propósito de enfrentar al día siguiente el misterio que Rosa representaba. Sólo mirándola de frente, abiertamente, la pesadilla se desvanecería.

No había ningún misterio o si lo había, aunque Ramón no

estuviera dispuesto a reconocerlo porque su formación y su experiencia así se lo decían, como todos los misterios ése, también, era impenetrable y apenas se intentaba acercarse a él su calidad de misterio lo cerraba definitivamente. Junto a los niños, tímida, humilde, cariñosa, respetuosa, reservada, con su uniforme blanco, presente como si sólo quisiera pasar inadvertida, Rosa levantó los ojos cuando Ramón le preguntó a cuál de los dos niños quería más y con una ligera sonrisa y una mirada maliciosa, tal vez con una ligera sonrisa y una mirada maliciosa, era imposible decidir si esa sonrisa y esa mirada habían existido en verdad o Ramón las había imaginado, respondió con una voz joven e inocente que los quería a los dos, que para ella eran casi como una sola persona, aunque al mismo tiempo fueran tan diferentes y algunas veces ella quisiera más a alguna de esas diferencias y otras las que encontraba para que se equilibraran entre sí. Ramón descubrió los hoyuelos en las mejillas de Rosa, sus pequeños dientes, y al mismo tiempo la respuesta le resultó eterna y lo aterrorizó. Si Laura escuchaba la conversación no podría considerar normal que hablara tanto tiempo con la criada. Ramón siempre salía con prisa hacia el hospital. Por fortuna, si Laura había escuchado la conversación o parte de la conversación ni siquiera la había tomado en cuenta. Se despidió de su marido igual que siempre. Pero durante el camino al hospital donde enfrentaría con decisión y eficacia tantos casos dolorosos, desagradables muchas veces y por lo general bastante desesperados, Ramón Rendón decidió con un enorme alivio, no menor que el que experimentara cuando pensó que abandonaría su inexplicable obsesión, que Rosa era culpable y más allá de la prohibida emoción que le producía esa culpa o hasta ayudado por esa emoción, él iba a aclarar en qué consistía el misterio que hacía tan fuerte a Rosa a través de la culpa. Para ello era indispensable ignorar a Rosa, la nana de sus hijos, y tener sólo en cuenta a la Rosa que fingía dormir,

desnuda bajo las mantas, en el cuarto de sus hijos. Ramón sabía ahora que Rosa ni siquiera era atractiva, tanto cuando la veía como la nana de sus hijos como cuando la miraba y no podía dejar de acariciar su cuerpo moreno y compacto, joven y al mismo tiempo, durante esos momentos, sin edad, tan sólo disponible, sustituyendo su carencia de atractivos por esa pura disponibilidad. ¿El secreto del poder de Rosa se encontraría en esa fuerza que utilizaba también a Ramón? Pero entonces no había ningún secreto porque la fuerza no le pertenecía a nadie, a no ser que, al contrario que Ramón que no lograba encontrar los auténticos motivos de su conducta, Rosa la conociera y la utilizara. Rosa, la tímida y humilde nana de los hijos de Ramón. Era imposible. Había que ir más allá. Si había otra Rosa, Ramón tenía que llegar a poder verla desde afuera.

Antes de salir de su despacho para hacer el recorrido matinal por la sala de los enfermos rodeado por los estudiantes que escuchaban atentos y algunas veces asombrados y casi reverentes sus sabias conclusiones y sus resueltas decisiones, Ramón Rendón repasó una vez más la situación. Punto primero: él se conocía a sí mismo y había aprendido a ser dueño por completo de sus propios recursos mentales. Punto segundo: estaba satisfecho con su vida. Punto tercero: era un buen esposo, sin ningún esfuerzo, por el simple y poderoso motivo de que amaba a su mujer. Punto cuarto: sus dos hijos eran el resultado natural del amor entre él y su mujer. Punto quinto: ese conjunto de hechos formarían incluso el cuadro clínico de lo que debería considerarse una vida normal. Punto sexto: a partir de todas estas consideraciones no tenía por qué sentir ninguna atracción por Rosa y si pensaba en Rosa podía asegurarse a sí mismo que no la sentía. En ese momento, el razonable repaso se disolvía. No sentía ninguna atracción por Rosa. ¿Qué iba a buscar en ella entonces cuando entraba al cuarto

de sus hijos? El examen continuó. Ramón tuvo que aceptarlo: Punto séptimo: debo ser un anormal, un enfermo. Pero no era fácil aceptarlo precisamente porque no era razonable. El reconocimiento de su anormalidad por parte de Ramón no respondía a nada ni traía consigo ninguna solución. Si los seis puntos anteriores eran verdad ¿cómo podían conciliarse con el séptimo? Imposible. Pero entonces ¿cómo vivir en tanto anormal, aun cuando se esté dispuesto a serlo, si la normalidad le es indispensable a la anormalidad, si el séptimo punto sólo podía existir a partir de los seis anteriores? Ramón se exasperó más allá de todo límite racional tratando de descubrir en qué momento su razonamiento perdía el rumbo y se contaminaba de falsedad. La única solución era ignorar todos los puntos siguientes y atenerse sólo al primero, ni siquiera sólo al primero, sino sólo a la segunda parte del primero. De acuerdo. Él no se conocía a sí mismo. No era extraño ni alarmante. Ramón podía aceptar que en verdad nadie se conoce a sí mismo. Él había sostenido muchas veces la tesis de que llegar al fondo de la mente humana es imposible. La respuesta médica ante su impenetrabilidad era actuar sobre ella, observar los resultados y tratar de sacar conclusiones parciales. Por eso resultaba cierta la segunda parte del primer punto: él era dueño de sus propios recursos mentales. Si entraba solo al cuarto de sus hijos, no miraría de ahora en adelante hacia el sofá cama donde Rosa fingía dormir. Cuando no logra alcanzarse una respuesta racional ante cualquier situación lo mejor es admitir que nos sobrepasa y tratar de evitarla. Para el hombre el miedo es una legítima defensa. También a partir de él se puede empezar a dar pasos en busca de soluciones más firmes.

Sin embargo, incluso esa decisión parcial resultó impracticable. Ese mismo día, al regresar después de una dura jornada a su casa, dejando atrás como de costumbre los dramáticos problemas a los que

tan saludablemente olvidaba apenas abandonaba su trabajo, Ramón Rendón invitó a cenar fuera a su mujer, pero esperó en la sala de la casa a que Rosa, vestida con su uniforme blanco, entrara al cuarto donde dormían los niños. Esa noche no iba a entrar solo a ese cuarto. La decisión hizo regresar una serie de antiguas preguntas. ¿En qué momento se desvestía Rosa? ¿Dónde dejaba su uniforme? ¿De dónde tomaba el camisón cuando decidía ponérselo? Era ridículo volver a preguntarse eso. El señor de la casa no tenía por qué reparar en esas cosas. Sin embargo, también era obvio que porque no se repara en esas cosas ocurren luego las otras. En cualquier forma, fuese cual fuese la respuesta, que no tenía por qué interesarle, él era dueño de sus recursos mentales. Los niños todavía no se dormían cuando él y su mujer salieron a cenar. Rosa hablaba con ellos después de haberles dado de comer. Antes de salir, Laura le recomendó con naturalidad y confianza que no les permitiera quedarse mucho más tiempo despiertos. Unos pasos detrás de ella, Ramón contemplaba la escena. Rosa era la nana de sus hijos. Como tal no era más que una parte casi insignificante del hogar de Ramón. Pero al dejar el cuarto, Ramón se preguntaba ya si era cierto que en algún momento Rosa lo había mirado fijamente. Ese tipo de preguntas también deberían ser desechadas. Para que desapareciera, era necesario sumergir en el olvido al maniático que, indudablemente, no tenía ninguna existencia real si Ramón se negaba a dársela.

Ramón y Laura cenaron en un restaurante que les gustaba a los dos y al que favorecían con regular frecuencia. Se encontraron ahí a unos conocidos y se sentaron en su mesa. Regresaron a su casa. Entraron al cuarto de sus hijos y los besaron con el cuidado de siempre para no despertarlos. La vida seguía su curso habitual. No obstante de ello, en la cama ya, Ramón le preguntó a su mujer si recordaba a los

amigos que se habían asombrado ante el hecho de que los niños durmieran con su nana. Ella respondió sonriendo. Su idea fija había desaparecido hacía mucho, le dijo a su esposo, parodiando con cariño su lenguaje. Después hicieron el amor. Laura se durmió enseguida y para Ramón empezó el tormento. Sus recursos mentales lo traicionaban, sus pensamientos se dirigían hacia zonas que él no deseaba visitar. Finalmente, tal vez después de varias horas, tal vez después de sólo unos cuantos minutos, dentro de un tiempo sin medida de cualquier modo, se levantó de la cama y en pijama, descalzo y sin ponerse la bata, salió del cuarto que compartía con Laura. Cerró la puerta cuidadosamente. Avanzó unos pasos por el pasillo. La puerta del cuarto de sus hijos estaba entreabierta como de costumbre. Ramón entró. Los niños dormían. La respiración de Rosa era acompasada. Ramón levantó las mantas que cubrían el cuerpo de ella, poco a poco, muy lentamente, sin llegar a descubrir más que su pecho, ahogado por la emoción al comprobar la desnudez de Rosa. Su temblorosa mano acarició el hombro y luego los pechos. Pero en esta ocasión, desposeído por completo de todos sus recursos mentales, Ramón fue mucho más allá. Se inclinó hacia el oído de Rosa y pegando la boca a él le preguntó si estaba despierta. Ella movió la cabeza afirmando. Ramón le pidió que abriera los ojos con la boca pegada a su oreja, besándola de hecho mientras hablaba. Rosa obedeció. Se miraron. En silencio, Ramón tomó la mano de ella y tiró hacia adelante impulsándola a salir del sofá cama.

En el cuarto, ahora, Rosa está de pie y desnuda frente a Ramón. Él no ha soltado la mano de ella. Hace que ella lo siga fuera del cuarto. Van hasta la sala. Ramón acuesta a Rosa en el sofá. Contempla su cuerpo desnudo. Encierra una promesa en la que se suman todas las delicias. Es un absoluto: el cuerpo de Rosa desnudo y cerrado aunque

ahora ella tiene los ojos abiertos y mira fijamente y en silencio a Ramón. Cegado por la plenitud de la contemplación cuyo objeto el deseo rebaja y eleva contradictoriamente, alimentándose con su carácter rebajado y elevándolo al alimentarse de él, el maniático que expropia el cuerpo de Ramón Rendón y lo despoja de su libertad mental, toma nuevamente de la mano a Rosa, la hace levantarse y la lleva a la cocina. Cierra la puerta tras de ella. Hace que Rosa se acueste en el suelo, se desnuda él mismo y se pone de rodillas a su lado. Es la mano de Rosa la que ahora se tiende hacia el cuerpo de él.

Hicieron el amor sin que Ramón, siempre tan dueño de sí en esos momentos y por eso tan buen amante de su mujer, se diera cuenta ni siquiera de que lo hacía, perdido por entero en las sensaciones que llegaban hasta él y en una feroz necesidad de tener ese cuerpo que tan largamente había mirado y acariciado a veces. Rosa mantuvo los brazos extendidos a lo largo de su corto cuerpo, sin abrazar a Ramón con una para él maravillosa sumisión que le cedía todos los derechos mientras el maniático entraba a ella, se agitaba furiosamente, le cubría un pecho con el pelo, trataba de sorberlo, le mordía el pezón arrancándole un ligero grito de dolor y oyéndole decir, sin embargo, que lo hiciera más fuerte, hasta que las manos de Rosa apretaron su espalda y Ramón, vagamente consciente al fin, acostado sobre Rosa en el piso de la cocina, se encontró respirando ahogadamente con la boca en el cuello de ella, con el pelo de ella sobre su cara y sintiendo también cómo la respiración de Rosa iba alcanzando igualmente un ritmo más regular. Entonces, con Ramón todavía sobre Rosa, empezaron a hablar. Rosa se desvestía en el cuarto de los hijos de Ramón. Él debería haber visto que dejaba el uniforme al pie del sofá cama. Empezó a quitarse el camisón cuando notó que Ramón entraba muchas veces solo al cuarto. Él todavía no reparaba en ella. Rosa se

masturbaba casi siempre después de que él salía. Luego Ramón había empezado a mirarla. Después la tocó. Pero no le hablaba. Rosa tuvo que seguir masturbándose cuando él salía del cuarto. Ella ya se había acostado con algunos muchachos del pueblo. Volvía a hacerlo a veces en sus días libres. Pero lo que quería era que Ramón se acostara con ella. Ramón la escuchaba hablarle de tú. Si quería acostarse con él ya lo había conseguido y ahora iba a hacerlo de nuevo. Esta vez Rosa lo abrazó desde el principio, le dijo varias veces «mi amor» y «más fuerte, más fuerte» cuando Ramón le mordió los pezones, lo mordió en la boca e interrumpió sus gemidos y suspiros con un grito al venirse. Después, en el piso de la cocina ¿qué podía decir Ramón? Le confesó a Rosa que no se sentía capaz de explicarle nada. Su voz debería expresar un gran desamparo. Pero Rosa estaba ahí, para protegerlo. Volvió a decirle «mi amor», le acarició el pelo y le aconsejó que se vistiera y regresaran los dos a sus cuartos. Fue Ramón el que siguió a Rosa mientras atravesaba desnuda la sala y caminaba por el pasillo. Frente a la puerta del cuarto de los hijos de Ramón, ella le dijo en voz baja que estaría esperándolo la noche siguiente.

A solas, en pijama, frente a la puerta del cuarto de sus hijos, Ramón Rendón sintió una espantosa humillación y una terrible vergüenza. Era imposible reconocerse en aquel al que Rosa le hablaba con tanta confianza y menos en el que la había deseado de una manera tan absoluta. Entró a su cuarto. En la cama ya, junto a su esposa, temió que si ella despertara reconocería el olor de Rosa en el cuerpo de su marido. No era un olor agradable, pero despertó de nuevo el deseo de Ramón y ese deseo anulaba cualquier sentimiento de humillación o de vergüenza. Ramón sólo se sentía cansado y al mismo tiempo vivificado por el recuerdo de Rosa. Se alegró de poder pensar en ella acostado al lado de su mujer y antes de perderse en el olvido del sueño tuvo

tiempo de preguntarse, sin sentir ninguna necesidad de responder de inmediato a su pregunta, cuál iba a ser su vida de ahí en adelante. Del sueño, en el que como todo el mundo sabe y Ramón Rendón mejor que nadie, el imperio de lo irracional hace vagabundear nuestra mente por las zonas en las que sólo reina el deseo y éste adopta todos los disfraces para ocultar su verdadero origen, se sale a la vigilia o se permanece dentro del sueño, sin más imperio que el del deseo, aún en la vigilia y entonces se está loco. Pero los locos no saben que están locos. La experiencia clínica de Ramón en este campo era vasta. Las miradas, los gritos, las acciones absurdas, perturbadoras para espíritus menos fuertes que el suyo, mediante las que algunos enfermos mostraban su dolor o su espanto no eran más que gestos desconectados de la voluntad y sin ningún significado para los mismos enfermos. Sin embargo, al despertar, saliendo del mundo del sueño con un sospechoso olvido de lo que había soñado, Ramón Rendón tuvo que reconocer que su entrada a la vigilia no parecía más que continuar una pesadilla. En la cama todavía, rechazó de inmediato esta mórbida idea. No había hecho más que caer en una de las numerosas trampas que tiende la vida. Eso era lo que había ocurrido la noche anterior. No cabía duda y lo único que había que hacer era salir de esa trampa. Pero al recordar lo que había ocurrido la noche anterior, Ramón Rendón volvió a caer en la trampa del deseo. Laura estaba a su lado y él pensaba en el moreno y compacto cuerpo desnudo de Rosa recibiendo el placer que él le daba, tal como le confesara que se lo había propuesto, y dándole a cambio a él uno cuya intensidad, aún en el recuerdo, deformaba el mundo de la vigilia. Entonces Ramón, acostumbrado a tomar decisiones rápidas, comprendió que la manera de preservar su propio dominio sobre el mundo de la vigilia era permitirle que obedeciera a su deseo, aun cuando, por el momento, ese deseo parecía invertir su carácter.

Tampoco resultó sencillo. Ramón Rendón había sido siempre un hombre íntegro. Llevar una doble vida no lo tranquilizaba, sino que lo hacía vigilarse continuamente con un cada vez más acendrado temor. Mientras, Rosa, durante el día, cuidaba a los niños, tímida, humilde, haciendo imposible que se reconociera en ella al inagotable monstruo de sensualidad que mantenía prisionero a Ramón Rendón por las noches. Pero el poder de gratificación de ese monstruo era inconmensurable. La noche la rodeaba y ella pertenecía a la noche. Hacía vivos y palpables los sueños que Ramón nunca había sabido soñar, creaba nuevos sueños, abría diferentes posibilidades. Ir desde ella hacia el mundo diurno era crear la capacidad de vivirlo de una manera que también resultaba más gratificante al estar deformada por la intensidad de la culpa secreta de Ramón. Y esa culpa tenía el mismo carácter que el deseo culpable de Rosa y lo identificaba con Rosa, con la única diferencia, imposible de advertir por parte de Ramón, de que para Rosa no era una culpa sino la inesperada pero posible satisfacción de lo imposible que antes alcanzaba mediante el sencillo recurso de masturbarse, como si Ramón, en un remoto e inalcanzable pasado, se hubiese conformado con poner a Rosa en Laura.

A pesar de su en verdad inexplicable confianza inicial en que llegaría a dominarla obedeciendo por el momento a sus mandatos, Ramón Rendón reconocía algunas veces su alarma ante la exigencia de seguir a esa persona en la que no se reconocía y esa alarma tocó los límites del pánico cuando empezó a abandonar a media mañana o a media tarde sus deberes en el hospital para tratar de llegar en secreto hasta Rosa, hacerla abandonar también el trabajo dejando a los hijos de Ramón al cuidado de la otra sirvienta y llevarla a un hotel. No siempre era fácil. Los propios hijos de Ramón creaban el principal obstáculo entre él y su deseo. Muchas veces tuvo que renunciar a su propósito.

Entonces él hacía a un lado la verdadera realidad del obstáculo y sólo sentía un odio despiadado y terrible contra la realidad del mundo en general. Sin embargo, sin ser capaz ya de detenerse nunca en sus verdaderos sentimientos, pretendía ante sí mismo mantenerse dentro de su propósito inicial. Una pasión desviada sólo desaparece cuando se satisface por completo y se llega a poder reconocer así que en verdad no tenía sentido ni era capaz de satisfacer auténticamente a la antigua víctima de la pasión. Ramón Rendón sabía desde siempre que en eso consistía la libertad que sólo la salud es capaz de proporcionar, una salud tanto más poderosa cuanto que es una salud adquirida a la que se llega sólo después de haber conocido la enfermedad y enfrentado sus abismos. Pero esta satisfacción no parecía tener ninguna posibilidad de alcanzarse nunca porque era imposible sentir en qué podía consistir. En medio de su reconocida lucidez y su, a pesar de todo, ininterrumpida práctica profesional, sospechosamente, Ramón Rendón no se había detenido a analizar ese aspecto del problema. Llevar a la luz su relación con Rosa era imposible. Mantener esa relación en la oscuridad dentro de la que de hecho Rosa nunca era la misma Rosa y no tenía término era hacer siempre más distante esa satisfacción.

Una tarde, en uno de los sórdidos hoteles de paso en los que de pronto se encontraba acostado junto a Rosa, ella le pidió a Ramón que se dejara la barba otra vez para volver a verlo tal como lo había conocido. El placer de sentir una sumisión igual a la que reconocía en Rosa. Ramón Rendón aceptó de inmediato. Pero luego, a solas, cuando el sumiso cuerpo de Rosa ya no estaba a su lado, Ramón descubrió con temor que este sencillo hecho tenía un significado mucho más terrible que la mera disposición a satisfacer un ingenuo capricho de su amante. Su amante que era la nana de sus hijos, pensó una y otra vez Ramón. Y

ahora había una intimidad, una relación, una complicidad entre ellos que Ramón aceptaba con una total naturalidad cuando estaba a su lado, pero que, desde la distancia, hacía a Rosa intolerablemente real, identificaba a la Rosa secreta que era el objeto de un deseo prohibido con la Rosa que transitaba por la casa de Ramón al cuidado de sus hijos y en cambio él perdía toda realidad al someterse al capricho de ella.

Sin embargo, lo hizo. Ramón Rendón, que se dejaba la barba para adquirir un aire más profesional en el estricto ámbito de la ciencia, se disponía a hacerlo ahora para cumplir una petición de su criada. Era inaceptable y no podía dejar de serlo. Su irritación al responderle a Laura que, en efecto, iba a dejarse otra vez la barba y ahora no tenía ningún motivo para hacerlo más que su propio capricho lo asustó. El reconocimiento de que Rosa miraba crecer esa barba con la secreta satisfacción de que Ramón se la dejaba para complacerla lo atemorizaba también, pero el temor venía acompañado de un oscuro estremecimiento de placer ante su sumisión. Ahora no simulaba una seriedad de científico con una, para sí mismo, divertida superficialidad; utilizaba con absoluta seriedad el secreto lenguaje de la pasión para complacer a la criada. Por la noche en la cocina, por el día en algún hotel, cuando esto era posible y la frustración no aumentaba el deseo que explotaba por la noche en la cocina, Rosa pasaba sus pequeñas manos por las mejillas cada vez más erizadas de vellos de Ramón. Antes, alguna de las noches anteriores a la inocente aparición de Rosa, Laura se había quejado ante el contacto con esas mejillas. Y en esa lejana época también, los hijos de Ramón se reían al besarlo y encontrar el nuevo carácter del rostro de su padre. Luego la barba empezó a tomar su forma debida. En el hospital, Ramón Rendón era de nuevo el joven psiquiatra con una barba que evocaba la de Sigmund Freud; pero al mirarse en el espejo él no pensaba en el gran

maestro cuyos descubrimientos la química amenazaba con dejar atrás, sino en la aterradora posibilidad de pasar de médico a paciente. Pero ¿por qué tenía que ser el suyo un caso patológico? No tenía ningún motivo para considerarlo así. Él sentía por Rosa una pasión tal vez desviada desde el punto de vista de la normalidad gregaria erigida para preservar una determinada forma de organización social; pero sólo había que volverse hacia Rosa para comprobar, como el mismo Freud y tantos otros lo habían dicho, pensaba ahora Ramón, que esa forma no era absoluta sino relativa. El problema se encontraba en su resistencia inconsciente a adoptar el punto de vista de Rosa porque hacerlo implicaría arrasar su propia vida en nombre de algo o alguien cuya verdad su superego no estaba dispuesto a reconocer.

Con barbas ya, tal como Rosa quería, Ramón Rendón la acompañó a conocer la casa de ella. Sintió ganas de reírse ante la posibilidad de pertenecer a ese mundo o de llevar ese mundo al suyo. La solución para el conflicto era otra: Rosa no tenía por qué salir del lugar que le correspondía, ni tampoco él tenía por qué hacerlo con respecto al suyo. El mismo reconocimiento de la fuerza y la importancia del sexo en la configuración de la personalidad debe ayudar a mantenerlo en la zona que le corresponde. Ramón Rendón llegó a otra ilusoria decisión. No debería ser imposible desprenderse de Rosa. Todo objeto sexual es intercambiable, dado su mismo carácter de objeto. Rosa perdía ya sus dedos entre las barbas de Ramón cuando él le dijo una tarde, acostado junto al cuerpo moreno de ella cuyo olor siempre le había disgustado o cuyo olor, más bien, siempre había despertado una poderosa corriente de conocimiento de su propia degradación que aumentaba el deseo, que deberían dejar de verse. Rosa lo miró con sus facciones un tanto vulgares e inexpresivas y sus pequeños ojos negros. El pelo, más negro aún, cubría casi por completo

uno de sus pechos. Al terminar de hablar, sin que Rosa hiciera más que escucharlo, Ramón Rendón hizo uno de los gestos que despertaban de inmediato su deseo: acarició el pecho por encima del pelo que lo ocultaba en parte. Sin ninguna resistencia, Rosa permitió que volviera a acostarse con ella. Después, como siempre lo hacía cuando iban a algún hotel, Ramón la dejó a unas cuantas cuadras de la casa. Antes de bajarse del automóvil, sorprendentemente, ya que nunca se acercaba a Ramón cuando estaban en la calle, Rosa acarició un instante las barbas de Ramón y le dio un rápido beso en ellas.

De regreso a su trabajo, a solas en su despacho, después de haber realizado su último recorrido por las salas de enfermos, Ramón pensó en lo que realmente podría costarle dejar de usar a Rosa. ¿Sería capaz de mirarla transitar por la casa sin reparar en ella como ocurría antes de que empezara a verla? El reconocimiento de la gratificación que obtenía con Rosa era una pura contradicción. Rosa no existía. No era, no podía ser, más que el producto de una momentánea desviación cuyos motivos debería ser capaz de llegar a conocer por completo para desembarazarse definitivamente de ella. Sentía una curiosa mezcla de ternura y de alivio. Tal vez había sido egoísta, pero todo el mundo tiene la obligación de preservarse liberándose de los fantasmas que crea. Desde ese momento podía considerar, estaba seguro de ser capaz de asumir, que el poder que Rosa tuviera sobre él gracias a aquello en la que él mismo la había convertido, pertenecía al pasado. Era una pequeña sombra en cuyo recuerdo resultaría, tal vez, más adelante, hasta agradable detenerse. Dejó de pensar en Rosa para ocuparse de las responsabilidades que le creaba su trabajo. Durante las últimas semanas lo había descuidado un poco. ¡Qué absurdo era tener que reconocer los motivos por los que había ocurrido esto! Y sin embargo, al hacerlo volvió a recuperar las sensaciones que le producía el cuerpo

de Rosa, a su lado y siempre disponible, como un objeto prohibido que le pertenecía por completo. No tuvo reparo en reconocer que su reciente decisión pondría a prueba su voluntad. Pero la sensación de bienestar también era muy grande. Él sabría cómo enfrentar todas las tentaciones.

No tuvo ninguna necesidad de hacerlo. Cuando regresó a su casa, Laura le informó, entre desconcertada y molesta, que Rosa había decidido dejarlos esa misma tarde, sin dar ninguna explicación ni tener en cuenta el disgusto y el asombro de ella. Simplemente había empacado sus cosas, le había dicho que dejaba sus uniformes en el cuarto de la otra sirvienta y había salido con la misma caja de cartón con que llegara cuando Laura la trajo, sin ni siquiera despedirse de los niños.

—La conducta de esta gente es siempre inexplicable. Es como si perteneciera a otro mundo —le dijo Laura a su esposo.

Ramón Rendón asintió de una manera un tanto distante. Laura quería consultarle cuál debería ser la mejor manera de informar a los niños de esa súbita deserción de una nana con la que sin duda habían llegado a encariñarse. Ramón Rendón le quitó de inmediato toda importancia a ese problema. Era cruel, pero también verdadero, sus conocimientos teóricos y su experiencia clínica lo confirmaban: esas figuras no tienen rostro en la zona de los afectos para los niños y son sustituidas con toda facilidad mediante un suave deslizamiento del inconsciente que las transforma en la siguiente figura que entra a ocupar su lugar.

Quizás porque Ramón Rendón ya no era un niño, a él no le ocurrió lo mismo. Ahora reconocía que había habido un gesto de

despedida de Rosa para él. Sintió una devastadora ternura al recordarlo y un horror y un odio por sí mismo al reconocer que fueron sus palabras las que lo provocaron. Pero éste era el tipo de dificultades que iba a tener que enfrentar. No lo ignoraba. El problema que Rosa representara ya no existía; ahora sólo tenía que volver a entrar a su vida libre de ese problema. Mientras la otra sirvienta realizaba momentáneamente y en parte las tareas de Rosa, Ramón Rendón sólo sintió un agradable vacío al que también podría llamarse tranquilidad.

Como tantas otras noches, culpablemente durante los últimos tiempos, pero ahora, al contrario, para sentir más profundamente su adquirida libertad, se demoró en la lectura de un libro antes de dirigirse al cuarto donde Laura debía esperarlo como siempre. Antes, entró a darle el beso de buenas noches a sus hijos. La otra sirvienta dormía en el sofá cama que todavía la noche anterior ocupaba Rosa. Ramón Rendón se volvió a mirarlo. Sintió una espantosa sensación de ira contra sí mismo ante la imposibilidad de satisfacer el deseo que lo invadió. Rosa era Rosa. Durante unos meses él había vivido en el paraíso y se había expulsado voluntariamente de él. El gesto que hizo por primera vez para descubrir el cuerpo de Rosa no había sido un gesto instintivo y en cuya importancia no había pensado; fue un gesto provocado por Rosa, lleno de sentido por la presencia de Rosa, encaminado a comprobar la promesa que encerraba. Son los otros, entonces, los que determinan el sentido de nuestros propios gestos. Ramón Rendón salió del cuarto lleno de desprecio por sí mismo, espantosamente adolorido ante la incomprensión de Rosa, furioso por el reconocimiento de que la fuerza por la que se había dejado guiar estaba fuera de él, se le imponía no como el producto de un mero azar sino como la acción de una voluntad muy concreta. Rosa lo había usado y ahora Rosa lo había abandonado por culpa de él, en parte,

pero sobre todo por su propia voluntad. Sintió una dolorosa urgencia de volver a tener la posibilidad de degradación y de culpa que Rosa abría y que tenía la forma de una muy concreta necesidad del cuerpo de ella, de su peculiar olor, de la conjunción entre su pelo y la forma de sus pechos. El deseo desvanecía toda posibilidad de equilibrio. No podía ser él, Ramón Rendón, el que decía una y otra vez para sí «Rosa, Rosa». Y ella no era una pequeña sombra. Era una inmensa oscuridad en la que Ramón quería perderse. Pero los recursos de la mente humana son casi infinitos. El deseo es una pura fuerza instintiva. Bastaba con ir hacia atrás para llegar hasta su figura sin rostro. Ramón Rendón tomó dos calmantes y entró a su cuarto. Desde luego, como le ocurre a todo ser humano, él era capaz de sustituir a Laura por Rosa mientras se satisfacían las convulsiones del deseo. ¿Pero y después? Era intolerable estar acostado junto a Laura. Era inaceptable haberla tomado por Rosa. Rosa era distinta y no cabía ninguna duda sobre su superioridad. Y después había que despertar, sin estar seguro de haber logrado dormir, y entrar al día sin ser ya el amante de Rosa, sin tener la deliciosa posibilidad de degradación de su absoluta entrega a ella, habiendo creado él mismo la imposibilidad de que existiera esa posibilidad.

Durante dos días Ramón Rendón elaboró minuciosas fantasías sobre lo que podía haber sido su vida con Rosa: un paraíso prohibido en el que el reciente atractivo de Rosa era que él podía someterla a todo tipo de experiencias anormales sin sentir ninguna culpa sino tan sólo un extremo placer. Tal vez ése había sido siempre el poder de Rosa. Pero de nada servía reconocerlo ahora, porque ese poder permanecía y ella ya no estaba. Al tercer día, Ramón Rendón decidió que la solución para satisfacer su absoluta necesidad de Rosa era sencilla. Iría a buscarla a su casa y la convertiría en su amante. Elaboró nuevas

fantasías sobre la forma que tendría esa doble vida en una de cuyas partes Rosa estaría a su entera disposición y gracias a ese recurso, además, él podría volver a ser lo que era en la otra parte. Rosa, con su uniforme blanco, aunque ahora sería la señora del departamento que él le pondría, siempre sumisa y a la espera, dispuesta a someterse a todos los extravagantes caprichos que ahora imaginaba sin descanso. Un estremecimiento de placer acompañaba esas fantasías. Era estúpido no haber pensado antes en esa solución.

Al día siguiente fue a buscar a Rosa a su casa, vestido él también con su blanco traje de doctor, joven y barbado subdirector del departamento de psiquiatría en una institución de merecido prestigio. Ella no estaba ahí. No había regresado. El hermano que le abrió la puerta ni siquiera sabía que Rosa había abandonado el empleo. Venciendo sus temores y racionales objeciones, Ramón interrogó a los cuidadores de su casa, encontrando la manera de justificar su presencia con el pretexto de que quería sorprender a su mujer recuperando para ellos a Rosa, que era tan inteligente, cariñosa, obediente, buena con los niños, y no quería que le dijeran nada a Laura sobre su visita. Pero los cuidadores tampoco podían informarle de nada. Sólo le prometieron que harían investigaciones. Ramón Rendón regresó al hospital tratando de convencerse de que se había tranquilizado. No se trataba más que de esperar. Rosa tendría que aparecer. En tanto, al principio, elaboraba fantasías cada vez más extremas y que en otra época hubiera considerado francamente demenciales sobre su seguro encuentro y lo que sería su vida de ahí en adelante. Rosa siempre semidesnuda o desnuda por completo en el departamento que él habría puesto para ella. Se acostaban en el suelo de todos los diferentes cuartos. Ella abría la puerta igualmente desnuda o semidesnuda cuando Ramón tocaba. Se reía procazmente cuando Ramón le comentaba que podía haber sido

otro el que llamara a la puerta. Aseguraba que ella sólo esperaba a Ramón y Ramón pensaba que no era cierto y la deseaba más por eso. La sensualidad de Rosa no tenía límites ni conocía ninguna barrera y él era su dueño, no dejaría de serlo nunca y por eso Rosa podía ceder a todos los excesos que quisiera y sólo gratificar más aún con ellos al deseo de Ramón. Su absoluta esclavitud le daba una total libertad porque Rosa, a pesar de que se lo cedía por entero, era la verdadera dueña del cuerpo que entregaba. Así había estado en la casa de Ramón Rendón; pero ahora ya no estaba. Y el estado de irrealidad que creaban las fantasías sólo hacía más urgente la necesidad de encontrarla. Rosa le había dicho que cuando Ramón todavía no se acostaba con ella se masturbaba imaginando ese suceso. Un recurso tan cómodo no estaba al alcance de la mente adulta de Ramón Rendón. Lo intentó pero no obtuvo ningún éxito. Volvió a buscar a Rosa a su casa. No había regresado y el otro hermano que recibió a Ramón y respondió a sus impacientes preguntas no se extrañaba de su desaparición. «Regresará algún día. Debe haberse fugado con su novio o encontrado un trabajo que le gustaba más». El que hablaba de su hermana de tal manera no era un hombre sino un animal. Ante la mal disimulada furia de Ramón al insistir éste en sus preguntas, el hermano dijo de pronto que también era posible que Rosa hubiera entrado a trabajar a algún burdel. Él sabía que una conocida se lo había propuesto ya varias veces. Ramón dejó la casa y en el camino de regreso descubrió que el hermano decía la verdad. Rosa no podía estar más que en un burdel. Llegar a ese burdel y acostarse con ella después de encontrarla entre las putas y luego llevársela como su propia puta, como la puta que sólo le servía a él, se convirtió en la nueva fantasía dominante. Pero era imposible iniciar un recorrido sistemático por todos los burdeles del país. Escogió algunos al azar y al cabo de una serie de desagradables visitas a casas que le despertaban una profunda repulsión física y moral y en las que por lo

mismo era más gratificante imaginar a Rosa ahí, se dio cuenta de que su proyecto era ridículo. También era ridículo recorrer por la noche algunas de las calles de la ciudad buscándola entre las mujeres que esperaban clientes. Sin embargo, lo hizo. Pero Rosa no apareció. Rosa se había perdido definitivamente o no había existido jamás. En su casa, Ramón Rendón no se atrevía a nombrarla y nadie hablaba de ella. La amenaza que, a través de su creciente necesidad sentía pender sobre él desde que estúpidamente decidió liberarse de su sometimiento a Rosa tan sólo para hacerlo definitivo ahora que la había perdido, se cumplió, sin que Ramón Rendón lo advirtiera, cuando Laura, su mujer, la madre de sus hijos, le comunicó con una satisfacción sin importancia para ella e intolerable para Ramón, que había encontrado una nueva nana para los niños. Ésta llegaría a la casa al día siguiente.

Ramón Rendón no dudó un solo instante. Laura había sabido todo desde el principio y ahora se burlaba de él. Empezó a repasar los acontecimientos. No cabía duda. Laura lo sabía todo. Era Laura la que había hecho desaparecer a Rosa, seguramente con la complicidad de los cuidadores de la casa donde pasaron tantos fines de semana felices con Rosa siempre a la vista. Luego Ramón se preguntó si también su antiguo maestro, el director del hospital, estaba al tanto de todo. Seguramente. Laura tenía que haberlo consultado. Y el viejo siniestro mantenía como una de sus más rigurosas enseñanzas que ante todo había que disimular lo que se pensaba del paciente. Pero él se burlaría de todos. Seguiría disimulando también y en tanto buscaría a Rosa hasta encontrarla.

Todos estos pensamientos, a los que quizás ya no se debería llamar pensamientos si no fuera porque lo ocurrido a Ramón Rendón demuestra que ésa es la verdadera naturaleza del pensamiento,

cayeron sobre él en un solo fin de la tarde, estando en el hospital todavía. Al día siguiente, llegó la nueva nana. Ramón se dio cuenta de inmediato. Era Rosa. Todos pretendían que se llamaba Clara; pero era Rosa. La prueba era que sus hijos tuvieron desde el principio una confianza con ella que confirmaba un antiguo conocimiento. Era Rosa y sólo lo negaban para ponerlo a prueba a él. Ramón conocía bastante bien esas tretas. No se dejaría engañar. Conteniendo su dolor por la complicidad de Rosa en ese siniestro plan mediante el recurso de decirse que seguramente ella lo hacía tan sólo para volver a encontrar la manera de estar con él, durante tres días llamó Clara a Rosa como lo hacían todos los demás. Pero la espera sólo hacía más intenso el placer. Estaba seguro de que, a solas con él, Rosa volvería a ser Rosa. El cuarto día se demoró en su despacho hasta que Laura fue a acostarse y escurriéndose casi sin tocarla por la puerta entreabierta Ramón entró al cuarto de sus hijos. Nunca se abandonan los hábitos. Ramón besó a sus hijos antes de volverse hacia el sofá cama donde dormía Rosa. La contempló largamente. Recordó con un enorme placer la primera vez que hiciera lo mismo en el pasado. Una nueva vida se abrió entonces para él y ahora esa vida, la única verdadera vida, volvía a entregársele. Estiró hacia las mantas su glorioso brazo de maniático. Destapó a la nueva nana de sus hijos. Ella despertó. Miró aterrada a Ramón y dio un grito. Asombrado, Ramón intentó taponarle la boca. La nueva nana gritó más fuerte aún debatiéndose en los brazos de Ramón. Los niños despertaron. Empezaron a llorar. Laura, en camisón, entró al cuarto. Al verla, gritando que lo sabía todo, Ramón intentó ahorcarla. Laura se defendió como pudo. Todos gritaban en distintos tonos. La nueva nana ayudó a Laura a defenderse y de pronto, llorando él también, igual que sus hijos, Ramón se desprendió de todos y salió corriendo hacia la ventana que daba a la calle. Por fortuna, para proteger a los niños, la feliz pareja que formaban Laura y Ramón había hecho colocar una

serie de barrotes de hierro que atravesaban horizontalmente hasta una considerable altura esa ventana. Sin embargo, Ramón tenía ya una pierna fuera de ella cuando Laura y la nueva nana consiguieron apartarlo de la ventana. Ramón volvió a desprenderse de todos y salió corriendo de la casa.

Dos días después la policía lo encontró en una calle de prostitutas a las que Ramón deslumbraba con una linterna. Fue internado en el mismo hospital en el que durante tantos años había sido el joven, brillante y eficaz subdirector. Su paranoia se hizo muy pronto autodestructiva; pero el tratamiento intensivo con sustancias químicas cuya bondad él había defendido tan inteligentemente no parecía surtir efecto en su caso.

# Rito

La necesidad de semejantes leyes no se comprende bien y la triste referencia al voyeur no muestra para nada sus misteriosos recursos.

PIERRE KLOSSOWSKI (*La revocación del edicto de Nantes*)

Se han corrompido y se han hecho abominables por sus pasiones.

(S. 52, 2)

Todos mis deseos se hallan expuestos a vuestros ojos.

(S. 13, 2)

Dios ama a los que dan.

(II. Cor. IX, 7)

—«I ADORE MYSELF!» —dice con voz cristalina y el intachable acento, que le debe a las monjas inglesas, mientras levanta los brazos por encima de la cabeza dejando ver las axilas y extiende en el vacío los flexibles dedos de sus largas manos. Sonríe encantada. Sus ojos azules se hacen maliciosos sin renunciar a su inocencia. Está tan complacida consigo misma que su expresión es distante y sin embargo, sabiéndose mirada y conociendo desde el principio de su estricta educación la importancia de la vía contemplativa, a la que ahora ella permite existir, se ofrece en espectáculo desde un generoso desprendimiento y una religiosa seguridad en los que, a través de su joven figura, se hace manifiesta la unión entre la carne y el espíritu mediante la que, tal vez, finalmente deberá mostrarse el espíritu a costa de la carne, sirviéndose de ella como su único posible vehículo.

Es un rito conocido. Liliana y Arturo no podrían precisar cómo llegaron hasta él. Les fue revelado, deslumbrándolos y desconcertándolos, pero su revelación no fue súbita sino progresiva, como si la Suprema Voluntad no hubiera querido imponérseles a sus cuerpos sino servirse de sus cuerpos por medio de las emociones raras que los conducía a descubrir. Cuando Liliana conoció a Arturo había terminado su carrera en una universidad católica, acababa de saberse incapaz de seguir la vocación religiosa de la que sus maestras insistían en considerarla la inevitable elegida y todavía daba clases en su antiguo colegio. Se encontraron en una fiesta a la que Liliana había sido obligada a asistir por sus padres. La educación de él era menos estricta que la de ella, pero tampoco podía considerarse libre de las exigencias de una conducta normal. Se hicieron novios, se casaron con la aprobación de sus dos familias y poco a poco, avanzando sin detenerse a pensar hacia dónde se dirigían, fueron deslizándose por una pendiente cuyo conocimiento habría horrorizado a sus dos

familias, a muchos de sus amigos y, en general, a todos los que olvidan que los caminos del Señor son inescrutables. Pero no todos se negaron a participar en alguna ocasión del rito que permitía llegar de una manera tan sensible hasta el objeto del culto y siempre se contaba con cómplices adecuados, que se convertían de inmediato en adeptos, entre la gente de paso y los conocidos casuales.

Ahora, con la gozosa seguridad de quien conoce lo que va a ocurrir y permite que el conocimiento aumente su gozo aunque no pueda estar seguro de la forma que seguirá, después de tomar unas copas, han cenado con una de esas gentes de paso, están otra vez en la sala, y Liliana, tan discreta y casi tímida, tan pura e inocente unos años atrás, sin dejar contradictoriamente de parecer pura e inocente, representando con humildad y sentido de la obediencia el papel que le corresponde, no ha perdido ocasión de mostrarle al invitado su necesidad y su voluntad de seducirlo, aparentemente, además, con la aprobación de Arturo. Nadie debe predecir la forma en que, sirviéndose de los sentidos para alcanzar un designio más alto, va a tomar la expresión del amor.

Con los brazos a ambos lados de la cabeza, las indescifrables manos de Liliana, que tantas veces se juntaron sobre su pecho en un gesto de recogimiento con la sensación de llevar en su interior a la Divinidad después de recibir la comunión, descienden para recoger el negro pelo que lleva prendido con un broche tras la nuca y cae luego, suelto y brillante, multiplicando sus reflejos, sobre su espalda desnuda. Enrolla el pelo en una gruesa y floja trenza, se suelta el broche y prende el extremo de la trenza en lo alto de su cabeza. La casi divina pero a pesar de todo humana perfección del óvalo de su rostro es más evidente aún. Porque está en el mundo su contemplación puede

provocar el abandono del mundo, el olvido de todas las mezquinas reglas y exigencias con las que se pretende mantener un orden ficticio dentro del que sólo se afirma la egoísta pero fugaz voluntad de preservarse en sí mismo. En cambio, el rostro de Liliana es el mismo rostro al que su conducta no toca y que todos los asistentes a su boda admiraron cuando, vestida de blanco, exaltada de antemano por el cercano sacrificio de su persona a Arturo, avanzaba por la nave de la iglesia conducida por su padre hacia el altar donde la esperaba su futuro esposo. El cuello levanta ese rostro sobre sus finos hombros, cuyo dibujo se muestra al permitir ella que sus brazos descendan. Se echa hacia atrás, apoyando la cabeza en el respaldo del sillón, cierra los ojos y hace descansar sus manos sobre sus muslos. Lleva un vestido largo, de lana roja, que le ciñe el cuello y deja sus hombros, sus brazos y su interminable espalda desnudos. Calza sandalias. Con un suspiro, como si de pronto estuviera cansada de mantenerse en su propia belleza, de la que alguien le ha dictado que la sirva y que se sirva y que, junto con Arturo, el invitado no ha dejado de admirar desde que llegó a la casa, estira las piernas hacia adelante, levanta los pies del suelo y los contempla, ceñidos por las sandalias que acentúan su perfección sin mácula. Arturo la vio hacer ese mismo gesto cuando todavía eran novios y fue como un primer indicio, que ella misma desconocía, de la exigencia que se les impondría después y los convertiría en servidores de la secreta divinidad cuya forma se muestra en la figura de Liliana.

En tanto, ella ha vuelto a poner los pies en el piso. Sus actitudes, sus miradas, sus sonrisas, son una cascada por la que desciende sobre sí misma, se remonta de nuevo a la altura y vuelve a despeñarse. Ha encontrado el papel que ama, lo representa y de tanto amarlo no es más que el papel que representa, aunque en el lento aprendizaje

realizado junto con Arturo y en el que nunca dejó de tener importancia la sorpresa ante sus propias sensaciones, siempre se le impuso la exigencia de perfeccionarlo. A través de ese papel, Liliana revela a otra Liliana a la que ella misma no puede poseer y se le entrega a Arturo, del mismo modo que le entregó su rendida sorpresa y su deslumbramiento ante las posibilidades que abría esa rendición cuando hicieron el amor y nunca pudo, desde entonces, oponerse a la obligación que ella misma se imponía de ser siempre algo nuevo que debería rendirle a Arturo.

Casi frente a ella, Arturo la contempla desde su sillón, inmediata y al mismo tiempo intocable, como lo es todo cuadro, admirado por lo que el cuadro muestra en esta ocasión y a la expectativa. También él se reconoce en su placer por la actitud de ella. Como todo nuevo conocimiento que nos llega desde un origen inexplicable para las reglas de la razón, ese conocimiento lo perturbó cuando la conducta de Liliana le permitió tenerlo sin que tampoco supiera cómo oponérsele dado que, en tanto conocimiento, también lo enriquecía, hasta que el amor de ambos creó la contradictoria constelación que forman. Arturo ya sabe que sólo hay que contemplar a Liliana y esperar para que el milagro en que todo se afirma a través de su negación, se produzca. Ella es siempre la misma porque ha elegido no ser nadie más que aquella en que la convierten. La diferencia se encuentra en la imprevisible variedad de la forma que toman los sucesos dentro de una repetición que conduce siempre al esperado término. El invitado mira también a Liliana. Su confianza permite suponer que se le ha elegido correctamente. No dudará en obedecer al llamado. Los ojos de Liliana han ido de Arturo a los del invitado sin permitir que sus miradas coincidan más de un instante. La fugacidad en la que se afirma su huidiza naturaleza crea el lenguaje que le pertenece a Liliana.

Luego, ella se inclina hacia sus pies. El trazo de la columna apenas se dibuja en la incitante piel de la larga espalda curvada. El pelo recogido en la gruesa trenza deja ver su cuello. Sus manos descienden, desabrochan las sandalias y liberan sus pies. Cubierta con el vestido rojo, está desnuda. Desde que empezó a descubrir los resortes secretos del papel que podía representar siempre está desnuda. La negación exterior de su propia integridad tiene el mismo carácter que su pureza interior. Liliana y Arturo llegaron juntos a este convencimiento. Ahora, los pechos de ella se insinúan bajo la roja lana rematando en el evidente llamado de los pezones. Más allá de la axila, el vestido, descubriendo todo el flanco, deja entrever también el principio de la firme curva de los pechos. No oculta: revela. Y Liliana levanta la falda hasta arriba de sus rodillas, sube los pies al asiento del sillón y las rodillas en alto permiten que la falda resbale por sus muslos.

—¿Qué hacemos? —pregunta ella, con la misma voz límpida y cristalina.

Pero no se dirige a nadie. Su voz no se ha apartado de su cuerpo; es sólo a su cuerpo al que ella le habla. Nada más lo tiene a él para fascinarse y fascinar. Se pone de pie, suspira de nuevo y levanta los brazos para arreglarse supuestamente el peinado. Esbelta y alta figura descalza y vestida de rojo. La memoria de Arturo viaja hacia atrás y lo lleva a recuperar el súbito placer que sintió al ver a Liliana hacer ese mismo gesto en una playa cuando era evidente que un desconocido llevaba un largo tiempo observándola con admiración. Entonces Liliana todavía no entraba por entero a la recuperación de sí misma a través de su negación ni podía por tanto darse a conocer para él. Probablemente fue la continua fascinación de Arturo la que precipitó

los sucesos; pero lo importante es que ahora Liliana es Liliana, la misma que él viera con un casi increíble deslumbramiento ante su belleza en la casa de unos amigos comunes sin conocerla todavía y a la que los dos han ido luego descubriendo y construyendo juntos. El hueco de sus axilas, los pechos que se han levantado bajo la roja lana siguiendo el movimiento de los brazos, el torso que conduce a la frágil cintura, las caderas y las largas piernas de adolescente ocultas por la recta falda y los pies desnudos como los brazos, cuyas manos de largos dedos fingen ocuparse en la trenza que remata ahora los reflejos de su oscuro pelo en el austero peinado que enmarca la severa juventud y perfección de sus facciones, la definen como una pura contradicción.

Cuando camina, sus pasos son un motivo para exhibir la sensualidad de su inocencia y hacerla culpable. Se coloca tras del sillón en el que está sentado Arturo inclinándose hacia él, pone su cara junto a la suya y le pasa los brazos por los hombros extendiendo las manos sobre el pecho de Arturo.

—Ya no me quieres —dice, igual que cuando él la vio regresar a su lado después de bailar de una manera bastante escandalosa e inesperada para su antigua seriedad con uno de sus amigos íntimos que, al cabo del tiempo, tuvo que dejar de serlo.

Arturo se ríe, como cabría que Liliana lo esperara.

—Estás borracha. Ese reproche es la señal definitiva —contesta y la besa en la mejilla, aunque, al contrario que el invitado, también sabe que ese reproche es la señal del principio de otra cosa.

—Tal vez. Debo estar borracha. Pero también es cierto que ya no me quieres. Voy a poner un disco —insiste Liliana, como si su última

decisión estuviera motivada por el resentimiento que le produce la transformación en los sentimientos de Arturo.

El invitado parece estar muy cerca de una inesperada comprobación que justificaría el artificial desarrollo de todo lo que ha ocurrido desde su llegada. Al pasar por detrás de él en su camino hacia el tocadiscos, que se encuentra en la habitación contigua, Liliana, tan elegante y distinguida, tan segura de su papel de dueña de la casa al principio de la reunión y durante la cena, tan lejana en la inmediata comprobación de su belleza para cualquiera que la mira, le hace una ligera caricia en el pelo. Sus dedos, yendo hacia la cabeza del invitado como si actuaran independientemente, apenas se han detenido un instante en la nuca. El invitado ha echado la cabeza hacia atrás y luego se ha dado vuelta para mirar a Liliana; pero ella ya no estaba a su espalda. Arturo, que sigue atentamente todas las acciones de ella, advierte el gesto. Antes de dejar la habitación, ignorando al invitado que la busca con la mirada, Liliana le sonrío complacida a Arturo, irónica y cómplice, tal vez también cruel en la perfecta seguridad de su conducta. En el acerado relámpago azul de sus ojos hay una malicia sin fondo.

Esos ojos no han cambiado nunca. Eran los mismos cuando expresaban un tímido recato que ahora, cuando no pueden dejar de acentuar el inaceptable propósito de las acciones de Liliana. Del mismo modo que el pelo negro enmarca el óvalo de su rostro sin edad en el que la ternura o la crueldad tiene el mismo origen, los ojos afirman su voluntad de renuncia a asumir cualquier responsabilidad en su malicia y su inocencia.

El sonido de la música llega hasta la sala. El invitado y Arturo esperan a Liliana sin hablar. Lo único que pueden hacer es esperarla a

ella. Al entrar otra vez a la habitación, Liliana apaga al pasar la luz de la araña que pende del techo. Entre la conservadora seriedad de los muebles de la sala, el tipo de música que Liliana ha elegido para que los acompañe en una reunión más o menos formal es arbitrario. Pero ya todo es arbitrario. La distinguida forma de moverse de Liliana no ha cambiado; sin embargo, ella está envuelta por el sonido que llega del tocadiscos y se disimula a sí misma en él. No podría asegurarse si sus ojos son azules o grises, si su mirada es grave o risueña. Tampoco quién es ella con su alta frente, el perfecto dibujo de las cejas, la nariz recta y los labios delgados en los que una ligera sonrisa hace aparecer unos hoyuelos en sus mejillas cuando, de pie frente al invitado, extiende el brazo hacia él y su larga mano, en cuyo dedo anular se advierte su anillo de matrimonio, gira poniendo la palma hacia arriba.

—Vamos a bailar —le dice al invitado sin sonreír ya.

El invitado se vuelve un instante para mirar a Arturo; pero éste evita el encuentro con su mirada. Las decisiones le pertenecen a Liliana. El invitado se pone de pie. Liliana le ordenó a los sirvientes que se retiraran después de servir las primeras copas. Las tres figuras pueden confiar en la absoluta intimidad de la sala a media luz, pero el aspecto de la pareja solitaria entre los muebles no puede dejar de considerarse impropio. Liliana baila con los ojos cerrados, perdida en sí misma y en sus propias sensaciones, sin renunciar a su distante elegancia al seguir el ritmo marcado, envolvente, de la música. Muy erguida, su cara se apoya primero en la del invitado y luego se refugia casi en su cuello. Liliana, que se adora a sí misma, tiene que hacerse adorar; pero en su carácter extravagante la escena es tan incongruente que no puede dejar de tomarsele como una pura representación. Y en efecto, Liliana representa, adopta el papel de una Liliana cuya

conducta no responde a lo que puede esperarse de ella; pero al representar no puede hacer más que exponerse a sí misma. Todo es provocación. De la exhibición se pasa al ofrecimiento y ella se entrega a la seriedad de su juego, alimentado al principio de lo que podría considerarse humor e ironía. Sin embargo, la representación ha abierto el camino: ahora todo está permitido. El invitado ya no disimula su deseo por Liliana y ella puede fingir que no le queda más remedio que aceptar sus avances, mientras su marido, el dueño de la casa, los mira sin moverse de su sillón. El espacio que la pareja y la mirada de Arturo establecen no existe en ningún lugar: es parte de un sueño prohibido y, simultáneamente, hace posible la realización de ese sueño. Pero su auténtico significado no se puede descifrar. Como todos los sueños sólo puede considerarse un suceso. Nadie puede verlo desde afuera. Para existir nada más cuenta con sus protagonistas y las acciones de éstos los niegan como lo que se supone que son fuera del sueño.

El brazo derecho del invitado ciñe a Liliana contra su pecho y su mano se extiende, ávida y casual, sobre la piel desnuda de la espalda de ella. La mano izquierda cubre la derecha de Liliana y logra muchas veces que el dorso roce el pezón que se marca cada vez más bajo el vestido. Hubo una época en que Liliana no hubiera sido capaz ni siquiera de imaginar que algo de lo que está ocurriendo fuera posible y sin embargo, su placer y la afirmación de sí misma a través de él se halla ahora en despertar ese deseo que, algún día, con la complicidad de Arturo en tanto depositario también del homenaje encerrado en ese deseo, descubrió como el indispensable alimento de su amor, el amor que le pertenece a los dos, a través de la fascinación y el deseo de los otros, los que están fuera de ese amor y sólo pueden verla a ella desde su independencia, transformándola a través del poder de sus acciones. Así pues, sigue ofreciéndose desde una pretendida irresponsabilidad

ante todo lo que ocurre, como si el supuesto carácter indefenso de su actitud la obligara a ceder y bastara con querer tenerla para lograrlo. Pero Arturo que los mira y ella que reconoce sus sensaciones, las mismas que al despertarlas en los demás le despiertan a ella y de las que Arturo participa a través de la mirada, saben que el deseo no tiene dueño y siendo intercambiables sus corrientes encuentran siempre su meta. Los dedos de Liliana no han dejado de acariciar la nuca del invitado. En la media luz, la canción está cerca de terminar. Dueño de la justa precisión de sus gestos, Arturo se levanta. Al pasar junto a la pareja que tan impropriamente baila casi en el centro de la sala, Liliana aparta la mano del cuello del invitado y se la tiende a Arturo, con el dorso hacia arriba y los largos dedos apenas flexionados. La absoluta distinción de la mano de Liliana. La ha acompañado siempre como un signo de lo que no puede dejar de ser. Arturo besa esa mano.

— ¿A dónde vas? — pregunta Liliana sin dejar de bailar.

— A buscar una copa — contesta Arturo.

— Sírvenos a nosotros también — pide Liliana.

El invitado no parece haber escuchado esa breve conversación ni haber advertido el gesto que Liliana hizo a sus espaldas. Tal vez mientras bailaba Arturo se había hecho inexistente para él, quizás esa ficción también es indispensable. La máxima atención exige un minucioso disimulo: los actores nunca miran al público que los contempla o siempre logran que su mirada no se advierta. Las palabras cruzadas entre Liliana y Arturo desde el más radical conocimiento de sí mismos flotan sin meta, como si la fácil naturalidad con que se dicen y se escuchan mientras lo que ocurre es incongruente para todo aquel que no sea su protagonista, las despojara de todo sentido y la

ceremonia que se realiza impusiera el silencio, fija en sus diferentes instantes como un solo cuadro vivo cuya continuidad nada más fuera posible a través del olvido de cada uno de los inmediatamente anteriores y hasta la música resultara superflua.

Sin embargo, cuando Arturo vuelve después de servir las copas, Liliana ha puesto los brazos alrededor del cuello del invitado y éste tiene las manos en la espalda de ella. La unión de sus cuerpos en ese estrecho abrazo excluye a Arturo de la escena. Él ya sabe que ni siquiera puede tener la seguridad de que Liliana lo tiene presente en ese momento; pero se sienta otra vez y mientras toma pequeños sorbos de su copa puede ver el cuerpo de Liliana envuelto en su vestido rojo apoyado en el del invitado en tanto las manos de él acarician la espalda de ella recibiendo en las palmas la silenciosa respuesta de esa piel delicada, tan sensible e inagotable. Liliana es la revelación de la belleza como una mera apariencia, sin más carácter que el que muestra cada uno de sus gestos. Arturo vigila la tensa y concentrada expresión de la cara de ella cuya boca se entreabre en el cuello de su pareja mientras sus ojos permanecen cerrados y los párpados tienden ese velo que la aísla en sí misma entregándola como una pura exterioridad.

El invitado ha asumido su papel y ya no busca ninguna comprobación en Arturo, más allá de todas las normas de conducta, con su propia identidad disuelta en la fascinación, olvidado de que se le recibe en la casa por primera vez y sólo unas cuantas semanas atrás Liliana y Arturo le eran totalmente desconocidos, nada más atiende al placer que Liliana parece dispuesta a darle sin ninguna restricción. Es algo inesperado, pero su misma intensidad anula toda capacidad de juicio. La realidad de la promesa se impone sin pedir ninguna autorización. Arturo mira la larga espalda desnuda sobre la que se

extienden insuficientes las manos del invitado, advierte el placer con que Liliana recibe la excitación que ha despertado en su pareja y no puede dejar de pensar una vez más y por un breve instante en cuál es su papel si es otro el que representa ahora el que naturalmente le corresponde a él con Liliana; pero ya nada es natural cuando puede ver, sin pretender evitar su contradictoria emoción, que el invitado ha dejado también de ser él mismo, asumiendo sin proponérselo su papel en el rito, aunque si, en efecto, es un rito, Arturo no podría especificar cómo ha ido constituyéndose su forma cuando la libertad del deseo que encarna en la figura del otro lo hace siempre imprevisible y sólo permanece inmutable la disponibilidad de Liliana. Él no puede hacerla responsable de esa disponibilidad y sabe que tampoco puede culparla a ella. No hay inocentes ni culpables. Liliana ya no es la misma que cuando iniciaron su relación y no obstante jamás ha dejado de ser la misma porque todas las posibilidades y contradicciones que fueron descubriendo juntos, mientras su escandalosa conducta hacía cada vez más pura su belleza, se encontraban en ella desde el principio, del mismo modo que él ha tenido que aceptar que, más allá de todos los calificativos despreciables que puedan poner sobre su persona, sólo quiere a Liliana tal como ahora sabe que es, tal como ahora los dos saben que son en tanto pareja que sólo encuentra su auténtica posibilidad de unión al negar los principios que los definen como pareja.

El disco termina. Liliana se desprende del abrazo del invitado como si al callar la música lo olvidara por completo, dejándolo a un lado igual que a un campo al que no supiera cómo había entrado. Sin embargo, el invitado está todavía de pie frente a ella. Liliana suspira, levanta los brazos para arreglarse supuestamente el peinado, alta, joven, esbelta, desconcertante en su independencia de todos y hasta del

espacio en el que se encuentra, y le sonríe a Arturo. Luego deja caer los brazos, camina y se sienta en las piernas de Arturo apoyando la cabeza en su hombro.

—  No est s enojado? —le susurra al oído.

—  Deber a estarlo? —pregunta a su vez Arturo.

—No lo s e; tal vez sí. Me est  gustando mucho —agrega todavía Liliana.

El invitado se ha sentado también. Liliana toma su copa, bebe y mira al invitado que no ha dejado de observarla. Es imposible definir el escenario y la escena. Ya no est n en ningún sitio. La sala de la casa de Liliana y Arturo ha dejado de ser la sala. Los tres figurantes no son más que eso: figurantes y no obstante la intensidad de lo que ocurre, al despojarlos de su identidad habitual, la que les permite reconocerse a sí mismos dentro del mundo en que se mueven comúnmente, les da otra radiante realidad que no pertenece más que al instante.

Vestida de rojo, sentada en las piernas de Arturo, frágil y necesitada de protección, con el pelo negro, los ojos azules y los labios delgados, Liliana mira al invitado como si de pronto quisiera liberarse de su poder; pero luego sonríe entre maliciosa y soñadora y le pide que ponga otro disco. El invitado sale de la sala. Liliana deja las piernas de Arturo y va a sentarse en la cama turca que ocupa una de las esquinas en el recargado espacio de la habitación. Sobre la pequeña, redonda y baja mesa colocada al lado, junto a la lámpara con su amplia pantalla, hay un espejo ovalado con un marco y un largo mango de carey. Liliana lo toma y lo coloca frente a su cara. Liliana mirándose al espejo. Parece tener que reconocerse en su reflejo. Sin verla, Arturo sabe cuál

debe ser su expresión porque la ha encontrado muchas veces en el espejo del tocador que está en su cuarto cuando ella termina de inspeccionar su arreglo y buscando el reflejo de él en el mismo espejo le pregunta inevitablemente si el vestido que lleva, siempre demasiado atrevido desde hace bastante tiempo, le parece adecuado. Pero ahora Liliana no se ocupa de Arturo. Deja otra vez el espejo en la mesa, cruza las piernas, pone una sobre otra sus largas y delicadas manos en su muslo y se queda mirando sin ver hacia el frente, perdida en lo que tal vez sea un lejano recuerdo o un puro e inconmensurable vacío interior: imagen de la distancia que se ofrece a la contemplación desde su indiferencia. Podría simularlo tan sólo pero también parece haberse desprendido en efecto de todo lo que ocurre y puede ocurrir para adentrarse ante Arturo en la neutralidad de su presencia y poner toda intención en los otros, haciéndolos culpables de cualquier abuso que se cometa contra su indefensa figura.

La música vuelve a escucharse y el invitado entra de nuevo. Mira alternativamente a Liliana y Arturo. Tal vez sea fácil saber ahora quiénes son ellos; pero ese conocimiento no anula sino que acentúa el poder de Liliana sobre él. La sonrisa que apenas se insinúa en los delgados labios de Liliana pero basta para empezar a señalar los infantiles hoyuelos en sus mejillas y brilla en sus ojos azules crea una distancia entre ella y los que la miran y no anuncia nada. El poder para tomar cualquier decisión parecer haberse puesto sólo en los dos hombres. Sentada en la cama, aparte, dueña de su belleza, sólo femenina e irresponsable, cerrada en sí misma, imprevisible, haciendo del capricho una regla, Liliana ya no es de nadie y por eso sólo de su cuerpo es de quien puede esperarse todo. Arturo tiene el lento develamiento del significado que ella ha puesto en su figura a través del recuerdo de muchas de sus acciones, aunque en este momento ella

no sea más que la realidad de su presente. Pero al invitado le basta con lo que ha ocurrido esa noche desde que, al saludarlo cuando entró, Liliana lo besó inesperadamente en la mejilla acercando su boca a la de él hasta casi rozar sus labios. Se sienta cerca de Arturo y los dos beben. Liliana sigue mirándolos sin dejar de sonreír. Tal vez se burla de sí misma. Si afirma algo, su sonrisa sólo puede decir que está a la expectativa. No se representa un papel incongruente sin que todos los sucesos alrededor resulten también incongruentes y la realidad no responda a ningún orden, aunque, si se pensara en ello, se descubriría que ése es el verdadero carácter de lo real. Sólo cuando cada quien muestra lo que el deseo hace de él puede esperarse una respuesta coherente, pero su carácter siempre es instantáneo y vuelve a disolverse de inmediato.

—¿Tú no bailas? —le pregunta al fin el invitado a Arturo, casi como una forma de provocación.

Si éste respondiera afirmativamente y se levantara a bailar con su esposa la posible provocación implícita en la pregunta del invitado se desvanecería, todo se convertiría en un mero malentendido un tanto ridículo por parte suya, cada quien volvería a ocupar su lugar, los sucesos ocurridos resultarían un tanto excéntricos y desconcertantes pero estarían dentro de los límites que permiten la flexibilidad de las normas, aun cuando la conducta de Liliana pareciera haber estado muy cerca de sobrepasar las fronteras que les otorgan la función de crear un sentido. Sin embargo, la respuesta de Arturo anula esa posibilidad.

—No. Yo los miro. Bailen ustedes —dice y esas palabras hacen aparecer una posibilidad dentro de la que ya nadie es más que aquello en lo que sus actos van a convertirlo.

Liliana lo sabe. Arturo acaba de afirmarlo una vez más para ella: tal como lo quiere ser, tal como le gusta verse y que Arturo la vea, sólo es el objeto del deseo. Quizás hubo una época en que pudo ir descubriendo cómo se producía esa transformación que invertía todo lo que estaba segura de representar hasta entonces; pero las sensaciones y emociones que Arturo compartía con ella, creando una aparentemente imposible unión entre los dos, impedían detenerse y volver atrás. La capacidad de lo imposible para convertirse en posible es más fuerte que cualquier otra, aun cuando su reinado exija una continua transformación dentro del que la única regla es la aceptación del azar. Si no puede concebirse como lo que ahora es al meditar sobre sí misma, también es cierto que Liliana tampoco sería capaz de aceptarse como lo que fue. El pasado es verdad en la misma medida que el presente o, sin que nada cambie por ello, los dos son mentira. Sólo importan los hechos en el momento en que se producen. El rapto y el éxtasis pueden encontrarse igualmente en una dirección o en su opuesto. Pero en el centro, sin rumbo ni meta fuera de su propia existencia, arriesgándose continuamente a sí mismo, tanto Liliana como Arturo encuentran, desde la separación que lo hace uno solo, a su amor. Extraña contradicción. Para probarla no se cuenta más, no puede contarse más, que con lo que ocurre.

Después de escuchar a Arturo, el invitado se dirige hacia Liliana y, sin decir nada, extiende el brazo invitándola a bailar.

Liliana obedece: no puede hacer otra cosa: su misma distancia le ha impuesto la obligación de obedecer y, además, tiene que hacerlo para satisfacer su curiosidad ante ella misma y ante la que sabe que existe en Arturo. Sin esa curiosidad tal vez todo entre ellos hubiera seguido el camino de lo previsible y sería diferente, pero tampoco

conocerían la incesante recuperación de lo imposible en el seno de lo posible y la vida no tendría otro sentido ni correspondería a otro signo que el que cabía esperar cuando los dos se conocieron y ella estaba tan cerca de las monjas, confiaba en su fe y desconocía su cuerpo, ese cuerpo siempre culpable por el mero hecho de ser un cuerpo ante el que él conoció el deslumbramiento provocado por la unión entre su inocencia, su límpida capacidad de entrega y la pureza que ahora confirma como el mismo candor y la misma belleza revelados a través de la malicia y la impureza que afirman su capacidad de entrega.

Flexible y esbelta, solitaria, creando a su alrededor una zona intransitable dentro de la que sólo tiene lugar su figura vestida de rojo, Liliana abraza al invitado. Ya no se separarán más. Cuando la música calla, entre canción y canción, aunque Liliana abre los ojos, ella y el invitado permanecen abrazados, las manos de ella en el cuello de él, las de él en la espalda de ella. En esa etapa del largo camino que empezaron a recorrer desde que el invitado entró a la casa, Liliana ya no sólo provoca su deseo: lo desea también, sin ningún ocultamiento y su deseo es una manera de tocarse a sí misma, de llegar hasta sí misma, como si sólo en el deseo encontrara la verdad sin ninguna definición posible que toda su apariencia revelaba aún antes de que empezara a buscarla y, sin poderlo evitar, se le entregara también a Arturo, creando esa zona inimaginable en la que es más suya que nunca cuando empieza a dejar de ser suya.

En la penumbra de la sala la doble figura de la pareja es una sola. Arturo puede ver a Liliana besando al invitado en la boca. La silueta de las dos cabezas unidas se dibuja nítidamente. Liliana se pierde en el beso. Su boca, sensual unas veces, obstinada otras, incluso capaz de evocar una lejana infancia cuando sonrío entrecerrando los ojos y trae

al presente a la niña con el uniforme de su escuela que sólo conocía la emoción que le despertaban los impuestos sentimientos religiosos de los que tanto ha hablado con Arturo encontrando una escandalosa correspondencia entre ellos y su actual capacidad de abandono en busca de un raptó cuyo carácter tiene que estar fuera de la normalidad, le pertenece al invitado. Arturo conoce también esa capacidad de olvido que antes hacía inimaginable el recato de la rigurosa conducta de ella y sólo se mostraba, más allá de la voluntad de Liliana, en la inesperada malicia de algunos de los súbitos estallidos de risa a los que apoyaban el acerado brillo de sus ojos azules. Se rió de ese modo después de que Arturo la besó por primera vez y justo antes de que, un día después, intentara hacerlo de nuevo. Pero no es a Arturo al que Liliana besa ahora. Redescubriendo el sentido del tacto, perdiéndose en él, una mano del invitado recorre lentamente la piel de Liliana, deja su espalda y empieza a acariciarla en el flanco, bajo la axila, donde el vestido rojo permite ver el principio de la curva de su pecho. Enseguida, la mano se pierde bajo el vestido. Liliana se estremece ligeramente. Arturo puede reconocer de inmediato su reacción. Se ha convertido en el objeto del placer del invitado y su propio placer se encuentra más en el hecho de sentirlo perdido en lo que pueda hacer con el sumiso cuerpo de ella que en lo que recibe de él. Pero la mano se mueve bajo el vestido como si necesitara conocer cada una de las sensaciones que puede provocar en Liliana y Arturo ve cómo ella lo besa en el cuello y vuelve a buscar su boca sin abrir en ningún momento los ojos.

El disco termina. Liliana tarda un instante interminable en separarse de la boca del invitado, de su abrazo, de la mano que acaricia su pecho bajo el vestido. Cuando al fin lo hace, está como perdida, ausente, sin saber dónde se encuentra. Sus ojos azules buscan a Arturo.

Lo mira de un modo inexpresivo, distante, como si no pudiera explicarse su presencia ahí. Pero enseguida sonrío y parece entrar a sí misma a través de su sonrisa. Es de nuevo Liliana, la que no ha podido, no ha querido renunciar a nada de lo que, a partir de su relación con Arturo, ha ido encontrando en su necesidad de seducir y su capacidad para olvidarse de sí en esa necesidad. Su sonrisa ya es maliciosa y un tanto irónica al volver a mirar a Arturo y alzar los brazos hacia arriba en un gesto de alegre abandono y absoluto reconocimiento de sí. Ella es la única dueña de su esbelta figura. Baja los brazos, se encoge de hombros, orgullosa y avergonzada de sí misma, y deja la habitación. Está ligeramente despeinada, pero sus movimientos no hacen más que afirmar la seriedad y el recato que toda su conducta acaba de negar.

La música regresa. Sin embargo, Liliana no entra de nuevo a la habitación. El invitado, que se había quedado en el centro del cuarto, sin mirar a Arturo, ha ido a sentarse en un sillón casi frente a él. Arturo es ahora otra persona cuya existencia en él nunca supuso el invitado al conocerlo poco antes. Le habla con una súbita necesidad de encontrar una explicación para su conducta.

—No te entiendo —dice—. ¿Qué esperas? ¿Qué quieres ver? ¿Siempre es así? ¿Es necesario para ti todo esto?

Arturo podría intentar una larga explicación. Cuando se casaron, Liliana ni siquiera había aceptado usar nunca un bikini. Se compró uno durante la luna de miel después de la primera noche que hicieron el amor cuando durante todo el noviazgo nunca había permitido más que Arturo la besara y le hiciera unas cuantas limitadas caricias. Hicieron el amor a oscuras y sólo después Arturo insistió en que le permitiera prender la luz para verla desnuda. Liliana se dejó contemplar y luego sus ojos azules acompañaron a sus labios en la sonrisa que

transformaba su cara y podía llegar a convertirse en un breve estallido de risa, como ocurrió en esa ocasión antes de que ella se acercara a Arturo y ocultara su rostro en el hombro de él. Fue desconcertante para Arturo descubrir cuánto le gustaba a Liliana exhibirse y cómo su belleza se acentuaba apenas se sabía observada y la mirada de los otros parecía revelarla ante sí misma. A partir del desconcierto, Arturo aprendió también a mirarla siempre. Aceptó la fascinación que sentía al verla bailar con algún amigo. Los vestidos de ella fueron haciéndose cada vez más atrevidos y sin que ninguno de los dos se lo confesara al principio, Liliana vigilaba a Arturo para comprobar si aceptaba su conducta mientras él la vigilaba a ella para sorprender esa conducta, turbado a veces y sin poder evitar que las objeciones que podía hacerse aumentaran su emoción ante la posibilidad de contemplarla. Resultó difícil, cuando no imposible, conservar algunas amistades. Empezó la búsqueda de meros conocidos. Liliana en la playa cuando Arturo observó que se había quitado el sostén del bikini y acostada sobre la arena apoyaba los codos en ella y levantaba el tronco para que, enfrente, un desconocido pudiera mirarle los pechos. En una cena íntima, avisando ante la sonrisa escéptica o turbada de varios de sus amigos que iba a desnudarse, poniendo un disco y haciéndolo casi por completo antes de que una amiga la cubriese con un abrigo, reprochándole después a Arturo que no se hubiera dado cuenta de que Liliana estaba borracha. Pero beber no era más que un pretexto para precipitar las cosas. Los dos lo sabían perfectamente. Liliana nada más fingía que estaba borracha la noche en que, después de verla bailar con uno de sus amigos, Arturo entró a una habitación del departamento en el que estaban y la encontró semidesnuda en la cama besando a su pareja. Vio a Arturo y no se inmutó. Él cerró la puerta del cuarto, quedándose adentro. Su emoción debe poder encontrar las palabras que la expliquen y la justifiquen, aun cuando para ello, si se quiere

evitar la fácil definición que tiene un nombre para toda forma de deseo que no se coloca dentro del marco de las costumbres establecidas, tenga que forzar y transformar el sentido habitual de las palabras evitando al mismo tiempo hacerlas incomunicables. Pero Arturo sólo responde muy breve y precisamente a las preguntas del invitado.

—A ella —dice—, sólo quiero verla a ella, bajo todas las miradas posibles.

—No puedo entenderte. ¿Es el placer de arriesgarla? —insiste el invitado.

—Tal vez eso sea necesario, pero no es lo que importa —contesta Arturo—. Es sólo para verla. A ella. Verla como si yo no existiera y encontrarla siempre desde un nuevo principio.

—¿Y yo? —pregunta el invitado.

—¿Podría responderte? Yo no tengo palabras ahora. Eres el tercero. El que recibe la donación. Siempre es posible rechazarla —contesta Arturo.

—También puedo pensar que ella quiere estar conmigo —dice el invitado.

—Y sería verdad, por supuesto. Ella sólo puede querer estar contigo. Es también una de sus maneras de estar conmigo.

Entonces, por la otra puerta de la sala, aparece Liliana, sobrepasándose a sí misma, gozando de antemano con el carácter inesperado de su aparición, y se queda de pie en el marco de la puerta, con los ojos azules animados por una irreprimible alegría que

transforma la severa perfección de sus facciones dentro del preciso óvalo de la cara enmarcado por el negro pelo que ella misma se ha echado hacia arriba, feliz ante la sorpresa del invitado, ajena a Arturo y segura de su complicidad.

La luz de la habitación contigua la ilumina por detrás, recortando su silueta en el espacio creado por el marco de la puerta, deteniéndola en el umbral de la semioscuridad de la sala. Instante perpetuo desde donde la miran y la admiran Arturo y el invitado. Por un momento, en ese preciso momento, el tiempo tiene la inmovilidad y la vida que se unen y se contradicen en un cuadro.

Liliana le ha dado vuelta a su vestido y el escote que antes desnudaba su espalda descubre por completo sus pechos, muy separados entre sí, con la rosada aureola en medio de la cual el pezón saliente es un continuo llamado hacia ellos: procaz revelación desnuda que no rompe el recato del rostro, la serena severidad de sus facciones y pone en la irresponsabilidad de su figura, afirmada en su descaro y su abierto ofrecimiento, un sello contradictorio e indescifrable. La natural fuerza de la sensualidad se pone al servicio de la perversión que la deforma y negando toda naturalidad entra al campo del espíritu cuando lo que se muestra es el poder de seducción de la carne.

Con los brazos caídos a ambos lados de su largo y esbelto cuerpo semidesnudo, imposible en la realidad de su aparición, con los flexibles dedos rozando apenas sus muslos, inmediata y única en la poderosa obscenidad de su presencia, Liliana se deja mirar durante un tiempo sin tiempo, que no avanza, que se vuelve sobre sí mismo y regresa a su figura. La gargantilla roja de su vestido, que antes detenía la pechera abrochándose en la parte posterior de su cuello, ahora es un collar que ciñe su garganta bajo la que desciende la fina línea de los

hombros, el suave trazo de las clavículas y la culpable desnudez de los pechos y luego cae la recta forma del vestido, como si ahora no fuera más que la irónica evocación de un estilo Imperio llevado hasta el extremo. Después, Liliana avanza unos pasos adentrándose en la sala donde están Arturo y el invitado.

La conversación que ellos acaban de tener no parece haber existido nunca. Al voltearse el vestido, Liliana ha hecho inútiles todas las palabras. Ningún ocultamiento, ninguna explicación, son necesarios. Conforme camina por entre los muebles de la sala, con los pechos desnudos, anunciando que su único propósito es provocar, entregándose a la contemplación de los otros, excitada y aparentemente ajena a la excitación que despierta, pero sin poder ocultar tampoco su satisfacción, el reconocimiento de que aceptará cualquier cosa que se haga con ella está implícito en el simple hecho de que ese vestido ya no protege su pudor sino que la abre a una total disponibilidad.

—Siéntate aquí —le pide el invitado cuando Liliana pasa a su lado.

—¿Dónde? —pregunta ella deteniéndose y mirándolo con sus límpidos ojos azules, como si, para sorpresa suya, ya sólo pudiera obedecer.

—Aquí —repite el invitado, señalando una esquina del amplio sillón en el que está sentado.

—¿Para qué? —vuelve a preguntar Liliana, como si ahora tan sólo quisiera retrasar un instante más lo que ya reconoce inevitable.

—Para tenerte a mi lado —dice el invitado.

—Podríamos bailar en vez de eso. No voy a terminar de entenderlos nunca —simula lamentarse Liliana.

—No importa. Quiero tenerte a mi lado —insiste el invitado.

—Allá ustedes —dice Liliana abarcando con su respuesta también a Arturo, aunque muy estrictamente el diálogo sólo se ha desarrollado entre lo que ella es ahora para el invitado y lo que el invitado reconoce que es.

Liliana mira un instante el sitio que ha señalado el invitado y obedece. Todo lo que ocurre después debería ser intolerable de mirar. Es imposible incluso aceptarlo como un puro suceso en el que nadie representa a nadie porque Liliana muestra con mayor precisión que nunca la intransferible realidad de su persona y el invitado sólo se sirve de esa realidad, a pesar de que la conducta de ambos parece transfigurarlos. ¿Cómo explicar la aparición de la intimidad más bella y secreta a través de una acción que contradice la existencia de esa intimidad? ¿Por qué entra Liliana a la más extrema y exteriormente delicada posesión de sí misma cuando lo que permite anuncia que ha renunciado a toda integridad? ¿Cuál es el secreto de esa figura tan naturalmente distante en su belleza física que, sin embargo, parece requerir de la violación de toda regla por parte de Liliana para mostrarse a través de esa misma belleza en toda su plenitud? ¿En qué mundo puede mostrarse y cómo puede mantenerse esa plenitud que revela la contradictoria verdad representada por la figura de Liliana? Sólo puede afirmarse que la total rendición de Liliana al invitado permite que su obediencia haga aparecer en ella la absoluta neutralidad y el poder que no se dirige hacia ningún fin utilitario ni obedece a más reglas que a la deslumbrante capacidad de imposición a través de los sentidos de la belleza física en la que todo se hace

inevitablemente manifiesto. El invitado le ha pasado el brazo por detrás de la espalda a Liliana, le ha tomado la barbilla con dos dedos y la ha recostado contra su hombro. Liliana se ha dejado hacer con una absoluta sumisión. Luego el invitado ha dejado la mano en el hombro de Liliana abrazándola, se ha inclinado hacia ella y la ha besado en la boca. Mientras, su otra mano acariciaba los pechos de Liliana, cubriendo uno de ellos por completo, tomando entre sus dedos un pezón y apretándolo, rozando apenas con el dorso de la mano el otro, usando los pechos como el campo sin fin de unas caricias incapaces de encontrar su propio fin.

Arturo los mira desde la más inalcanzable elevación, la que lo hace desaparecer y lo disuelve por completo en Liliana a través de la contemplación. No tiene ningún lugar en la escena, porque sólo su ausencia de sitio le permite presenciarla. Tal como puede verla, Liliana es ella desde siempre y desde nunca, cuando al negarla sus actos la afirman, cuando borra todo posible acceso a la Liliana que Arturo conociera antes de permitir que existiese esta Liliana y al mismo tiempo dejan a aquella Liliana fija para siempre, reconocible sólo para Arturo que la encuentra también en ésta. El beso se prolonga indefinidamente. Liliana se deja hacer y al mismo tiempo acaricia apenas la nuca del invitado. Tal vez en el arte; tal vez en el sueño... Pero las figuras sentadas en el sillón tienen una realidad absoluta y están en el tiempo, aunque su contemplación sólo parezca posible fuera de él.

Al fin, Liliana se levanta, apartándose del abrazo y las caricias del invitado. Pero ni la imagen ni la revelación que los dos hacían posible se ha roto. Si Liliana pudiera mirarse no se reconocería. Nadie más que Arturo puede reconocerla al mirarla en ese momento. Es otra y la

misma. Sólo sus movimientos prueban que el instante no es perpetuo y lo que acontece ocurre dentro de la vida. Las manos de Liliana suben hasta su cuello, se desabrocha la gargantilla del vestido y lo deja caer por su espalda, quedándose con el torso enteramente desnudo. El invitado la mira y la admira sin moverse. Desde su perfección y la voluntad de entrega de su propia belleza esa belleza parece hacerla intocable. Ella se vuelve un instante para ver a Arturo. Quizás quiere encontrar el camino que le permita mostrar que, a pesar de su olvido anterior, actúa para él; pero la búsqueda de ese camino sólo la precipita de nuevo hacia el olvido. De pie frente al invitado le toma una mano y hace que se levante. Sin embargo, no lo abraza, sino que, conservando una cierta distancia, sus largos dedos se tienden hacia la corbata del invitado, deshacen el nudo y se la quita. Igual que Arturo, sin moverse, el invitado la mira hacer. Mediante sus gestos Liliana lo pone a sus órdenes, anulando cualquier posibilidad de apartarse. Le quita el saco y luego, muy lentamente, empieza a desabrocharle los botones de la camisa hasta que también es posible desprenderlo de ella. La escena parece corresponder más que nunca a una ceremonia en la que cada acto está previsto y parecería totalmente irreal si no fuera por su absoluto carácter violatorio que hace aparecer esa otra esfera en la que todo es posible. Ahora, de pie uno frente al otro, tanto Liliana como el invitado tienen el torso desnudo. El disco ha terminado y el tocadiscos ha vuelto a funcionar automáticamente haciendo que se repitan las últimas canciones. Liliana se acerca al invitado y le echa los brazos al cuello; él la atrae hacia sí poniendo las manos en su espalda. Vuelven a bailar, con torpeza, guiados sólo ocasionalmente por el ritmo de la música.

Arturo los observa. Su mujer, el objeto de su amor, la revelación del amor a través de su imagen; su mujer, a la que ama y a quien le

pertenece y que le pertenece; su mujer, en la que se ha hallado a sí mismo y que lo representa; su mujer, a cuyo alrededor se agrupa toda la coherencia del mundo; su mujer, que vista en tantas otras ocasiones es la severidad y la inocencia, la rectitud y la elegancia; su mujer, que pertenece a una familia pudibunda y conservadora, que hizo alimentar a sus maestras la esperanza de que sería monja y siempre tuvo una conducta intachable, ha roto todos los límites que la definían y por eso representa la indiferente pureza de la belleza absoluta visible en su cuerpo, al que, sin embargo, el deseo dicta la procacidad de sus actitudes, gestos y movimientos. Manipulada a su antojo por el invitado, permite que éste empiece a bajarle más aún el vestido para acariciarle las nalgas. Cuando el disco termina, el vestido está a los pies de Liliana y deja ver sus breves calzones rojos. Es Liliana, en la sala de su casa, cubierta sólo por esos breves calzones que no hacen más que acentuar la resplandeciente desnudez de su cuerpo, una desnudez que porque es incongruente e inaceptable se afirma definitivamente como la pura desnudez. Desnuda de esa manera la presencia de Liliana transforma todo a su alrededor; pero para el invitado ella ya no es más que el disponible objeto de su deseo. Se inclina para despojar a Liliana del vestido que está a sus pies y Liliana sale de él con un fácil movimiento, como si se liberara al fin de algo que le estorba y ha perdido todo sentido. Con los ojos azules apenas abiertos y la mirada perdida, da un paso hacia adelante dejando la mancha roja del vestido en el suelo, parece buscar qué puede hacer lejos del abrazo del invitado y por último se deja caer en el sillón más cercano.

Arturo abandona la sala y se dirige al tocadiscos en la habitación contigua. Es una profanación ser testigo del uso que el invitado hace de la seducción de Liliana ante su propia belleza y de la entrega de esa belleza a la impersonalidad de un placer que se le impone; pero no

puede ni quiere evitarlo. Lo que sólo debe ocurrir en la soledad que crea cada pareja se convierte de pronto en el espectáculo de la vida abierto ante él y el objeto y la imagen de su amor, representando a la vida, se pierde y se encuentra más allá de sí misma en la vida y olvida su amor. Es un dolor y una exaltación. Porque ha perdido a Liliana la tiene más que nunca. Desde su pérdida nadie puede quitársela. Él sabe que la belleza no tiene dueño y sólo a partir de este reconocimiento Liliana puede ser suya sin perder su verdad en tanto belleza. Arturo se queda mirando el disco que gira en el tocadiscos. Una escena vulgar es el medio para provocar la aparición de lo sagrado. Incomprensible y humillante. En tanto, Liliana, su mujer, debe estar haciendo la puta. Arturo regresa a la sala.

Liliana y el invitado están bailando de nuevo, pero apenas se mueven ya. Es imposible seguir fingiendo que bailan. Se acarician sin ningún orden y han llegado al momento en que sus cuerpos sólo les piden ir más allá.

—Acuéstate —le ordena a Liliana el invitado.

—¿Por qué? —pregunta ella con su voz joven y clara, con un ligero tono de asombro, como si a pesar de todo lo que ha pasado y de que ella misma no parecía más que esperarla, la orden le sorprendiera.

La respuesta del invitado es la única posible cuando los actos no tienen más justificación que la fuerza que despiertan una vez que se ha obedecido al impulso que permite realizarlos.

—Porque sí —dice.

Ignorando por completo el regreso de Arturo a la sala, Liliana, sin ocuparse siquiera de apagar la luz de la lámpara que está junto a la

cama turca, se quita los calzones y obedece. Desnuda, tendida boca arriba en la cama, parece ignorar lo que espera. Su cuerpo indefenso se expone en toda su belleza. No puede evitar entregarlo para que se sirvan de él; pero acostada en la cama, con los brazos extendidos paralelamente a su cuerpo, las piernas entreabiertas, el negro triángulo del sexo haciendo más evidente e impúdica su total desnudez, que califica también a las perfectas facciones de su rostro, Liliana abre un instante los ojos y con una casi dolorosa dulzura su mirada azul, la mirada que sedujo a Arturo desde el primer instante en que tuvo oportunidad de conocerla, encuentra la de Arturo, que ha ido a sentarse al mismo sillón de antes.

El invitado termina de desnudarse y de pie junto a la cama mira detenidamente el cuerpo de Liliana. Ella vuelve a abrir los ojos. Como si actuara independientemente, su mano recorre muy lentamente su cuerpo. Luego cierra de nuevo los ojos y levanta el brazo tendiéndole la mano al invitado. El momento en que ella y el invitado estaban uno frente al otro en la mesa, a ambos lados de Arturo, y la conversación entre los tres tomaba los seguros cauces de lo conocido ha quedado desmesuradamente atrás. Su mismo carácter parece ahora absurdo. Lo que con toda seguridad ocurrirá muy pronto desnuda a la vida y la coloca en el centro de sí misma sin ningún disfraz, del mismo modo que, en su impersonal desnudez, Liliana y el invitado sólo podrán regresar al reconocimiento de sí mismos después de haber cedido a la fuerza a la que se han entregado y que los guía. Toda realización del deseo es un espectáculo, aun cuando no tenga espectadores; pero, además, en esta ocasión Arturo los mira. Él tampoco piensa en nada o, igual que Liliana y el invitado, no es dueño de lo que piensa porque, igual que a los otros también, sus sensaciones lo guían y no le permiten reconocer su propio pensamiento. Ausente de sí mismo, perdido en

una zona en la que es imposible habitar, de la que pareciera que no va a ser capaz de regresar nunca porque ha visto con una ardiente lucidez y una deslumbrante claridad la aparición de esa oscuridad total que para él también encierra la única verdad, una verdad sin nombre que le revela y le demuestra su propia lucidez al dejar de serla, no está excitado físicamente y sin embargo su propia mente, representando por entero a su cuerpo del que sólo utiliza el sentido de la vista, también le permite que se olvide de sí. Aunque no sea la primera vez que ocurre, siempre vuelve a ser la primera vez. La exaltación y la humillación, el amor y la ternura, el equívoco y la certidumbre alimentan a una sola intensidad que se sacia en sí misma. Los ojos que han dejado de ser suyos, que sólo hacen posible la radiante pureza de la oscura visión, miran a Liliana como no pueden verla cuando el deseo los pierde uno del otro; pero entonces la pareja sólo es posible en su negación como pareja, en el reconocimiento de una separación y una diferencia que debe mantenerse para que se imponga su voluntad de ser una pareja en esa pureza de la visión de la que uno es el objeto y otro el sujeto pero que absorbe todas las diferencias para unirlos más allá de sí mismos.

Sin embargo, tal vez, perseguir esa visión es inadmisibile y la realidad borra su pureza, la transforma ensuciándola con las exigencias que permiten reconocerla en tanto realidad por medio del marco de lo establecido. Y no es sencillo abandonar ese marco. Lo que ocurre a la vista de Arturo no puede describirse, está más allá de las posibilidades del lenguaje común porque sólo es el producto del mudo lenguaje de los cuerpos donde se realiza lo que no puede sustituirse por palabras cuyo significado esté fijo. El único testigo es la mirada de Arturo y su signo es el silencio. Si cerrara los ojos, Liliana y el invitado desaparecerían, pero aún a través de sus ojos cerrados él sabría que los

cuerpos de ellos seguirían existiendo y la mirada, en cambio, le permite participar de esa ceremonia en la que los oficiantes ignoran al espectador pero lo han aceptado antes de iniciar el rito dentro del que se pierden. Hay una inexplicable cercanía a través de la renuncia a sí mismo de él y su pérdida en esa fascinación de la mirada de la que Liliana no participa más que por medio del abandono de sí que la entrega sin que su voluntad intervenga.

Finalmente, Liliana deja escapar un corto grito. La respiración de ella y el invitado se confunden, agitadas, ansiosas, entre murmullos y suspiros. Ya sólo se trata de llegar a un término que se busca y se rechaza. Arturo puede verlo. Contempla un mundo que se desconoce, arriesgando que al volver a sí lo desconozca él. La piel de Liliana se ha hecho más tersa sobre las perfectas facciones del óvalo de su cara enmarcado por el pelo negro. Sus pómulos son más salientes; el hueco de sus mejillas es más profundo; la línea de su quijada más marcada; el cuello más largo y curvado. El arco de sus cejas, más allá del cual se extiende la amplia frente ligeramente abombada, se acentúa en un gesto de involuntaria concentración. Su boca entreabierta, anhelante, en la que se muestran con mayor claridad los signos del rapto y el éxtasis manteniéndose como si Liliana quisiera sostener sus sensaciones en una cima desde la que el equilibrio es imposible, permite ver los dientes. Luego Liliana deja escapar un quejido de asombro y enseguida un largo grito de dolor, de felicidad, de sorpresa, por el que su placer se despeña de la altura sin medida que había alcanzado mientras sus manos se aferran a la espalda del invitado. Todo se disuelve. Los movimientos del invitado se hacen convulsos y después los dos se quedan quietos, él sobre ella, ella bajo él. Las elegantes manos de Liliana resbalan por la espalda del invitado, abandonando el lugar en el que buscaban un imposible apoyo. Sigue

sin abrir los ojos. El invitado le dice algo al oído y ella mueve la cabeza afirmando. El invitado la besa en la frente, en los párpados que cubren sus ojos azules. Liliana adelanta sus delgados labios ofreciéndole su boca. Se besan y luego Liliana levanta un brazo doblando el antebrazo para colocar la mano bajo su cabeza de manera que el invitado pueda apoyar la suya en el brazo y quedarse con la cara contra la de ella. El invitado pasa lentamente, con un profundo cariño, una dulce ternura y una nueva confianza, una mano sobre el pecho de Liliana que su propio cuerpo no oculta. Liliana lleva su brazo libre hasta la cabeza de él y sus largos dedos acarician con el mismo cariño, la misma ternura y la misma confianza la nuca de él. Arturo siente un inesperado desamparo. Los gestos de ambos hablan de una intimidad interior de la que él está excluido. Se queda mirándolos desde la distancia que por primera vez se ha abierto entre él y ellos. Esa intimidad existe, pero Arturo tiene que permitir que se cree para conseguir, por encima o después de que se haya hecho posible, que Liliana regrese a su lado cuando él la ha visto como ni siquiera ella misma es capaz de hacerlo, de tal modo que la persona que traicionándolo aparentemente le pertenece a Arturo sólo a través de su desprendimiento está encerrada en Liliana y es más que Liliana aunque no tenga otra existencia que la que ella puede darle, la existencia que también hace posible que realice gestos que muestran que Arturo está excluido de la interioridad que los motiva. Pero también esta interioridad se hace visible a través del carácter exterior de los gestos. Se trata siempre de ir más allá de los límites, aunque existe otra posibilidad. El invitado podría intentar estar a solas con Liliana buscando repetir de otra manera lo que acaba de ocurrir. Arturo conoce la increíble timidez y la vergüenza que se muestran en Liliana al producirse ese segundo encuentro; pero si Liliana aceptara ver a solas al invitado el contradictorio atractivo de esa timidez y esa vergüenza podría también aumentar la intensidad de

las raras emociones que produciría un encuentro de ese tipo. Nunca ha ocurrido. La unión entre Liliana y Arturo también se ha fortalecido hasta hacerse indestructible a través del carácter de las emociones que los dos comparten. Pero siempre es posible. En el caso de que Liliana aceptara ese encuentro, el invitado pasaría a ocupar el lugar que Arturo parece haber perdido sólo momentáneamente. Sin embargo, si Liliana se quedara con él ya no sería Liliana, sino aquella otra en la que el invitado la convertiría. Quizás este acto podría considerarse una redención. Liliana se liberaría del lazo inadmisibles que ha ido creándose entre ella y Arturo cuando se salieron de todas las reglas a partir del mutuo descubrimiento de la necesidad de exhibirse y de seducir de ella y del gozoso consentimiento de él, al principio sorprendido de sí mismo en no menor medida de lo que le sorprendía encontrar a esa Liliana inesperada que más que a nadie lo mantenía a él prisionero de su poder de seducción. Redimida, tal vez Liliana podría volver a ser lo que fue antes de que Arturo la impulsara o simplemente le permitiera ser la que es ahora; pero eso sólo equivaldría a abandonar una posibilidad por otra que los dos ya habían dejado atrás mucho antes. La aureola de prestigio que había llegado a tener entre ellos la fiel observancia de una determinada conducta prohibida se desvanecería; sin embargo, Arturo sabe que ese prestigio ha sido creado por su mutuo descubrimiento de las exigencias que el carácter del mundo ponía sobre su amor. Ese amor los hace y en ese amor se encuentran, por su misma naturaleza excepcional e incommunicable nadie más puede entrar a él y ellos se perderían a sí mismos fuera del espacio que su relación crea. Para comprobarlo Arturo sólo tiene que volver a mirar a Liliana. Ella está ahí. Cubierto en parte por el del invitado, su cuerpo resplandece. Los dos parecen haberse dormido o fingen haberse dormido. Desnuda e indefensa como la vida, la figura de Liliana, abierta a la contemplación,

no tiene principio ni fin, como la vida. Liliana tiene que ser de todos porque no es de nadie y no siendo de nadie es como Arturo la siente suya. Los dos cuerpos en la cama, revelados por la luz de la lámpara que Liliana no se ocupó de apagar al obedecer la orden del invitado, forman el único posible centro de la sala y su arbitraria presencia en ella la llena de sentido, como si toda realidad tuviera que violentarse hasta obligarla a mostrar su lado contrario para poder alcanzar su verdadero carácter.

Arturo se acerca a la cama turca y besa la mano de Liliana. Ella abre los ojos. El ritmo de la respiración del invitado no ha cambiado.

— ¿Estás ahí? — pregunta Liliana con un sincero asombro en sus límpidos ojos azules.

De pronto, su actitud parece indicar que Arturo la ha sorprendido de una manera que ella jamás esperaba, comprobando un adulterio que debería haber ignorado siempre. Liliana hace a un lado el cuerpo del invitado, que todavía duerme o finge dormir, sale de la cama y enfrenta a Arturo exasperada, de mal humor, con un gesto de incredulidad en el rostro que se señala sobre todo en la manera en que arquea las cejas y cierra sus labios delgados y en el brillo de ira de los rasgados ojos azules, cuyo color se acerca otra vez al del acero.

— Vámonos de aquí — dice.

Deja la sala y entra a la habitación contigua sin recoger su vestido ni volverse a ver al invitado y una vez que Arturo la ha seguido, cierra la puerta. Mira a Arturo sin acercarse a él. Bajo la intensa luz de la habitación, su cuerpo desnudo, ajeno a la ira que se muestra en su rostro, tiene una belleza casi adolescente en la esbelta firmeza de sus

líneas y su indiferencia a la furia de ella crea una contradicción en la que se muestra la ambigüedad que la define al impedirle dejar de afirmarse por un lado y negarse por otro, resolviéndola como un continuo misterio en el que pierde toda unidad, encerrando y abriendo el indestructible secreto de la belleza que la habitaba aún antes de que ella empezara a usarla de una manera prohibida, guiada por su propia sorpresa y por el amor que descubría en Arturo.

—Tú tienes la culpa. Me empujas siempre —le dice a Arturo—. Yo no quería hacer nada, es el hecho de saber lo que tú esperas el que me obliga.

—Ya lo sé —contesta él.

—Pero no quiero que vuelva a pasar. Con nadie. El que debe evitarlo eres tú y en vez de eso, lo provocas. Me odio por ceder, porque no puedo explicarme lo que me pasa. Pero tú tienes la culpa. Yo no puedo dejar de seguir a alguien que me guía desde adentro y tú debes evitarlo.

—Muy bien. No volverá a pasar —dice Arturo divertido y totalmente seducido por la incongruencia de ella, tratando de disimular su exaltación ante esa nueva prueba de la realidad de su amor.

Liliana lo mira con incredulidad. Inconsecuente para ella misma, su ira es cada vez mayor por eso.

—¡Te odio! —dice.

Da media vuelta y deja también esa habitación; pero, una vez más, sus movimientos la niegan, como si para su cuerpo fuese

imposible tener una actitud que no naciera de él mismo y cualquier decisión que ella tomase aparte de los mandatos de ese cuerpo en el que se celebra y se encuentra su persona fuese borrada de inmediato por lo que dice la presencia de la figura en la que la decisión tendría que realizarse. Al volverse para salir, en el espacio vacío que deja su figura, se queda grabado el dibujo de su larga espalda estrechándose conforme se acerca a la frágil cintura, de sus delicadas caderas y de la ceñida curva de sus nalgas. Dejando ver por detrás su cuello, el negro pelo recogido parece cumplir la misma tarea que las piernas en las que milagrosamente se continúa el tronco: la desnudez de Liliana es una continua afirmación de su pureza.

Luego, el silencio invade la habitación en la que se ha quedado Arturo. Liliana debe haber apagado el tocadiscos. Y entonces, en esa súbita revelación del silencio creado a partir del término en la monótona repetición de las mismas canciones, aparece ella y se queda de pie en el marco de la puerta. Siempre en el marco de la puerta, en el centro de ella, como la única figura en un cuadro: revelación inmediata y distante. Pero, ahora, además, Liliana ya es otra.

—Me siento mal —dice—. No me entiendo. ¿Por qué hago esas cosas?

—No has hecho nada. Yo tengo la culpa —contesta Arturo.

Liliana lo mira sin saber si debe tomarlo en serio. Avanza unos pasos acercándose a él y se detiene. Cualquiera puede revelarla; pero nadie puede tocarla. Alza los brazos llevando las manos al broche con que ha asegurado su trenza en lo alto de su cabeza, dejando ver el hueco de sus axilas. Sus pechos se levantan ligeramente también. El triángulo negro de su sexo centra su desnudez. Se arregla el pelo, duda

un instante y deja el broche en su lugar. Sus brazos descienden. Su muñeca derecha toca apenas el muslo mientras la mano con los dedos extendidos se hace hacia atrás. El otro brazo avanza ligeramente hacia adelante como si la mano quisiera detenerse en un objeto inexistente. Mira a Arturo.

—¿Quién me ha enseñado a ser puta? —le pregunta con una mezcla de queja y de burla, desde el absoluto y alegre reconocimiento de su culpa y desde la no menos absoluta afirmación de la inocencia de su feminidad.

—Déjame abrazarte —pide Arturo, incapaz de contener la necesidad de sentir su cuerpo al cabo de tanto tiempo y de tantos sucesos porque todos ellos conducen hacia esa necesidad. Es cierto que al tocar a Liliana tocaría lo intocable que los actos de ella han hecho visible y palpable. Pero Liliana parece exigir todavía un ligero retraso más.

—Mírame antes —dice.

No obstante, inmediatamente después, se acerca a Arturo y le rodea el cuello con los brazos. Arturo ciñe su cintura y sube las manos por su espalda. Ella aparta la cara para mirarlo de frente. Sus ojos azules parecen oscurecerse al tiempo que relampaguean maliciosos. En todo su rostro se afirma la belleza que nada ha podido transformar nunca. La sensualidad de sus severos labios delgados es inexplicable. Su figura encierra algo eterno y fugaz. Habla con un matiz ingenuo e irónico, grave y ligero. Su clara voz expresa un lamento por su conducta y un velado reproche a Arturo por imponérsela, y tiene un tono en el que se revelan la complacencia y el abandono que anticipan y obligan a aparecer la falsa seriedad de todas sus facciones. Aunque si

alguien más que ellos pudieran escucharlas sus palabras serían escandalosas, tal vez atroces, ése es el mismo tono con el que un inalcanzable momento atrás y sin embargo en un continuo presente, ha dicho con voz cristalina y un acento intachable *I adore myself*:

—¡Qué humillación! —comenta—. ¡Todo el mundo que quiere me coge!

## Retrato

CAMILA nunca fue una muchacha como todas las demás. Su lugar de nacimiento era la primera señal de la que más adelante se convertiría en una definitiva singularidad. Por un significativo azar o si se quiere ser menos intencionado por un mero accidente, dio su primer alarido en Singapur, después de un larguísimo parto que puso a su madre al borde de la muerte. Camila parecía empeñada en no entrar al mundo. Más tarde, durante su adolescencia, cuando ya había escuchado muchas veces la historia sobre su original y difícil nacimiento, Camila murmuraría para sí misma y en algunas ocasiones se lo gritaría abiertamente a su madre, que el primer error de su vida fue no haber logrado matarla durante ese parto. Pero no hay que adelantar los acontecimientos, aunque Camila fue una adolescente tan bella que se quisiera empezar a describirla de inmediato. Sólo que entonces se tendría que pasar de una fecha a otra sin ningún orden porque Camila nunca dejó de ser la imagen misma de la belleza. Para contener esa tentación hay que adelantar por lo menos que, convertida ya en lo que se llama una mujer, Camila tenía unas piernas maravillosamente largas, una figura esbelta y elegante, unas maneras y una distinción tan naturales que se definían a sí mismas y resultaban superiores a cualquier calificativo y un pelo rubio que se peinaba con un aparente descuido, que enmarcaba a la perfección sus seductoras sonrisas y sus miradas profundas, y al que de pronto, en el curso de cualquier reunión, sin interrumpir la conversación que estuviera sosteniendo, despeinaba aparentemente también tan sólo para lograr dejarlo mejor peinado y unir a la belleza del pelo la de los gestos que acababa de realizar. Pero de este modo no se puede llegar a ningún lado. Habría que mencionar cómo se veía Camila al caminar, su manera de sentarse, su voz grave y sedosa, sus ojos negros que al contrastar con el pelo rubio hacían posible la ya mencionada profundidad de su mirada y su desconcertante melancolía y lo único

que se lograría es delatar una admiración que hace sospechoso el propósito narrativo y amenaza con convertirlo en una apasionada declaración del más intenso y desinteresado amor. Y sin embargo, ¿para qué se narra si no es para celebrar a figuras tan adorables como Camila?

El caso es que, para volver a intentar empezar por el principio, Camila había nacido en Singapur. Claro, fue un accidente. Su padre era un hombre rico y excéntrico, capaz de imponerse siempre inesperadas necesidades, y su madre decidía a veces ser una mujer sumisa para ocultar faltas a las que su debilidad la conducía y que no consideraba conveniente que su generoso marido conociera. Por esta serie de motivos, reunidas la excentricidad y la culpa, la riqueza y la obediencia, la feliz pareja que pasaban por ser en esa época los padres de Camila emprendieron un desorganizado viaje a Asia que se prolongó indefinidamente cuando la madre tenía tres meses de embarazo. Entre otros muchos avatares, el resultado de este viaje fue el nacimiento de Camila en Singapur. Ella le comentaría después a sus amigas que era triste no tener la más remota idea de cómo era el lugar en el que se había nacido porque los relatos que le escuchó hacer a su padre sobre la ciudad cuando era niña resultaban demasiado confusos y los había olvidado, su madre no quería recordar para nada ese doloroso suceso y todos los atlas, las geografías, las tarjetas postales y hasta las películas que se desarrollaban en Singapur le parecían insuficientes; pero luego se consolaba a sí misma de inmediato afirmando que, después de todo, todos nacen en cuartos de hospitales que son más o menos iguales, por lo cual sus amigas oscilaban entre el asombro y la irritación por el siempre arbitrario y probablemente falso carácter de las nostalgias de Camila.

Para entonces ella era ya una niña cuya belleza, sumada a lo que su madre llamaba su intolerable temperamento, debería permitir temer por su futuro y anticipar tenebrosos augurios. En la fotografía de la primera comunión de una niña a la que ella no conocía pero era prima de unas amigas suyas con las que su madre la mandaba todo el tiempo para alejarla de su lado, entre la lúgubre fila de invitados, confundida con ellos como si no fuera distinta a cualquiera aunque todo lo indicaba a gritos en la misma fotografía, se ve a Camila a los doce años aproximadamente con su generoso pelo rubio, la anticipación del glorioso futuro de sus piernas y una mirada y una expresión tormentosas que ponen un sello de irresoluble misterio en la absoluta belleza de su rostro. Y hay otras muchas fotografías. Todo un álbum familiar que permite ignorar las anécdotas que configuran los años de cualquier grupo humano que se proponga perpetuar la continuidad de una institución tan degradada como la familia y en cambio ofrece múltiples imágenes de Camila, siempre igualmente bella, en brazos de su orgulloso padre, dando sus primeros pasos titubeantes pero independientes ya, de la mano de su madre con el pie izquierdo en una posición que es imposible que alguien pueda adoptar sin rompérselo, con desgarbadas o gordas amigas entre las que resalta como una flor en el pantano de cualquier infancia gris o indecisa adolescencia, con el uniforme de su colegio, sobrepasando, anulando, borrando, transformando la generalidad de ese uniforme al imponerle la rigurosa singularidad de su belleza y por fin hasta en un vaporoso traje largo, con los hombros desnudos, bailando con cualquier imbécil que posiblemente no advertía su increíble fortuna. Pero al tiempo que nos entregan a Camila y nos permiten soñar con haberla conocido desde siempre, esas fotografías guardan silencio sobre una historia que en verdad es bastante compleja porque Camila jamás se consideró ni de niña, ni de adolescente, ni nunca, una persona feliz.

Quizás esta personal concepción de su propia vida la hacía más atractiva, ponía en ella esa seductora contradicción entre su belleza y la inesperada irrupción de una inexplicable melancolía equilibrada por la radical alegría que también era capaz de mostrar, sin ningún motivo visible, en otras ocasiones. No es descartable que lo que ocurriese es que no se puede ser impunemente tan bella como Camila. Pero ésta es una consideración fatalista. Tal vez ella era capaz de hacérsela; sin embargo, pensada por ella, puesta en sus propios y misteriosos términos, tendría otro carácter. Con toda seguridad ella despreciaría el precio que tenía que pagar por su belleza afirmando que ni esa belleza ni la felicidad eran más que accidentes ridículos, semejantes al carácter arbitrario del lugar de su nacimiento o de todo nacimiento, y no tenían ninguna importancia. El caso es que para recurrir a previsibles términos psicológicos, en vez de arrebatadoras y apasionadas definiciones despreciativas, habría que afirmar que desde muy pronto, tal vez desde que era una niña vestida siempre de blanco y que todavía no iba a la escuela, Camila se vio afectada por lo que empezó a descubrir que era una difícil y tumultuosa relación entre sus padres. Describir esa relación sería incurrir en el más tedioso de los lugares comunes. Lo único interesante de estas dificultades maritales es lo que con razón o sin razón, verdadera o imaginariamente, hicieron con el carácter de Camila. Visto desde afuera, ¡qué irresistible puede ser considerar a una niña bellísima e infeliz como en los cuentos de hadas! Pero Camila estaba convencida de que la vida no era un cuento de hadas sino más bien una historia de terror. Sufría en verdad, se rebelaba en verdad, luchaba incansablemente contra todo y contra todos y no obtenía ningún resultado positivo. Quería mucho a su padre, como se sugiere en todos los manuales psicológicos en relación con las niñas conflictivas, y que en efecto, por lo menos, había hecho posible la originalidad del lugar de nacimiento de ella; pero Camila

sólo pudo tener unos cuantos recuerdos de él porque también tuvo la excentricidad de ahogarse intentando atravesar a nado un anchísimo y turbulento río cuando ella acababa de cumplir apenas siete años y muy poco después, como en los cuentos de hadas, la que para Camila siempre sería una mala madre volvió a casarse. ¿Quién puede sustituir a un padre por un padrastro por cariñoso que éste sea? Desde luego, Camila no era una figura capaz de caer en semejante vulgaridad. A partir del segundo matrimonio de su madre se mantuvo solitaria, orgullosa, difícil y apartada de todos los mayores en su propia casa con una inquebrantable decisión. Su única y auténtica alegría en este terreno fue averiguar, al cabo de un tiempo más bien breve, que su madre engañaba a su padrastro. Con todos estos elementos no sería imposible hacer una historia patética, pero como se cuenta con la siempre evidente belleza de Camila, este camino está vedado. Podría mencionarse la frecuencia con que apeló, en distintas ocasiones y con diferentes pretextos, al conocido recurso de los intentos de suicidio y tal vez se haga más adelante. Eso siempre es dramático; pero la intensidad de la emoción que puede alcanzarse con sólo imaginarla antes de que cumpliera quince años caminando por cualquier calle, sin el uniforme de su escuela, radiante dentro de su propia belleza, es muy superior y ni siquiera se puede intentar describir la primera vez que alguien la besó porque la envidia anularía toda posibilidad de eficacia narrativa. Hay que conformarse con informar.

Camila tuvo un hermano dos años menor que ella. Siempre lo quiso mucho y se impuso la obligación de protegerlo, aunque el hermano no parecía necesitar ninguna protección. Pero Camila no permitía que la mera realidad se inmiscuyera en sus sueños. Si ella había perdido a su padre a los siete años, su hermano contaba entonces cinco. De acuerdo con todas las leyendas —y el mundo de Camila era

un mundo legendario— ante el alejamiento de su madre, los dos hermanos estaban solos frente a las dificultades de la vida y deberían apoyarse uno en el otro. ¡Qué deliciosa se veía Camila en pijamas cuando decidió faltar ella misma a la escuela para vestir a su hermano que iba a ella por primera vez y se puso furioso ante la pretendida ayuda de Camila! Por fortuna, no tuvieron hermanastros. No obstante, el hecho de ir a escuelas distintas iniciaba una natural separación. Su hermano empezó a tener amigos y la verdad es que Camila también tenía amigas. Entonces vivían en una enorme casa rodeada de añosos ahuehetes, eucaliptos y fresnos y con un mullido pasto siempre inmaculadamente conservado. La sala de la casa, aparte de varios retratos de la madre de Camila, tenía un enorme ventanal para que desde ella pudiera admirarse libremente este panorama de árboles. También tenía una colección de armas que había pertenecido al padre de Camila y que ella se encargaba de limpiar, aunque en dos ocasiones dos diferentes pistolas se le habían disparado accidentalmente. La primera descarga rompió el espejo veneciano que era el orgullo de su madre; la segunda atravesó el ojo de uno de los retratos. Camila se ocultaba muchas veces en los insondablemente profundos sillones de la sala, sentándose a leer en ellos con los zapatos abandonados en la alfombra, los pies sobre el asiento y las rodillas en alto mientras la falda resbalando por sus muslos permitía admirar la cada vez más firme promesa de sus piernas. La casa contaba también con un comedor al que tiene que considerarse suntuoso y en cuyos aparadores se guardaban y exhibían algunas de las numerosas vajillas de la familia; un gran vestíbulo sin uso preciso y numerosos salones amueblados cada uno de ellos de una manera diferente pues, desde el principio, los gustos del padre y la madre de Camila no siempre coincidieron; hay que mencionar por último una escalera digna de que Camila bajara algún día por ella, deslumbrante y del brazo de su

padre, para ser presentada en sociedad. Y luego estaban las habitaciones de arriba. El cuarto de su padre, cerrado ahora; la habitación de su madre a la que años atrás su padre entrara con regular frecuencia, entre otras cosas para realizar el milagro de poner a Camila en el mundo, y que ahora conocían su padrastro y también algunas personas más; el sagrado ámbito de la habitación en la que podían encontrarse huellas de todas las épocas de la vida de Camila; el escueto y deportivo cuarto de su hermano; varios baños de todo tipo y los indispensables pasillos que unían este intrincado grupo de instalaciones, de las que, significativamente, para mostrar aún inconscientemente nuestra adhesión a Camila, habíamos olvidado mencionar el cuarto de su padrastro.

Muchas noches, después de despedirse cortésmente de los invitados y de besar hipócritamente a su madre y a su padrastro, después de comprobar que su hermano estaba inmerso en la lectura de una novela de aventuras, y de perder durante algún momento el tiempo cambiando el lugar de cada objeto de los muchos que formaban su colección de fetiches secretos, Camila se ponía un largo y delicado camisón blanco, se deslizaba fuera de su cuarto por la ventana, descendía con facilidad hasta el jardín aprovechando la serie de apoyos secretos que una larga práctica había encontrado, y desde una conveniente distancia, se ponía de rodillas con los muslos apoyados en las pantorrillas y el tronco muy erguido o se sentaba con el tronco igualmente erguido, las piernas cruzadas con el camisón cubriendo sus pies descalzos y las ya largas y delicadísimas manos apoyadas en el regazo, sobre el mullido pasto, cerca del musgoso tronco de alguno de los ahuehetes y desde ahí espiaba los movimientos de su madre, su padrastro y sus invitados en la sala, invirtiendo la función del gran ventanal, capaz de pasarse horas enteras así, enormemente divertida

por el carácter grotesco que adquirirían todos los gestos de los mayores vistos sin que pudiera escucharse lo que hablaban. Pero si, en cambio, alguien hubiera podido verla a ella no habría sido capaz de hacer ningún gesto y habría perdido el habla ante el carácter sobrenatural que tenía esa suerte de aparición de la que podría afirmarse, con una absoluta e indiscutible objetividad, que encerraba todas las posibilidades de la belleza más total sobre las sinuosidades de la tierra o en las desconocidas alturas del cielo. Inexplicablemente, cuando Camila se empeñaba en acompañar a su hermano al campo de fútbol de su escuela los sábados por la mañana para admirar sus capacidades deportivas y conmoverse ante su valor, aunque se sentaba o se ponía de rodillas con la misma sobrenatural elegancia sólo que vestida ahora con diferentes faldas tableadas, suéteres y mocasines, y su belleza era tan radiante como en sus solitarias noches de contemplación de la estupidez humana, su hermano no mostraba ningún entusiasmo, sino que en muchas ocasiones le suplicaba que no lo acompañara, aunque, por supuesto, si la hubieran conocido, los amigos de él se hubieran opuesto radicalmente a esa ridícula petición, que nunca fue obedecida pero que, en el caso de que esta catástrofe ocurriera, hubiera disminuido notablemente sus ímpetus deportivos.

A pesar de lo ya dicho, si hemos de ser fieles a nuestro propósito, más allá de toda anécdota, hay que seguir encontrando motivos para celebrar la naturaleza única e irrepetible que dotaba de tales atributos a la figura de Camila. Ella encontró muy pronto sus propios deportes, los deportes que debían ayudarla a combatir la negra sensación de que su vida no tenía sentido, cuando su sola presencia llenaba de sentido a la vida. Su casa contaba con caballerizas, pero la equitación tenía que ser desechada porque su madre seguía practicándola. Eso es doloroso. Nos impide describir a Camila con botas de montar, *breeches*, un suéter

con cuello de tortuga y un saco tal vez de terciopelo o de pana mientras sus largas, delicadas y firmes manos sostenían las riendas de un brioso corcel y el viento agitaba el bosque de su cabellera rubia. Pero a cambio de esta inevitable pérdida, Camila empezó a nadar y casi de inmediato a intentar convertirse en una experta clavadista desde el trampolín de cinco metros. No debe ser difícil para nadie con un mínimo de sentido estético visualizarla con un estricto traje de baño deslizándose con rítmicas brazadas por entre las transparentes aguas de una alberca olímpica con el rubio pelo encerrado en una gorra de baño, ni de pie en la orilla de un trampolín disponiéndose a realizar un salto prodigioso. Y luego, también, Camila empezó a jugar tenis. Los ceñidos y poco femeninos trajes de baño deportivos, aunque no conseguían ocultar la perfección de su cuerpo, eran oscuros por lo general. La inmaculada albura de las vestimentas correspondientes al deporte blanco era más conveniente para hacer resaltar la perfección física de la figura de Camila y por si la imaginación no logra su fácil propósito hay muchas fotografías que la muestran en traje de baño suspendida milagrosamente en el aire, con los brazos en alto y las manos unidas sobre la cabeza en la orilla de cualquier trampolín, con una raqueta de tenis a un lado de las interminables piernas o contestando con una grácil facilidad el difícil servicio de su rival en la cancha.

Todo eso forma una infancia y una juventud. Todo eso muestra también una belleza y una distinción excepcionales. Pero es cierto que cuando van acompañadas de tal distinción y tal belleza, ni la infancia ni la juventud son fáciles jamás. El mundo se cobra caro los dones que distribuye tan gratuitamente. El primer intento de suicidio de Camila data de una fecha ligeramente posterior a la que señala su cumplimiento de los quince primeros años de su original vida, que se

inició, como ya se sabe, en Singapur, pero, como todavía no se ha mencionado, a partir de ese inicio se desarrollaba bajo el signo de Tauro. No puede culparse a las estrellas de la decisión de Camila y sin embargo, tal vez sería más conveniente hacerlo porque no hay ninguna explicación para una acción tan injusta con respecto a las cualidades de su propia persona. Simplemente, como ella misma le dijo al psicoanalista al que fue enviada después, consideró que sería interesante pasar por una experiencia así sin detenerse a pensar que, en caso de tener éxito, no iba a poder conocerla ni siquiera ella misma. Los hechos fueron muy sucintos. Con su acostumbrada elegancia, Camila se encerró en su cuarto de baño, se despojó muy despacio de su ropa, se contempló un instante en el espejo de cuerpo entero, según su propia confesión con una cierta tristeza ante la comprobación de la juvenil belleza que se disponía a abandonar en favor de la liberación de su alma de su atadura al cuerpo que Camila veía, llenó la tina, le puso abundantemente unas sales «que adoraba», entró a ella armada con una de las navajas de su padrastro —dato significativo según el psicoanalista— y con una relativa facilidad se cortó las venas de las dos muñecas. No pudo evitar que se le escapara un grito de sorpresa al ver su sangre y unos momentos después la encontró una sirvienta que entró al baño avisada por el grito de Camila y por la puerta que inexplicablemente ella se había olvidado de cerrar con llave.

No cabe duda de que fue un acto valiente y decidido, pero también es difícil saber con certeza por qué una muchacha de quince años en la que se encierra toda la belleza del mundo se propone despojar al mundo de esa belleza. Y la única explicación que se consiguió obtener por parte de la protagonista del suceso fue la que le dio al psicoanalista. Ni siquiera su hermano pudo lograr que le confesara algún motivo más verosímil. Sin embargo hay una

explicación relativamente sencilla: Camila no era feliz; pero a cambio de su sencillez esa explicación no aclara nada y de todas maneras la ligera sombra de infelicidad que se mostraba algunas veces en sus perfectas facciones contribuía, como ya se ha señalado, a aumentar el carácter único de su belleza, insinuando que, aún sin darse cuenta, Camila pagaba un alto precio por ella.

Para las monjas y la mayor parte de las alumnas del colegio donde estudiaba Camila el frustrado intento de abandonar este mundo y como consecuencia inevitable, de acuerdo con los principios de la religión dentro de la que había sido educada pero que nunca se había molestado por tomar en serio, conocer las llamas y tormentos del infierno, se convirtió en una inesperada y devastadora pulmonía. Uno tiene derecho a imaginar el deleite del diablo al recibir a esa encarnación de un ángel terrenal en su horroroso recinto. Pero éstas son fantasías. La existencia del infierno puede ser improbable, la evidencia del misterioso y arrebatador encanto de Camila era indiscutible. Hay que atenerse a los sucesos de su vida en el fugaz mundo terrenal, aunque el imperceptible paso de los años en ella sin que su belleza dejara de ser excepcional, sugería una posible imagen de la eternidad. No obstante, la verdad es que el tiempo pasaba. Camila ya no era la niña ni siquiera la adolescente que transitara con tanta facilidad en la dirección de su éxito en los estudios por los años de escuela primaria y secundaria. Ella nunca se molestó en repasar ninguno de sus libros, un poco antes de entrar a clases copiaba siempre la tarea de alguna de sus amigas y, en la clase, escuchaba desde una increíble distancia y sin poner ninguna atención la monótona voz de sus maestras, sentada con su uniforme azul con un gran cuello blanco, sus calcetas blancas también y los cerrados zapatos igualmente azules cerca de alguna ventana, mirando a través de ella los raquíticos árboles del patio de su

colegio y perdida por completo en todo tipo de ensueños que iban desde lo que hubiera sido su vida si no hubiera dejado nunca Singapur hasta la participación en fabulosas expediciones de caza en compañía de su padre, desde el intento de aceptar su soledad como una forma de homenaje a él hasta la elaboración de minuciosos planes para realizar con la complicidad de su hermano un crimen perfecto gracias al cual se liberarían de la presencia de su madre sin ser descubiertos jamás, desde el nebuloso proyecto de seducir a alguno de los amigos mayores de su hermano hasta la invención de un golpe que respondería a los servicios de su más terrible rival en las canchas de tenis anulando toda posibilidad de contestarlo, y sin embargo, al llegar los exámenes, alcanzaba siempre el primer lugar en medio de envidiosos rumores sobre el descarado favoritismo de las monjas. Pero esos rumores eran falsos. A Camila le bastaba, en efecto, con escuchar desde su insalvable lejanía las explicaciones de las maestras para grabarlas en su memoria de una manera indeleble. Ella sólo olvidaba lo que quería olvidar, aunque, por supuesto, este olvido fuera real y contribuía a agravar lo que el psicoanalista y algunos de sus familiares, entre los que no se encontraba su hermano pero sí su madre, llamaban sus «imaginarios traumas y sus raros problemas psicológicos». Sin embargo, el frustrado intento de suicidio no era obviamente para Camila el producto de cualquier forma de carácter vergonzosa. Entre sus amigas más cercanas —Camila nunca tuvo amigas íntimas— la versión de la pulmonía fue irrefutablemente desmentida mediante el sencillo recurso de enseñar las cicatrices en sus muñecas. No contó con la aprobación de todas las muchachas, pero sí con un unánime ascenso de su prestigio. Era imposible ponerlo en duda: el mundo en el que Camila habitaba permanecía desconocido para la mayor parte de los mortales. Las vulgares categorías de bien y mal, plenitud y vacío, felicidad o infelicidad, recompensa o castigo estaban totalmente ausentes de él. Y

no porque Camila no pensara, sino porque pensaba demasiado profunda y originalmente. Podría afirmarse sin faltar a la verdad, siendo objetivos en la medida de lo posible, que la profundidad de sus pensamientos era tan real como la mirada de sus ojos negros, atravesados siempre por la tristeza, la alegría, la malicia o la ingenuidad en el delicado rostro enmarcado por la llamarada rubia de su pelo. Pero hacer explícita esa profundidad es tan imposible como explicar el misterio del absoluto poder de seducción de esa mirada en sus ojos negros a la que, en cambio, correspondía con precisa exactitud la inextricable ambigüedad de su sonrisa. Evocar esa mirada, evocar esa sonrisa es siempre más útil, auténtico y gratificante que tratar de desentrañar cuáles eran los pensamientos cuya naturaleza, tal vez, determinaba la mirada y la sonrisa, pero que también se servían de ellas para revelarse al tiempo que permanecían ocultos.

Camila terminó la preparatoria con el mismo éxito y la misma facilidad de los que la única que no se sorprendía era ella, aunque tampoco lo consideraba lo suficientemente interesante para sentirse orgullosa o contenta por él. Pero no entró a la Universidad. Es cierto, por un lado, que a pesar de sus indudables dotes intelectuales no tenía ninguna vocación precisa, quizá incluso sería más exacto decir que no tenía ningún interés preciso. Sólo estaba envuelta por la irresistible atracción de su apariencia. Camila a los diecisiete años era sorprendente, imprevisible, con las más injustificables fidelidades y una incalculable facilidad para la traición dentro de una figura que mostraba la imagen de todas las posibilidades que no buscan ni quieren aplicarse a ningún fin concreto, sino que siempre están condicionadas por la forma del impulso que las conduce a manifestarse. El número de novios que tuvo y el de los que les quitó a sus amigas es incontable. Practicaba este nuevo deporte con la misma

fácil tenacidad que la natación, los clavados o el tenis. Y sin embargo, no puede deducirse de esto que Camila sintiera ninguna especial atracción por la enorme fila de enamorados y rendidos seguidores que a los diecisiete años ya había dejado atrás. Además era virgen. Entre sus amigas afirmaba con una radical seguridad que el acto sexual no tenía más que un sentido utilitario y era intolerablemente vulgar. Interrogada sobre el motivo de estas consideraciones cuando no descansaban en ningún conocimiento empírico, contestó que no se necesitaba meter la mano al fuego para saber que quemaba ni intentar abrazar un tigre sin suponer que el abrazo terminaría mal. ¿Pero y su belleza? Había intrépidos capaces de intentar rebatir estas arraigadas convicciones. Si Camila no entró a la Universidad este suceso tan lamentable para el campo del saber no se debió tan sólo a su desinterés por cualquier carrera, sino al mucho más común y vulgar hecho de que se casó —afortunadamente se puede agregar de inmediato por primera vez— apenas terminó la preparatoria.

Referida a cualquier otra persona, ésa sería una historia banal, pero no puede tomarse en esos términos tratándose de Camila. Sería ridículo suponer siquiera que estaba enamorada. Eligió uno entre un incontable número de candidatos. Debía ser un bravo y temerario muchacho, pero también un ingenuo que jamás supuso lo que le esperaba cuando para su sorpresa y su felicidad fue elegido por Camila. La primera persona a quien ella le comunicó la noticia con un tono objetivo, frío y distante, fue a su madre. «Era mejor —según Camila— poner una favorable distancia entre las dos y abandonar la casa». Luego hubo secretos conciliábulos en el cuarto de su hermano y en el de la propia Camila, donde, vestida con un transparente camisón y pasándose incansablemente un peine por la rubia melena, Camila lo recibía acostada en la cama en una de cuyas orillas se sentaba su

hermano y en vez de hablar del próximo matrimonio sobre el que Camila no había llegado nunca a poder expresar su opinión, hablaban mejor, de acuerdo con la sugerencia de ella, de los más remotos recuerdos de su infancia intentando resucitar al pasado con una furiosa nostalgia.

Los preparativos para la boda siguieron adelante. Con una total hipocresía las dos familias aseguraban que estaban encantadas y coincidían en elogiar sin medida al contrayente del lado contrario, con el resultado, respecto a Camila, de que los elogios a su novio por parte de su madre hicieran que pasara de una clara indiferencia por él a un decidido desprecio. Sin embargo, la importancia de esos detalles no iban a merecer que Camila perdiese el tiempo meditando en ellos. Era mejor estar de acuerdo en lo que todos decían. Iba a ser una gran boda; iba a ser un legítimo acontecimiento social. Pero una semana antes de la fecha señalada para el suceso, cuando los regalos de los invitados invadían toda la casa, una mañana la cama de Camila amaneció sin deshacer y vacía y durante dos días de desesperada búsqueda nadie logró averiguar dónde se encontraba ella. Finalmente avisaron desde un pequeño puerto que unos pescadores la habían rescatado cuando, a pesar de su reconocida capacidad como nadadora, la marea la alejaba cada vez más de la costa. Camila le explicó a su novio que se había retirado a ese puerto para meditar desde la soledad y con la debida gravedad en el importante paso que los dos se disponían a dar. A su hermano y a un reducido grupo de amigas les confesó con un ligero aire de reto y orgullo que ése había sido su segundo intento de suicidio.

Nadie podría suponer tan recientes y negros propósitos en la radiante novia que unos días después entró a la iglesia del brazo de su

padraastro. Ni las doradas volutas que convertían al altar barroco de la iglesia en una joya reconocida por todo historiador de arte de prestigio, ni el elegante ornato con el que los más exclusivos especialistas hicieron desaparecer bajo imponentes cúmulos de flores todo espacio libre fuera de las bancas, ni la exquisita y perfectamente ejecutada música con la que se acompañó el desarrollo de la ceremonia, ni los aparatosos trajes y la particular belleza de cualquiera de los invitados podían ni remotamente competir con el espectáculo de Camila vestida de novia. No era un ser humano; era la inocencia, la pureza, la fuerza y también el carácter complicado de la vida los que encarnados en la esbelta y alta figura vestida de blanco avanzaban hacia el altar. No fue un dedo cualquiera, sino el más bello dedo que había existido jamás en el mundo, el que se extendió hacia la mano temblorosa de su novio para que le pusiera la argolla en la que se simbolizaba su unión. Pero ni siquiera Camila puede precisar cuáles fueron sus emociones y sus sentimientos cuando avanzó del brazo de su reciente y flamante esposo hacia la salida de la iglesia.

Tampoco trató de explicarse ni a solas consigo misma ni en voz alta y para los demás con razones que no fueran absolutamente falsas y cuyo carácter ficticio no se molestaba en disimular, los motivos que arruinaron su matrimonio y lo convirtieron en un ruidoso fracaso en menos de un año. En la intimidad, la juvenil y hermosa pareja, cuyo porvenir antes de la boda todos consideraban tan luminoso o decían que sería luminoso aunque abrigaran los más fundados temores hacia él, no parecían coincidir en un solo punto. Camila, con su voz grave cuyo mismo tono no permitía dudar de su sinceridad, comentaba a gritos en todo tipo de reuniones que su marido había logrado hacerla irritantemente frígida mientras toda su figura negaba la veracidad de esta afirmación. ¿Cómo podía aceptarse tal desperdicio, tal derrota, tal

desastre cuando se tenían a la vista esas larguísimas piernas, ese estrecho talle, esos altos y pequeños pechos, ese cuello sin fin y la tierna dulzura de cada una de las facciones que formaban la totalidad del impensable rostro enmarcado por la melena rubia? El marido de Camila aseguraba que las escandalosas afirmaciones de ella no eran más que el producto de una inexplicable necesidad de mentir y de una rigurosa exigencia exhibicionista que consistía en disimular con sus declaraciones lo que en realidad pasaba. Según él, la sensualidad de Camila no tenía límites y la exigencia de mantenerse a la altura de un continuo raptó sexual hacía que para ella toda noche fuera demasiado corta. No se descarta la posibilidad de que para Camila en eso consistiera la frigidez. Después de todo, ella había llegado al lecho nupcial sin ninguna experiencia previa. Lo cierto es que, fuese cual fuese el verdadero motivo, Camila decidió muy pronto que ella y su marido deberían dormir en habitaciones separadas. Los argumentos con los que justificó este hecho iban desde el poco verosímil de que su marido era sonámbulo y le asustaba verlo levantarse de pronto y salir de la habitación con pasos firmes y un rumbo desconocido para regresar al cabo de un largo tiempo sin que ella, inmóvil en la cama, se atreviera jamás a despertarlo hasta el más sencillo, pero también más vulgar, de que roncaba demasiado fuerte cuando no soñaba en voz alta y se revolvía con una abrumadora inquietud en la cama. Para probar el difícil paso de sus noches Camila señalaba sus recientes ojeras que, por otra parte, no hacían más que sombrear de una manera más sugestiva aún sus negros ojos. Siempre avergonzado y no menos agotado de lo que aseguraba estar Camila, su marido decía a todo el que quisiera escuchar sus desesperadas confidencias y en especial a la madre de Camila que era su más fervorosa cómplice, que estas nuevas ojeras no se debían más que a las inagotables y desenfrenadas exigencias sexuales de su angelical esposa.

Dando por sentada la imposibilidad de llegar nunca a la verdad que hace tan incierto cualquier intento narrativo, no es demasiado arriesgado afirmar, sin embargo, que Camila nunca había sido una persona sencilla; pero también era indiscutible que nadie en su sano juicio pudiera perder el tiempo en otra cosa que en cumplir hasta el más mínimo de sus caprichos cuando ella, que ya había aceptado convertirse en la esposa de su marido por un capricho no menos arbitrario que cualquier otro, amenazaba con abandonarlo. No obstante —¡que el cielo lo juzgue!— el joven cónyuge aceptó con un inaudito alivio la separación. ¿Sería realmente frígida Camila? Si no lo era de una manera tan radical que la acercara al hielo sino que el marido era sincero cuando afirmaba que su voracidad sexual no tenía límites, ¿cómo podía alguien resignarse a perder para siempre la irresistible exigencia que le imponían? El tedio general en medio del cual transcurre la vida para la mayoría de la gente, facilitó que empezaran a circular todo tipo de tendenciosos rumores. La frigidez de Camila era verdadera y además el marido era medio impotente. Cuando ya vivía sola en un pequeño y hermosísimo departamento, deliciosamente amueblado y desde cuyas ventanas se veía la rica vegetación de un silencioso parque, después de haberse negado a quedarse en la casa donde durante casi un año había sido tan infeliz y también de regresar a aquella otra en la que había sido infeliz durante por lo menos diez años, decía ella, ocupándose de subrayar que la fecha coincidía con la muerte de su padre, Camila se divirtió esparciendo versiones mucho más originales de lo ocurrido. La única y sencilla verdad era que mientras estuvo casada se aburrió hasta el delirio. «Unas nacemos para casadas y madres y otras... para otra cosa» o «Carecía por completo de imaginación. No se puede vivir con alguien que siempre quiere hacer el amor de la misma manera y hasta en la misma posición cuando yo le pedía que fingiera ser un asaltante y

me violara entrando por la ventana o por lo menos que simulara que yo era una prostituta a la que acababa de contratar en una calle cercana», decía Camila con sus pudorosas faldas grises y sus suéteres azules, sentada en el blanco y mullido sofá de la sala de su nuevo departamento. Los que escuchaban estas poco plausibles pero siempre divertidas explicaciones de los auténticos motivos de su fracaso matrimonial eran sin excepción nuevos admiradores que inmediatamente tenían que empezar a imaginar qué acción original se verían obligados a discurrir para lograr seducirla. Pero después de esas terribles confesiones, con toda naturalidad, Camila abría su bolsa, sacaba un peine y con el ya tradicional gesto que la calificaba, cambiaba de dirección las ondas, tan suaves y diversas como los reflejos del sol al atardecer, de su sorprendente y profundo pelo rubio, sugería que fueran a tomar una copa al algún lado y después de un gran número de ellas no se necesitaba imaginar nada para conseguir que Camila les permitiera entrar luego a su casa primero y a su cuarto después.

De ningún modo debe suponerse por esto que Camila era una mujer fácil. Tuvo algunos amantes, es cierto. Hubiera sido imperdonable desperdiciar su belleza; pero se desprendía de ellos con una absoluta indiferencia, sin que las súplicas de sus rendidos seductores fueran escuchadas jamás y el número de estos seductores, siempre equivocados sobre el verdadero carácter de su acción, era tan grande que con toda verosimilitud puede afirmarse que no tenían ningún rostro y en realidad su suma daba por resultado un cero que sólo los más desprestigiados prejuicios pueden llegar a considerar imposible. Por todo lo cual se debe inferir que, dadas las circunstancias en las que se desarrollaba su vida, Camila permanecía intocada aunque cualquier idiota pueda suponer que esta consideración nace de la

desesperada urgencia de unir dentro de una misma realidad la conducta de Camila con el carácter inmaculado que exhibía a gritos su forma de belleza, esa belleza que no se puede mencionar sin sentir un legítimo estremecimiento de alegría y ternura ante la bondad con que una determinada apariencia física puede encerrar, mostrar, expresar y comunicar la inmutable generosidad de la vida.

Además, haciendo a un lado la conducta privada de Camila porque no debe interesarle más que a ella y sólo es verdadera en la dirección en que ella lo desee, en el variado campo de las actividades públicas, aparte de su intensa vida social y de su merecido éxito en los más diversos círculos, Camila había vuelto a dos de sus antiguas pasiones: la natación y el tenis. La imaginamos atravesando sin descanso la alberca del afortunado club deportivo que la contaba entre sus socios; la imaginamos en las canchas de tenis, vestida de blanco, como cuando era niña y como la adorable e imprevisible niña que siguió siendo al entrar a la adolescencia y que con toda seguridad era todavía ahora cuando se le veía dueña de un rostro sin edad e indeciblemente esbelta, rubia, melancólica, bella y maravillosa; la imaginamos en el bar del club tomando una o muchas copas con los rivales que acababa de humillar en las canchas de tenis; la imaginamos —una vez más, siempre una vez más sin que ninguna de las veces sea suficiente para agotar sus posibilidades de mostrar el más absoluto esplendor en el más banal de los gestos— abriendo su bolso, sacando un peine y pasándolo sin ningún orden por su sorpresiva cabellera rubia y es Camila y sus ojos negros miran de pronto con una misteriosa e indecible dulzura y esto debería bastar para hacer infinitas las posibilidades de imaginarla. Pero, en el campo de la existencia cotidiana, su regreso a la antigua pasión por el tenis tuvo unas consecuencias que pueden volver a hacer pensar que Camila había

logrado hacer su vida verdaderamente dramática y siempre ajena a su voluntad. En aquella época imprecisa, de la que lo único que vale la pena fijar es la inmutable belleza de Camila, un joven un tanto mayor que ella brillaba, hay que admitir que con mayor intensidad aún que Camila, en las canchas de tenis. Su nombre se mencionaba con respeto en las más exigentes crónicas sobre los acontecimientos destacados en el deporte blanco. Algunos aseguraban que llegaría a traer a nuestro país la Copa Davis. Y tal vez esto hubiera ocurrido en efecto si no fuera porque un día, sin duda infausto para él, conoció a Camila. Ella acababa de terminar una difícil partida. Estaba sudorosa y con el aliento entrecortado; pero la mirada de sus ojos negros era tan insondable y luminosa como siempre y la sonrisa que apenas se insinuaba en sus labios no dejaba de sugerir la más indestructible pureza. Para felicidad de los dos y para triste deterioro de la carrera del joven con brillante porvenir, Camila asegura que cayeron rendidos uno por el otro apenas se vieron. Es obvio que la pasión por el tenis puede ser sustituida con facilidad y sin ni siquiera advertirlo por la simple y mera pasión cuando es alguien como Camila quien la despierta y acepta correspondería desde nuestro imparcial reconocimiento de que ya sabemos que varias de sus aficiones no eran precisamente deportivas. El joven empezó a pasar mucho más tiempo en la sala con el sofá blanco de Camila que en las canchas donde debería vestirse de blanco. Su condición física decayó notablemente y su interés por los triunfos ante la red se convirtió en un desapego que le permitía no darle ninguna importancia a este decaimiento. Para los fanáticos del deporte blanco los fracasos del joven en el que se habían depositado tantas esperanzas eran inexplicables; para Camila esos mismos fracasos representaban un triunfo secreto y por ello más pleno aún. Era verdad que estaba enamorada y su amor era correspondido. El único problema consistía en que ese amor fuera tan absorbente.

¿Pero quién puede ocuparse de otra cosa que del amor cuando se conoce y se tiene el amor? Esta pregunta se remonta a la antigüedad clásica y debe situarse en los orígenes del pensamiento.

Camila le presentó su reciente adquisición a su hermano y luego, junto con él, lo llevó a casa de su madre. Ella estaba segura de que iniciaba una nueva vida en la que todo su para ella oscuro pasado desaparecería, pero volvió a ser agradable disgustar a su madre con su felicidad al anunciarle que iba a casarse de nuevo sin esperar la anulación del matrimonio religioso que su primer marido estaba tramitando. Y para sorpresa de todos los que suponían que Camila no tenía remedio y jamás volvería a asumir la responsabilidad de una vida normal, se casó, en efecto. Esta vez sin ninguna ceremonia ni ningunos preparativos aparatosos, conducida sólo por el amor a la más bien ruinosa sala de un juzgado civil, donde tuvo que dar los datos que definían su condición como ciudadanos de ella y su novio a secretarias más ruinosas aún que la sala del juzgado y que se equivocaban continuamente y de una manera bastante exasperante para Camila, que sólo quería tener ojos para su amor, al redactar las actas. Sin embargo, eso no fue lo más grave. Demasiado tarde, Camila descubrió que, como era natural, su joven y brillante tenista, un más bien opaco arquitecto en la árida vida real, tenía —además— una madre, viuda y que se había ocupado desde siempre de la educación y el camino que debería seguir su único interés en la vida. Las madres crean una sombra tenebrosa en la vida de Camila. Puede decirse que si el joven tenista arruinó su carrera por el amor de Camila, la madre del joven tenista arruinó el amor de Camila, aunque como hay que exigirlo en relación con la vida de Camila nunca deben hacerse afirmaciones tan definitivas. Habría que contar siempre con el que hay que llamar, sin pretender definirlo con demasiada exactitud, el carácter de Camila.

La casa en la que se instalaron los jóvenes esposos era más modesta que el antiguo departamento de Camila. Su forma de vida siguió siendo la misma que cuando todavía eran solteros y no se ocupaban más que de responder a las exigencias de su mutua pasión. Pero sin que hubiera nada sospechoso en esto, además de a Camila y antes que a Camila aún, el joven tenista adoraba también a su entrenador. Camila lo conocía. Al principio, este hombre ajeno a las tentaciones de la vida y entregado como si fuera una religión a la tarea de preparar a futuros campeones de tenis, tuvo confianza en Camila e ingenuamente supuso que ella podría ayudarlo; después aceptó su equivocación y aprendió a odiarla tanto como la madre del joven tenista y quizás tanto como la propia Camila podía odiar que alguien necesitara un director espiritual en la medida de su marido antes de conocerla a ella. Pero, naturalmente, ni el odio del entrenador ni el de la madre significaron nada para Camila. A ella sólo le interesaba el amor de su esposo. Lo que ocurrió después era previsible, pero para Camila resultó desastroso. Ella siempre había tomado al tenis como una manera agradable de llenar sus ocios. En cambio, al cabo de unos meses de intensa vida conyugal con Camila, en relación con el tenis, su marido se sentía como un cura *defroqué*. El entrenador y la madre unieron sus fuerzas para ayudarlo a vencer la loca pasión que lo cegaba apartándolo del que siempre había sido su sueño y convencerlo de que debería cambiar la dirección de sus actividades y diversiones cuando el joven tenista fue eliminado del equipo que debería competir en la próxima Copa Davis. Y triunfaron. Camila conoció entonces el desértico tedio de lo que comúnmente se llama vida burguesa. La bebida fue desterrada por completo de su nueva casa y la antes divertida pareja se acostaba muchas veces sin llegar ni siquiera a ver los últimos programas de televisión. Ignorando casi por completo sus deberes sexuales en relación con su joven esposa, aparte de las horas

que le quitaba la obligación de ganarse la vida, la mayor parte de su tiempo era ocupada por el también joven cónyuge en recuperar su condición física y volver a ser dueño de los mágicos golpes y la movilidad en la cancha a los que debía su antiguo prestigio. Pero Camila no estaba dispuesta a renunciar a su amor. Contra todos los rumores era una mujer con convicciones y decidió adaptarse a esa nueva forma de vida. Algunas veces hasta fue al mercado e intentó preparar para su marido los mismos saludables platos que le daba su madre. No tuvo ningún éxito.

¿Se puede precisar el momento en que termina el amor? Camila ya reconocía para sí misma que odiaba el tenis y cuando cumplió veinticinco años, aunque todavía era un espectáculo incomparable verla llegar a recoger a su marido, decidió que ya era una anciana cuya vida era soporífera y carecía de sentido. Entonces intentó suicidarse por tercera vez. En esta ocasión, de acuerdo con el carácter soporífero de su vida, consideró que el medio más adecuado era los somníferos. Alquiló un cuarto de hotel, pero ni siquiera se ocupó de llevar equipaje, su conducta se hizo sospechosa de inmediato y no la dejaron dormir, a pesar de los cien nembutales que se había tomado con una ejemplar paciencia, ni siquiera tres horas antes de abrir el cuarto con una llave maestra y conducirla al hospital. Ahí fue a verla su desconcertado marido y ahí mismo ella le dijo que no volvería a jugar tenis en su vida, que no volvería ni siquiera a ver una partida de tenis y que tampoco volvería a vivir con él.

Su madre tuvo que ocuparse de ir a recoger la ropa y las demás propiedades de Camila a la casa donde, a pesar de su amor, se había aburrido tan inútilmente durante más de dos años. ¿Este nuevo fracaso permitía empezar a considerar efectivamente sombría la vida de

Camila tal como ella siempre lo había deseado? Todo lo contrario. Poco después Camila leyó en las páginas deportivas de un periódico que su segundo marido había sido derrotado con facilidad en una competencia sin importancia. Pensó con justicia que hasta para jugar tenis se necesita contar con la fuente de inspiración que era alguien como ella. Su hermano estuvo de acuerdo. Su madre le preguntó a Camila qué proyectaba hacer con su vida de todas maneras si nadie la solicitaba como motivo de inspiración. Sentada con un delicioso traje sastre gris en uno de los profundos sillones de la antigua sala de su casa, habiendo abandonado los zapatos sobre la alfombra, con los pies puestos sobre el asiento y las rodillas hacia arriba, igual que cuando era niña, Camila respondió que eso no ocurriría jamás aunque no tenía por qué molestarse en probárselo. Nunca había aceptado un solo centavo de su primer marido después de la separación; hizo lo mismo con el segundo; pero para entonces ya era mayor de edad y aunque es posible pensar que sus actos seguían siendo un tanto infantiles en su adorable irresponsabilidad, ya había entrado en posesión de la fortuna heredada de su padre. Apenas encontró el sitio adecuado abandonó la mansión en la que él ya no estaba. En esta ocasión no alquiló ningún departamento, sino una pequeña casa no muy lejos de la que fuera suya y de toda su familia pero que ahora ella sólo consideraba de su madre. Volvió a amueblarla con lo que ya podía considerarse su sello personal cada vez que regresaba como soltera a gozar de su nunca depuesta independencia. Pero ahora que había renunciado al tenis y por un inexplicable motivo lo unía también a la natación, pensaba a veces con nostalgia en la equitación, recordando las pocas ocasiones en que la había practicado de niña y reconocía que el obstáculo que no le permitiera frecuentarlos nunca seguía interponiéndose entre ella y los caballos. No tuvo más remedio que recurrir a otro tipo de actividades. ¿Qué otra cosa podía hacer una mujer dueña de la rara belleza de

Camila y sin ninguna vocación precisa ni ninguna ocupación necesaria? Sólo se puede abonar en favor de Camila la rutilante manera en que enriqueció con la indeleble marca de una fugaz relación con ella el pasado de tantos hombres sin más mérito que el de haber sido sus amantes. En cambio, a ella, como siempre, nada la tocaba. Su belleza seguía siendo la misma. Era una forma de belleza a la que los años le daban una diferente expresión sin cambiar su esencia. Esbelta, decidida, con la misteriosa tristeza que a veces aparecía en su profunda mirada calificando sus perfectas facciones, solitaria, siempre fiel a quién sabe qué irreconocible sueño, distinguida y distante, elegante por naturaleza como si la elegancia fuera un atributo que saliera a la superficie desde el interior de su persona, cruzando sus largas piernas desde un maravilloso olvido de sí, arrogante sin proponérselo a base sólo de ser tan bella, permitiendo admirar la aristocrática perfección de sus manos con cada uno de sus movimientos, retirándose a esa zona a la que nadie había entrado jamás y donde sólo habitaban los pensamientos cuya naturaleza ella tampoco se había preocupado de precisar nunca, sonriendo con una inmarcesible dulzura, seria e inocente, dejándose seducir con una facilidad inaceptable, bebiendo hasta que el admirador que se le enfrentaba tenía que abandonar borrosamente vencido el campo de batalla, dedicando invariablemente muchas horas de la semana a conversar con su hermano, vestida Siempre de la manera más propia y original en su extrema sencillez, caminando con largos pasos decididos, con los reflejos dorados en el radiante sol de su pelo cambiando de rumbo bajo la inesperada acción de su peine, Camila, la muchacha que había nacido en Singapur, que desde muy niña se propuso no ser feliz jamás, que gustaba de espiar los movimientos de los mayores para comprobar que eran grotescos, que para los demás cometió todos los errores que alguien puede cometer en la vida y salía siempre airosa de las difíciles pruebas a las

que se sometía, nunca pudo dejar de ser el milagro que se encierra en las tres sílabas de su nombre.

Llego ahora al inefable centro de mi relato. Aquí comienza mi desesperación de escritor. Quisiera repetir hasta el infinito, con la facilidad con la que se puede volver atrás y ver una y otra vez, siempre de nuevo, la misma imagen en una película, mi primer encuentro con Camila. Pero vivimos inmersos en el tiempo. Lo imperecedero siempre es fugaz. Sin embargo, debo intentarlo. De todas maneras, el fracaso también permite volver a empezar. Objetivamente, los sucesos ocurrieron de la siguiente manera: yo estaba en una reunión de la que no esperaba nada en la casa de unos amigos, sentado, sin sospechar los privilegios de mi posición, en un sofá desde el que podía verse la puerta de entrada. Por fortuna no había muchos invitados. Sonó el timbre. Una sirvienta fue a abrir y en fila india, presidida por la mujer de un doctor al que yo conocía y delante de ese mismo doctor, entró Camila. ¿Qué describir primero de esa inconcebible aparición? Era más alta que el doctor y su mujer. Sus movimientos eran firmes. Su impetuosa entrada tenía algo de marcha triunfal y sin embargo ella no lo advertía. El dueño de la casa se dirigió al encuentro de los tres nuevos invitados. Pude contemplar ampliamente a Camila. Vi que era rubia, vi que tenía los ojos negros, vi que su nariz era recta, sus pómulos salientes, el dibujo de su boca perfecto y su barbilla firme. Vi que su cuello era largo y delgado. Reparé con todo detalle en cómo iba vestida. Traía unas botas de piel clara con unos altísimos y puntiagudos tacones, atravesadas por correas y que no debían llegarle más allá del tobillo. Sus interminables piernas estaban cubiertas por unos pantalones de pana con una textura finísima y cuyo color era una mezcla de anaranjado, café claro y amarillo para el que no existe ningún nombre. Traía un suéter amarillo con el cuello redondo sobre el

que descansaban las puntas de una blusa camisera blanca y echada simplemente sobre los hombros un saco de una suerte de gamusa entre amarilla y café cuya altura hacia abajo apenas sobrepasaba su cintura. Su aparición fue la más fulgurante revelación de la belleza que he tenido en mi vida; pero, como siempre ocurre con la belleza, era evidente que ella no le daba ninguna importancia a su realidad. Estaba ahí y podría pensarse que suponía ser sólo una más entre los invitados. Para mí fue, desde el principio, desde el instante en que entró por la puerta del departamento de mi amigo que se convirtió así en la puerta del paraíso, el absoluto, único y radical centro del mundo, la realidad que se ignora a sí misma y encierra todos los posibles sentidos desde su ignorancia. Pero esta súbita y aterradora revelación que convertía al hombre libre que yo creía ser en un miserable y feliz esclavo, traía consigo algunos problemas que, aunque en comparación con la belleza de Camila carecen de importancia, es indispensable consignar. En aquel entonces —¿cómo puedo hablar de un pasado, de un presente, de un futuro, si la vida empezó para mí en ese instante y se quedó para siempre fija en él? Sólo para poder seguir evocando a Camila. Por eso repito—: en aquel entonces no había pasado todavía un año desde que recibí mi nombramiento como profesor de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras y daba a veces con placer y otras con un cierto aburrimiento, clases de metafísica y epistemología. Estaba felizmente casado con la que fue mi novia desde la preparatoria y desde entonces me hizo conocer la tranquilidad de una satisfactoria vida sexual, perfeccionada de vez en cuando por algunas infidelidades sin importancia. No tenía hijos ni problemas fuera de los que causa el pensamiento. En esta historia aparentemente frívola y en verdad tan sólo desorbitadamente inspirada por un amor absoluto, mi mujer es la grave e inocente víctima, pero no tengo ningún reparo en admitir que para mí desapareció por completo en el momento en que Camila entró

al departamento. Tal vez por eso logré con tanta facilidad que no estuviera cerca cuando el dueño de la casa me presentó a Camila. Estreché por primera vez su larga, incomparable mano. Su voz era grave y al mismo tiempo tierna y frágil, con la ternura y la fragilidad que también se advertían en sus ojos negros. Su sonrisa ponía una delicada distancia entre su vida secreta y aquel a quien le sonreía. No parecía saber por qué motivo estaba en la fiesta. Nunca parecía haberse preocupado de averiguar por qué iluminaba al mundo con su presencia. Ponía un cuidadoso empeño en parecer caprichosa, frívola y banal; era sensible hasta la más extrema fragilidad, remota sin advertirlo y con la tierna melancolía que no podía dejar de poner un raro acento en su espectacular y total belleza. Era posible advertir todo esto aún antes de hablarle, contemplándola tan sólo. Luego escucharla decir cualquier cosa con su voz grave y dueña de una contradictoria reserva, lo confirmaba. Ningún ser normal podía conocer a Camila sin perder de inmediato todo sentido de la realidad que fuera independiente de aquel al que ella, sin ni siquiera proponérselo, creaba.

Me temo que a mí la filosofía nunca me dio tantas respuestas como las que la sola presencia de Camila entregaba. Es posible que la vida de muchos transcurra y se acabe sin una revelación tal. Así se explicarían el pesimismo y tantas concepciones sombrías de la existencia. Pero cuando la revelación nos toca lo único que puede hacerse es seguirla. Desde el día siguiente a la noche en que conocí a Camila y hablé con ella algunos minutos que en el recuerdo, después de que salí de la fiesta y no logré dormir un solo segundo deslumbrado hasta en la oscuridad de mi cuarto por la radiante aparición, me parecieron imborrables y eternos porque la persistencia de Camila en mi memoria transformaba incluso la sustancia del espacio y el tiempo,

mi asedio a su belleza fue incansable. El amigo en cuyo departamento nos conocimos me dio el nombre de la pequeña calle en la que se escondía su casa. No estaba lejos de la Universidad. Camila me recibió, vestida con unos estrechos pantalones de cuero negro y un oscuro suéter gris de cuello redondo sobre el que descansaban las puntas de su blusa camisera, como si lo más natural del mundo fuese que alguien a quien acababa de conocer fuera a visitarla de inmediato. Me pasó a su sala, me invitó a una copa, me dijo que nunca en su vida había pensado que alguien podía dedicarse a la filosofía y era muy divertido descubrir que los profesores tenían el aspecto que yo tenía. Si alguna vez se hubiera ocupado de imaginarlos se los hubiera imaginado vestidos con túnicas, pues remotamente suponía que la filosofía había empezado y terminado en Grecia. Hay que admitir que no le faltaba razón y además cada una de sus palabras, cada uno de sus gestos, cada una de sus actitudes carecían de importancia y resultaban inolvidables.

Le regalé varias novelas, mi libro sobre Nietzsche y mis ensayos sobre la desaparición de la metafísica y la imposibilidad del saber con la certeza de que nunca iba a leerlos, pero sin poder vencer la tentación de hacerlo. La llevé a exposiciones que no le interesaron. Fui con ella al teatro y me ordenó que nos saliéramos antes de que la función terminara. El cine, en cambio, le era tan indiferente que se quedaba tranquilamente en las salas sin seguir nunca más que muy de vez en cuando el desarrollo de la película, que luego comentaba, en los términos más disparatados y distantes de la realidad que cabe imaginar, en mi bar favorito, que le gustaba también a ella, y en otros muchos bares que nos fuimos revelando uno al otro. En tanto, a veces, me hacía confidencias. ¡Qué delicados, qué deliciosos, qué delirantes, qué demoledores momentos! Supe de su nacimiento en Singapur; de su gran casa no lejos de aquella en la que vivía ahora, de su padre, de su

hermano, de su madre sobre la que con un gesto indescriptible, dulce y feroz, me dijo que era una gran dama; de sus infortunados matrimonios de cuyo fracaso ella se culpaba sin poder ocultar una cierta conmiseración por sus maridos y mientras permanecía cercana hasta el punto de que podía precisar con minuciosa exactitud dónde tenía los tres mínimos lunares que si esto fuera posible aumentaban aún más la belleza de su rostro y veía a unos cuantos centímetros de las mías sus largas, finas, delicadas manos, envuelto en una nube amorosa que parecía transportarme al cielo y en la que se diluían no sólo toda mi persona sino también toda mi voluntad, nunca pude decidirme a rozar esas manos sobrenaturales, aunque después de estrecharle una de ellas al despedirme en la puerta de su casa algo en mi deformado y debilitado pensamiento me hacía sentir que ella esperaba otra conducta de mi parte y de alguna manera la veneración y el recogimiento a los que no podía renunciar ante ella, la defraudaban.

¿Qué se puede hacer en estos casos? El carácter absoluto de mi amor hacía imposible mi amor. Le hablé de Eros, de Platón. Me escuchó muy seria y no pareció entender por qué lo hacía. Lleno de odio y de desprecio por mí mismo, regresaba a mi hogar de honesto profesor para hacer el amor con mi honesta esposa, que todavía me resultaba atractiva pero cuyo carácter se había endurecido un tanto durante los últimos meses. Sin embargo, aún ahora, cuando los acontecimientos que ocurrieron después deberían llevarme a recordarla con una cierta culpa, no puedo evocar el pasado en el que era mi esposa sin que la imagen de Camila se interponga entre nosotros de inmediato y la culpa se diluya en un nuevo rapto de adoración por esa imagen.

Al fin, no sé cómo, al entrar a su casa una noche después de pasar

varias horas en un bar, intenté besar a Camila. Me rechazó suavemente. «Todavía no es tiempo», dijo. Al dejarla repasé incansablemente sus palabras. Si todavía no era tiempo iba a haber un tiempo en que ya sería tiempo. El plazo de la espera no me interesaba en lo más mínimo. Como debía haberlo previsto, se cumplió de una manera inesperada. En una fiesta, Camila se encerró conmigo en el medio baño del departamento, baño con unas dimensiones mínimas y que estaba peligrosamente cerca del salón. Ahí, de pie, sin desvestirnos, hicimos gloriosamente el amor por primera vez. Antes de salir, cuando ya se había peinado la poblada cabellera y arreglado las ropas, Camila me dio un rápido beso en la boca y me dijo: «Te quiero».

Era verdad, increíblemente, como lo son todas las verdades, era verdad. Fui comprobándolo poco a poco en tardes que pasaba en la sala de Camila mirando con las manos entrelazadas caer melancólicamente sobre el pasto del jardín las pequeñas hojas del fresno que estaba frente a la ventana, en mañanas en las que me llevaba a recorrer sin rumbo todo tipo de carreteras manejando con una ejemplar irresponsabilidad, en interminables conversaciones ante mesas con manteles blancos o manteles a cuadros en diferentes restaurantes, en algunas de las noches en las que sin desvestirse me permitía hacerle el amor en mi automóvil o en otras mañanas en las que la sirvienta me indicaba que debería subir a la azotea de la casa y ella estaba ahí tomando desnuda el sol. Nunca había estado muy seguro de cuál era la meta hacia la que se dirigía mi vida; pero ahora no tenía ninguna duda sobre ello y me atrevo a suponerlo, me atrevo a consignarlo, soy capaz de afirmarlo, soy capaz de comprobarlo porque nada hay tan sencillo ni tan complejo, tan evanescente y tan concreto, como ese conocimiento que, por fortuna, quizá es el único conocimiento a nuestro alcance: Camila y yo estábamos enamorados,

uno del otro, yo de ella y ella de mí.

Tuve que dejar mi casa. Camila no me permitió vivir en la suya. Sus anteriores intentos de hacer una vida en común eran suficientes para ella. Alquilé un departamento que ella eligió y amuebló. En el cambio, perdí mis libros, mis discos y mis pocos cuadros. Al comentar este suceso Camila me confesó, para mi sorpresa, pobre imbécil incapaz de conocer todas sus posibilidades, que se sabía casi de memoria las novelas que le había regalado y totalmente de memoria mis dos tediosos libros. Para comprobarlo citó en voz alta varios fragmentos. Yo comprobé a mi vez que era asombroso y totalmente natural, como la vida, como Camila. Mi carrera como profesor estaba un tanto deteriorada. Me temo que ahora, a partir de los acontecimientos que ocurrieron después, ha llegado a su fin. Pero en aquel entonces, el de los primeros veloces y plenos meses de nuestro amor, ni Camila ni yo pensábamos en eso. Ella era mi única discípula y mi maestra. Todo lo entendía y todo le resultaba evidente y sencillo, tan evidente y sencillo que no lograba explicarse para qué se habían escrito libros sobre ello. Sólo los míos eran diferentes, no porque dijeran nada diferente tampoco, sino porque eran míos. En este aspecto Camila no admitía razones. Pero nada de eso tiene importancia. Sólo cuenta lo indescriptible y eso es en el fondo lo único que yo he tratado de describir a lo largo de estas hojas: la belleza de Camila, su intocada autenticidad, su malicia, su alegría, su secreta melancolía y la forma en que su figura expresaba todo esto dentro del físico más perfecto, cambiante, puro y sorprendente del que el espíritu se ha servido para alojarse en la materia.

Como todas las historias ésta no tiene final, pero la alimentan, muy por debajo de la realidad de Camila, una serie de acontecimientos

más o menos fútiles y carentes de importancia. Una noche, en la solitaria, íntima, empedrada, bella y estrecha calle donde estaba la casa de Camila, cuando nos disponíamos a guardar su automóvil, el de mi mujer, de la que nunca había pensado ni siquiera en divorciarme puesto que yo simplemente vivía ahora en otro mundo, irrumpió a toda velocidad por esa calle, frenó estrepitosamente a unos cuantos centímetros del de Camila y con una violencia que jamás hubiera sospechado en su agradable figura, se aplicó a tratar de abofetearme, rasguñarme, patearme... Camila no se había bajado de su coche. No sé en qué momento lo hizo. Puedo suponer por lo que ocurrió después el orden de sus acciones: se bajó del coche, arrancó la antena del de mi mujer y con su poderoso brazo de tenista le atravesó con ella el cuello. Creo que mi mujer dio un grito. Sé con toda seguridad que un abundante y desordenado brote de sangre manchó de inmediato sus ropas y las mías. Anticipo para evitar todo suspenso que la herida fue mortal. Mi mujer murió desangrada en la sala de la casa de Camila antes de que la ambulancia que llamamos llegara a recogerla. Ella se quejó luego de que era imposible quitar las manchas de sangre e iba a tener que cambiar los muebles. Con gravedad, los enfermeros de la ambulancia nos aconsejaron la conveniencia, si no íbamos a intentar huir, de que llamáramos nosotros mismos a la policía. No estaban muy asombrados. El conocimiento de la violencia pasional era parte de su oficio. Los pantalones que envolvían las largas piernas de Camila y su acostumbrado suéter no tenían ninguna mancha de sangre. Asumí la responsabilidad por el asesinato. Mientras esperábamos a ser interrogados en la procuraduría, Camila abrió múltiples veces su bolsa y se pasó el peine por los rubios cabellos con una ligera impaciencia. Me besó en la boca cuando nos separaron para recluirme. Salimos en todos los periódicos. Hasta en las inmundas pero siempre interesantes páginas de nota roja la elegancia y la distinción de Camila en las

fotografías eran genialmente anacrónicas.

La justicia es elástica y los efectivos servicios de los abogados de su padrastro, al que no le convenían los escándalos que Camila podía provocar, hicieron bastante evidente esa elasticidad. Dentro de cuatro años podré salir libre bajo fianza. No creo que sea posible volver a mi puesto universitario, pero sé que Camila estará esperándome para repetir todas las actividades cuyo único sentido es que creaban, crean y crearán el espacio de nuestro amor. Muchos de mis compañeros de crujía me respetan y hasta me envidian porque Camila, con sus altísimos tacones, sus interminables piernas, sus estrechos pantalones, sus largos y firmes pasos, sus suéteres de cuello redondo, sus camisas blancas y toda la belleza que ellos encierran revelándola y que remata en el estallido de su melena rubia, no deja de venir a visitarme cada vez que el reglamento lo permite. En tanto, yo ocupo mi tiempo libre dentro de la prisión realizando innumerables esbozos, de los cuales éste es tal vez el menos despreciable, en los que trato de fijar su imponderable retrato.